LOS GAUCHOS JUDIOS



Alberto GERCHUNOFF

AGUILAR

LOS GAUCHOS JUDIOS

ALBERTO GERCHUNOFF

LOS GAUCHOS JUDIOS

Prólogo de
MARTINIANO LEGUIZAMÓN

Ensayo de
LUIS EMILIO SOTO

Ilustraciones de
VÍCTOR REBUFFO



AGUILAR

NOVELA NUEVA
Octava edición
Primera edición en esta colección: 1975

NOTA EDITORIAL

En coincidencia con el 25 aniversario de la desaparición de Alberto Gerchunoff, Aguilar publica su obra más conocida y que hace algún tiempo se encontraba agotada, a pesar de lo copioso de sus ediciones.

Gerchunoff es uno de los más destacados autores argentinos, que supo escribir numerosas y bellísimas obras entre las que se destaca "Los gauchos judíos", donde evoca a sus mayores que iniciaron las "colonias" del campo entrerriano.

Nuestra edición está enriquecida por una nota bibliográfica sobre el autor, la reproducción del prólogo de Martiniano Leguizamón que apareció en la primera edición de la obra, y la del prólogo de Luis Emilio Soto que figuró en la última. Asimismo conviene destacar que el volumen que ponemos a disposición del público tiene un atractivo más: los espléndidos dibujos del artista argentino Víctor Rebuffo, grabador de categoría internacional, que supo reflejar con acierto el clima de la obra.

A la venerable memoria del barón Moisés Hirsch, *fundador de las colonias hebreas en la República Argentina. Fue suyo el primer pan que comió mi gente en tierras de América y en homenaje de sencilla gratitud, pongo su nombre al frente de este libro.*

PROLOGO

Me sorprende la llegada de este libro en hora propicia. Regresaba del campo después de haber respirado a pulmón pleno el aire tranquilo de las tardes, saturado de pampa y con imagen en la retina de esas admirables puestas de sol que tiñen con colores de fuego la verde curva de las lomas, cuando vino a reavivar mis férvidos cariños natales, la lectura de sus páginas frescas, henchidas de aromas y sabor argentino.

Decir que las he leído con verdadero deleite, conociendo mi inalterada simpatía hacia las obras que hunden su raigambre en el sentimiento de las cosas nuestras, es casi una redundancia.

Su lectura ha renovado, pues, el recuerdo de los paisajes y aromas de una región que vive entre mis mejores recuerdos de la infancia. Son flores de mi tierra que viene a brindarme un artista, que no abrió sus ojos a la luz de aquel cielo amigo, pero a quien ha bastado vivir algunos años en contacto con su suelo y los habitantes primitivos para saturarse de emoción y de imperecederas imágenes —que resaltan gloriosas a pesar de la brevedad de la descripción y del escueto dibujo—, para ofrecernos en sabrosos y coloridos bocetos una página

de la vida íntima de las colonias judías, que fueron a trazar los primeros surcos en el linde de Montiel, la selva hirsuta y huraña como el alma de sus moradores de antaño que la hicieron famosa con leyendas de bravura y fiereza selvática.

Y a pesar de la brevedad en los relatos y la pintura del paisaje y los tipos comarcanos, hecha, sin embargo, con firme y sobrio trazo, cuánta verdad y cuánto colorido local encuéntrase esparcido a través de sus páginas inconexas y distintas al parecer, pero unidas íntimamente por un alto sentimiento de gratitud y amor hacia la tierra generosa que entrega al colono sus frutos de oro; y que constituyen en su conjunto la historia de la modesta colonia de Rajil, etapa por etapa, con el clásico viejo judío de anchas barbas y la nariz aguileña, con sus mujeres tristes, de rostros surcados por hondas arrugas de sufrimiento, al lado de las cuales surgen a la luz radiosa del sol que les dora la faz, las garbosas muchachas hebreas, morenas de ojos rasgados, misteriosos y profundos, o las rubias que tienen en la dulce mirada "el azul que tiembla en las pupilas de la Virgen", con las trenzas pesadas y densas y el cuerpo escultural que modela el pampero bajo los toscos vestidos de percal.

El autor las ama con cariño fraternal, y las dibuja con ternura conmovida, porque despiertan en su espíritu el recuerdo de las bíblicas campesinas que apacentaban los mansos ganados en la paz de las praderas. Su alma de poeta vibra ante la augusta evocación haciéndolas amar al lector. Así Raquel, Rebeca, Esther, Miryam y Ruth cautivan con su fuerte y sencilla belleza de flor agreste, y se hacen perdonar la volubilidad con que olvidan el severo precepto que les veda amar a los que no son de su raza, entregando las ternuras de su corazón al gauchito más bizarro del pago, que las conquistó con las trovas gemidoras de una guitarra o con su garbo altivo de jinetes incomparables.

Ellas representan además un papel importante en el libro, porque son el crisol de amor que está mo-

delando el tipo nuevo, varonil y hermoso del gaucho judío. En vano los viejos rabinos seguirán mesándose las largas barbas al repetir en sus oraciones las lamentaciones seculares de la raza; sus hijos ya entran con desgano a la sinagoga, abandonan los hábitos tradicionales adoptando los trajes y usos de la comarca y adquieren, como por lenta infiltración del medio ambiente, con los instintos de libertad, esa independencia brava e inextinguible que timbra con rasgo acentuado el perfil moral de nuestro paisano.

Lo cuenta el autor: los judíos jóvenes de Rajil saben bolear y enlazar, y aperan sus cabalgaduras a usanza criolla. Así, el listo Jacobo cruza en más de uno de los relatos haciendo caracolear a un brioso petizo, con las boleadoras de plomo golpeándole el flanco y el cuchillo atravesado a la cintura, bajo el tirador tachonado de monedas de encontrado más sabroso que el té preparado en el plata. Es el primer criollo de la colonia que ha samovar de la lejana aldea rusa, el mate cimarrón de la rueda familiar del fogón campesino donde el rabí Duglach, el poeta vagabundo, entretiene las veladas de los labradores con los relatos de la cautividad en Babilonia, matizándolos con las hazañas de un gaucho que mataba tigres a facón en la selva de Montiel...

La obra será lenta, sin duda, pero concluirá al fin su evolución inevitable cuando los ancianos judíos desaparezcan y sobre el solar poblado de bíblicas añoranzas, los hijos de sus hijos, argentinos por la fusión de la sangre, encariñados a la tierra que les entrega sus riquezas ubérrimas, libres de preocupaciones y de recelos, con la alegría y la paz del hogar risueño que les colma de dicha el corazón, entonen en las fiestas de la nueva centuria el cántico glorioso de la libertad argentina.

En LOS GAUCHOS JUDÍOS, *nos presenta el joven escritor —que con tan justos títulos se incorpora al raleado grupo de los escritores nacionales, dando así un saludable ejemplo a los nativos que por te-*

mor o pereza desdeñan los asuntos de la tierra esterilizándose en imitaciones exóticas sin sentimiento ni originalidad—, una página muy hermosa de vida provinciana que servirá al psicólogo del futuro para estudiar una de las fases más curiosas de la transformación del tipo originario.

La aparición del colono hebreo con su característico perfil, su lenguaje áspero y su indumentaria extraña sobre la campiña que dominó el matrero y el gaucho montaraz, brinda al escritor la oportunidad de dibujar en pequeños cuadros, como manchas de acuarela, sentidas y artísticas figuras de ancianos hebreos y criollos; así, al lado de una vigorosa testa de rabí, aparece la del boyero don Remigio, un viejo de pura cepa criolla que, fiel al culto del coraje —que es rasgo prominente de su estirpe—, hiende con la daga la cabeza de su propio hijo al verlo recular como un maula ante el puñal de un enemigo.

El boyero nos resulta admirable por la frescura del dibujo y la verdad de la evocación. Gerchunoff debe haberse sentado más de una vez en la rueda del fogón del viejo gaucho, embelesándose con el relato de aquella vida de penurias y heroísmos que el antiguo lancero de Urquiza haría a sus admirados oyentes con esa llaneza sin sombra de alabanza de nuestros campesinos; fue quizá su primer maestro y ¡qué maestro! en las rudas faenas camperas, y su palabra lenta, matizada de retruécanos y cualidades pintorescas, debió despertar en el alma del niño ese amor al suelo cuyos paisajes y aromas se ha deleitado en presentar al lector, así como su admiración por el cielo entrerriano, protector y benévolo, que no impregna el espíritu con sugestiones medrosas, como exclama el rabí Abraham, embelesado por la luz mansa de una noche de luna que le envolvía con blanduras de ensueño...

Las mejores páginas de este libro son tal vez las consagradas a reflejar la naturaleza con artística sobriedad, pero con sugerente dibujo. Hubiéramos deseado, sin embargo, que abandonándose a sus

impresiones, el autor le consagrara mayor atención, acentuado en la pintura el colorido local en vez de mostrarse avaro de las imágenes atesoradas en su retina, porque las evocaciones, a pesar del estrecho marco en que deliberadamente ha querido encerrarlas, estallan de vez en cuando y se expanden vibrantes de entusiasmo y de emoción. ¿Nos habrá destinado esa sorpresa para Tierra de Sion, *la novela de costumbres que anuncia en la portada? Si así fuera, habrá que regocijarse, porque estos rápidos croquis son más que un augurio halagüeño.*

Alberto Gerchunoff comprueba con esta obra de arte y de verdad un cariño acendrado por la tierra, y donde ha levantado el hogar a que cada día lo irán adhiriendo a sus fibras más íntimas las caricias del primer hijo nacido bajo el pabellón argentino; y revela a la vez las excelencias de una alma de poeta que sabe sentir y pintar la naturaleza nuestra, con esa especialidad intensa que hace amar la poesía de los terruños cuando es evocado por la pluma de Joaquín González o Fray Mocho.

Ese es su rasgo; podemos saludarle como a uno de los escritores de la tierra. Tiene el don de desentrañar la oculta belleza de los asuntos más sencillos y familiares, con excelentes cualidades de observación y una retina ávida para reflejar las emociones apacibles de la vida campestre.

He ahí la rica cantera que debe explotar con espíritu exento de preocupaciones de raza, sin amoldarse a los cánones de ninguna secta literaria, dejando que la pluma tome el ritmo natural y las imágenes encuentren su camino, con la brida suelta, como trotaba en el brioso caballo criollo trepando cuchillas y atravesando los frescos cañadones, allá en mi tierra entrerriana, bajo la llamarada del sol o la mansa vislumbre del constelado cielo, con una canción de amor en los labios y la alegría del vivir dilatándose el pecho...

Vaya entretanto un caluroso homenaje de simpatía para sus deliciosas mozas judías que he visto atravesar disputando ternuras viriles a las morochas

del pago, mientras los ancianos salmodian en el idioma arcaico sus lentas plegarias al bendecir la tierra fecunda que llena los trojes con granos rubios como el oro; y un recuerdo también para los viejos criollos —vencidos de la raza— que despiertan en el alma de los niños, con sus relatos legendarios, un vago sentimiento de respeto y amor hacia los tiempos que pasaron.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

Buenos Aires, abril 28 de 1910.

ALBERTO GERCHUNOFF, LABRADOR Y BOYERO

A fines del siglo XIX *polemizaban los doctrinarios del sionismo, sueño entonces utópico o poco menos del hogar nacional único, y los teóricos del territorialismo. Sostenían estos últimos la pluralidad de hogares en las naciones que prestaron una acogida favorable a las comunidades israelitas. Los "pogroms" repetidos en diversos países europeos tornaban impostergable la búsqueda de una salida frente a la encrucijada: ortodoxia, sionismo o asimilación. Mientras esas controversias acaloraban las asambleas anteriores y posteriores al congreso reunido en Basilea (1897), el genio visionario de Teodoro Herzl concretaba sus miras para evacuar a las masas víctimas de la barbarie antisemita. Habíase desechado la propuesta inglesa de canjear el "ghetto" europeo por el confinamiento en Uganda, entre los arenales africanos. Las esperanzas tendían hacia dos rumbos: Palestina y la Argentina. Varias caravanas de refugiados se encaminaron a este último destino con la ayuda del barón Hirsch, que fundó las colonias agrícolas de Moisés Ville (Santa Fe) y Domínguez (Entre Ríos). Si bien la Congregación Israelita de Buenos Aires databa de 1868, sólo a partir de*

1889 se intensificó el arribo de contingentes judíos originarios, en su mayoría, de la Europa Oriental.

Las tertulias de Tulchín

Entre los exiliados llegados a Buenos Aires venía un niño, oriundo de la aldea de Proskuroff. El pequeño inmigrante era Alberto Gerchunoff, quien ofrendaría a la literatura argentina, virgen de tales odiseas, un perdurable libro de narraciones cortas. Plasmaría allí con soltura documental de crónica y arte de cuentista los afanes del núcleo de familias trasplantadas junto con la suya.

Gerchunoff recuerda en la Autobiografía *(1914) las tertulias familiares en Tulchín, donde oyó en boca de su padre las primeras referencias a América. Cerca del samovar hervía la imaginación del niño, en quien las impresiones de aquellas veladas serían inseparables del fervor filial. Repercuten en las vivencias infantiles del viaje y desembarco en el Buenos Aires sacudido por las vísperas del noventa. Gerchunoff reconstruye la imagen del niño que no sale del deslumbramiento desde el arribo al Hotel de Inmigrantes hasta el traslado a Moisés Ville. Son etapas de la conquista del país legendario, presentido en las tertulias de la ya remota ciudad de Tulchín. El choque con la realidad iba a grabarse en la memoria infantil al llegar a aquella colonia santafesina. Al salir del cautiverio europeo quedaban atrás las amenazas y se abría una perspectiva de paz y de dicha, según la expresión del optimismo paterno. El hijo todavía fascinado sentía rebotar ese salmo en el corazón cuando poco después vio caer al padre, víctima de la saña de un paisano pendenciero, episodio que transfigura en el relato "La muerte del rabí Abraham". Tamaña tragedia consternó a la comunidad y determinó el viaje de la viuda en compañía de los huérfanos a la provincia de Entre Ríos. Así se incorporó la familia de Gerchunoff a la colonia Rajil, cerca de Villaguay.*

Los abuelos de Gerchunoff habían sido fundadores de aldeas, y al descendiente le tocaba participar en una empresa análoga si bien en lejanas latitudes, a trasmano de las rutas de la diáspora en el Viejo Mundo. Visto desde el este europeo, el suelo argentino —medio geográfico, histórico y social— se rodeaba de una aureola exótica. Eran tierras distantes, pero también libres del fantasma del "ghetto". El mismo nombre de Nuevo Mundo fortalecía las esperanzas mesiánicas.

A comienzos de este siglo, Alberto Gerchunoff ya había conocido las penurias y los gozos del labrador. Bruscos cambios de oficio, al trasladarse a Buenos Aires (1895), lo habían curtido en talleres, fábricas y hasta en los azares del vendedor ambulante que evocó más tarde en el cuento "El día de las grandes ganancias". De toda esa experiencia sacó provecho el futuro hombre de prensa y escritor. En los primeros años del siglo se había iniciado, pues, en el periodismo porteño. Contó con el padrinazgo de Francisco Grandemontagne, generoso vasco que también arribara al país como inmigrante y gozaba de sólido prestigio en nuestras redacciones y círculos literarios. El acriollado autor de Teodora Foronda *introdujo al joven ex boyero en el popular semanario "Caras y Caretas", donde se estrenó publicando "Clarín y Mignon", coloquio mezcla de fábula y sátira sobre el divorcio, tema del momento (16 de agosto de 1902). La firma de Gerchunoff aparece luego al pie de mordaces y demoledores artículos de crítica literaria en la revista "Ideas" (1903-1905), uno de los primeros cantones de la generación modernista. Manuel Gálvez retrató al flamante iconoclasta bajo el nombre de Orloff, personaje de su novela* El mal metafísico, *cuya causticidad ya celebraban y temían aquellos bohemios. Poco después, Roberto J. Payró, su fraternal amigo, le abrió las columnas del diario "La Nación", en las cuales prodigó su fértil talento por espacio de más de cua-*

renta años. El cronista fogueado en todos los menesteres de la redacción escaló paso a paso los puestos de máxima responsabilidad, ascenso inusitado si se recuerda que el cuño de su estilo hacía transparente la firma de editoriales y artículos anónimos. Allí dio a conocer en vísperas del Centenario las narraciones recogidas después en el libro primigenio.

El autor de Los gauchos judíos *ensambla en veinticinco relatos breves y movidos su visión de la naciente colonia agrícola. Ligeros bocetos seguidos de cuentos hábilmente elaborados, abarcan la convivencia panorámica, a través de certeros enfoques parciales. Desde los primeros bosquejos, Gerchunoff describe con sobrias y plásticas acotaciones, el pago entrerriano. El lugar había sido escenario de bravíos entreveros entre caudillos de cuyas proezas quedaban todavía testigos en la región cuando acamparon los pioneros judíos. Al lado de tales reminiscencias, flota en el aire del volumen el sentimiento dominante. Los ancianos de barba temblona, masculladores de sentencias bíblicas, no pueden olvidar las pesadillas de los "pogroms", dejadas a sus espaldas al abandonar Europa. Todos, sin embargo, comparten el optimismo de afincarse en nuestro país, ávidos de paz, justicia y trabajo.*

Canaán a la vista

Antes de narrar las presentes historias de la colonia Rajil, Gerchunoff había participado de sus alegrías y aprensiones. El pasado inmediato aflora tras el leve velo de la ficción narrativa. Labriegos y pastores venidos a estos confines de América desde remotas latitudes, reanudan las tareas al romper el día, alba a la vez simbólica de un oasis para el pueblo disperso. Muchos elevan preces y extienden la mirada trémula de gratitud al horizonte por encima de los cardales. En Los gauchos judíos *reaparece el grupo patriarcal de la familia que sigue el arado a remolque de los lentos bueyes, pero la alegoría cobra un singular relieve de moderna crónica realis-*

ta. Hombres y mujeres de la raza de Abraham, trasplantados a la Argentina, trajeron consigo ritos seculares: incluso amoldaron arcaicas prácticas de cultivo acordes con los preceptos del Talmud a los usos de un país joven. Así reverbera la ofrenda del surco recién abierto, el acto de la siembra y la trilla, las tareas rurales a cargo de muchachas —figuras de Ruth rediviva—, en fin, las fiestas con rumores de vidalitas y salmos. Componen viñetas evocativas, casi espejismos de Canaán para los recalcitrantes ortodoxos. Claro está, los cánticos de alabanza a Jehová se mezclan con las tribulaciones del agricultor dondequiera que afronta las contingencias de sus rudas faenas. Se repite, pues, copiosamente, la bendición bíblica en tierra argentina, aunque tampoco faltan las plagas de la sequía y la langosta. Uno de los relatos, "La huerta perdida", muestra la zozobra y la movilización solidaria de los "gauchos judíos" ahuyentando con latas, bolsas y gritos la invasión de la langosta. La impotencia colectiva ante la maldición bíblica se cifra en la congoja de las mujeres; está concentrada en la tierna anécdota de la muchacha campesina que cubre un rosal con su cuerpo.

Geórgicas judeo-criollas

El lirismo narrativo de Gerchunoff alterna con la profusión de rasgos de ingenio. Resume en certeras dosis descriptivas el júbilo de un matrimonio durante la trilla frente al primer rendimiento de su cosecha. Cuando el grano empezó a derramarse, el colono arrobado "interpuso lentamente la mano en la clara cascada de trigo, y así la retuvo mucho tiempo". El autor recorta en estas geórgicas judeo-criollas, la impresión de la colonia bajo el sopor de la siesta durante el día del santo reposo. El sosiego alcanza al potrero donde muge el ganado. "También para ellos —apunta— el sábado es día bendito". Las sensaciones visuales irradian el vaho de la vida rústica, apenas estilizado por el impresionismo modernista. Ráfagas de beatitud inundan el alma de

los "gauchos judíos" restituidos a la liberación, vale decir, al trabajo gozoso de la tierra. Gerchunoff revive su experiencia campesina, sus andanzas de gurí con bombachas y boleadoras. Condensa esa mezcla de recuerdos en la emoción del paisaje: "De lejos viene la voz del boyero; la tarde palidece".

Gerchunoff solía recordar en su madurez que los muchachos de su edad lo apodaban el "cazador de nubes". Por su parte, uno de los protagonistas de estos relatos, el optimista y desconcertante doctor Yarcho, conduce a una enferma aprensiva a la ventana: "La inmensa llanura de rastrojos llameaba bajo el sol y la luz hervía en la atmósfera diáfana. —Abra bien los ojos. ¿Ve las nubes que se alejan allá, como ovejitas rosadas? ¿Ha visto alguna vez nubes como éstas en su podrido pueblecito de Rusia? —Yo no tengo la costumbre de mirar las nubes. Vivo tan ocupada... —Señora, hay que mirar las nubes. Créame, hace muy bien a la salud". En esta ocasión, el "médico milagroso" dice que la luna está hecha de "estearina y huevo", capricho metafórico caro al Lugones del Lunario sentimental.

Paisanos y colonos

Abundan en Los gauchos judíos *páginas de aguda observación sobre la idiosincrasia de los inmigrantes originarios de Ucrania así como de la influencia del medio sobre sus rancias costumbres. Las reacciones psicológicas y morales ocasionadas por el trasplante, descriptas en los cuentos, alteran la rutina cotidiana de la colonia y aun la tendencia a la hermandad. Algunos conflictos dramáticos, no exentos de incidencias pintorescas, trascienden el seno doméstico. Tal es el caso de "El episodio de Myriam", que abandona al novio de su raza y huye con Rogelio Míguez, el peón protegido por su padre, cuya ortodoxia agudiza el abatimiento de la deshonra. Parecido desenlace, todavía agravado por las circunstancias, epiloga "Las bodas de Camacho", uno de los cuentos técnicamente mejor construidos. Du-*

rante la fiesta, los bailes y cantos en idisch se entreveran con los sones del folklore criollo. "Los músicos, acordeón y guitarra —dice—, atacaban trozos populares del repertorio judío, coreados por un murmullo de voces". Contrasta el alborozo del ambiente con la evidencia de la fuga, seguida por las disputas entre los concurrentes y el conciliador matarife de Rajil, doctor en jurisprudencia rabínica. Asistido por su labia, niega la acusación de adulterio, aunque apacigua los ánimos mediante una disquisición sobre el divorcio. Cierra el cuento una intencionada digresión del autor, cuyos giros arcaizantes subrayan el testimonio de su temprana devoción cervantina. Da fe de la verídica incidencia ocurrida en la colonia agrícola, "donde aprendí a amar el cielo argentino y mi alma se impregnó con el espíritu de la tierra".

El realismo del autor de Los gauchos judíos *interpreta, pues, los diversos conflictos que suponen los contactos entre los colonos israelitas y los paisanos de los caseríos circunvecinos. Varios personajes encarnan la faz positiva de ese acercamiento. Uno de ellos es el boyero don Remigio Calamaco, amigo de la gente de Rajil, recia estampa de criollo, afamado por su coraje, domador, guitarrero y diestro en la payada. La reacción del viejo paisano contra su hijo, que afloja en un duelo, es un bárbaro alarde de hombría, aunque caracteriza por sí solo el medio y el primitivo culto al valor físico. Otra silueta semejante es la de Estanislao Benítez, veterano de las filas de Urquiza, ducho en rodeos y domas. Por su parte, el rabí Favel Duglach, el poeta de la colonia, sobresale junto con el rabí Abraham en la galería de individualidades trazada por Gerchunoff. Emergen por la ostensible simpatía humana con que fueron creados, por encima de las restantes figuras, quizá porque trasuntan rasgos autobiográficos y emocionados recuerdos. Favel, que frecuentaba la carpa de su amigo y admirado don Remigio, concertaba apasionadamente el culto de las tradiciones hebreas y vernáculas. Este distraído colono y qui-*

jotesco espectador de la grey, repetía: "Soy un gaucho judío..."

Hay en este volumen un cuento también de aventajada composición e incluido asimismo en las antologías, si bien se singulariza por la intensa proyección dramática. Se trata de "Historia de un caballo robado". En su texto y en las entrelíneas está presente en plenitud el espíritu del joven Gerchunoff. Demuestra allí hasta dónde era capaz ya entonces de compenetrarse con el destino de su pueblo, víctima ocasional hasta en América del eco de prejuicios milenarios. En lugar de amargura, fluye de la sugestiva anécdota una profecía plena de fe en las futuras generaciones argentinas y en su justiciero elogio de los "próceres hebreos".

Desfilan por las páginas de Los gauchos judíos, *rabinos que envuelven en el brazo las correas de las filacterias, así como los gauchos arrollan el poncho cuando se defienden. Claman inconsolables por la pérdida de Jerusalén mientras los jóvenes ceden a los nuevos hábitos ambientales. El predicamento del hogar y de la sinagoga instalada en un rancho coexiste con otros usos y costumbres de viejo arraigo en la comarca entrerriana. Gravitan además los factores económicos de la colonia en formación, cuya rudimentaria vida social apenas si rebasa los límites de una vasta familia. El alcalde de Rajil —anota Gerchunoff— "era analfabeto y sólo conocía ciertos pasajes de la Escritura que citaba a menudo al intervenir en la entrega de una reja o en la compra de un rollo de alambre". El seno de la colonia agrícola no aparece cerrado, resistiendo presiones de afuera, sino abierto a los contactos propicios del pueblo-anfitrión. Sólo una encariñada consustanciación con la patria adoptiva le permitió a Gerchunoff pergeñar con tanta fidelidad y perspicacia esos perfiles del hijo del país.*

En Los gauchos judíos *ya despunta la proverbial vena irónica del autor. Algunos pobladores de Rajil oyen hablar de los próximos festejos del 25 de mayo y ultiman los preparativos para conmemorar el acontecimiento. Cuando el programa toca a su fin, los entusiastas organizadores reparan en algo imprevisto: no sólo desconocen el nombre del presidente sino también los colores de la bandera. El descuido, por lo insólito, provoca una sonrisa de indulgencia en gracia al móvil afectivo, más noble aún dado el ingenuo y espontáneo impulso de confraternidad. Los chacareros de Rajil ignoran hasta el idioma de la República, pero puede más en ellos el designio intuitivo de asociarse a la celebración de la patria que ya sentían como un bien común. Sólo la dicha de mostrarse merecedores de la pacífica convivencia hallada en suelo argentino, los hace incurrir en tales extremos de efusión. Así la ironía de Gerchunoff tiende, por contraste, a exaltar el milagro del arca de la alianza entre Israel y este rincón hospitalario de América. El autor frena el incontenible ingenio que subordina la intención soslayada a la presencia de los inmigrantes oyendo, sobrecogidos, la música de nuestro himno.*

Bajo los augurios y la triple invocación a la libertad se afirma en Los gauchos judíos *la recuperada confianza de vivir aquí a cubierto de fobias y recelos, productos de la psicosis colectiva. En la vieja encina de Heine y Scholem Aleijem, retoñan los zumos del humor que purga los miedos ancestrales. Fe en el hombre, gracia narrativa y soplo poético, desentumecen en estos cuentos la esperanza secular de los colonos, ávidos de aquerenciarse en una tierra sin prevenciones. El propio Gerchunoff lo declara en una página conmovida de la* Autobiografía: *"En aquella naturaleza incomparable, bajo aquel cielo único, en el vasto sosiego de la campiña surcada de ríos, mi existencia se ungió de fervor que borró mis orígenes y me hizo argentino". El autor de* Los gauchos judíos *quiso asociar simbólicamente la voz*

de su grey a los fastos de la patria adoptiva, ya que publicó ese libro en mayo de 1910, es decir, como un homenaje al primer centenario. La efemérides de la revolución despertaba una simpatía ancestral por toda causa emancipadora y había removido las fibras del digno descendiente de los "soñadores del «ghetto»" de Zangwill.

Perspectiva entrerriana

Gerchunoff evoca con ternura en la Autobiografía la partida de la localidad rusa rumbo a la Argentina. El ferrocarril era visto allá como un enemigo por los comerciantes lugareños, pero para el pequeño Alberto y su familia representaba la invitación al viaje, doblada de aventura liberadora. Ahora bien, uno de los relatos de Los gauchos judíos —"Llegada de inmigrantes"— transcurre en una oscura estación de la línea a Villaguay. Alguna vez el adolescente "labrador y boyero", como le gustaba llamarse, debió haber sentido la atracción de la lejanía y su destino de cronista de Rajil al paso del tren. Desde la campiña entrerriana se habrá sentido arrastrado por la tropilla de sueños. El brillo fascinante de los rieles lo conducía a la entrevista babel porteña donde iba a escribir Los gauchos judíos. Entonces estaba lejos de prever que algún día otro joven boyero, también sensible e imaginativo, iría a la zaga de sus pasos. Como él, repetirá la emoción del viaje en una estación de ferrocarril llamada ahora Alberto Gerchunoff.

LUIS EMILIO SOTO

Buenos Aires, 1963.

OBRAS DE ALBERTO GERCHUNOFF

Los gauchos judíos - 1910 - (*7 ediciones y 3 traducciones*)
Nuestro señor Don Quijote - 1913
El nuevo régimen - 1918
Cuentos de ayer - 1919
El cristianismo precristiano - 1924
La jofaina maravillosa - 1924 (*4 ediciones*)
Roberto Payró - 1925
La asamblea de la bohardilla - 1925
El hombre que habló en la Sorbona - 1926
Pequeñas prosas - 1926
Historias y proezas de amor - 1926 - (*2 ediciones*)
Enrique Heine, el poeta de nuestra intimidad - 1927
Las imágenes del país - 1931
Los amores de Baruj Espinosa - 1932
El hombre importante - 1934 - (*2 ediciones*)
La clínica del doctor Mefistófeles
El problema judío - 1945

LIBROS EDITADOS DESPUÉS DE SU MUERTE

Entre Ríos, mi país - 1950 - (*2 ediciones*)
Retorno a Don Quijote - 1951
El pino y la palmera - 1952
Argentina, país de advenimiento - 1952
Buenos Aires, metrópoli del mañana - 1960
Figuras de nuestro tiempo - 1975 - (*en prensa*)

MONOGRAFÍAS

Davar - 1951 - (Homenaje a la memoria de Alberto Gerchunoff)

Vida y obra de Alberto Gerchunoff - 1957 - Hispanic Institute - Columbia University - Nueva York

Obra y anecdotario de Alberto Gerchunoff - Manuel Kantor - 1960

Biografía de Alberto Gerchunoff - Manuel Kantor - 1969 - Biblioteca Popular Judía

LOS GAUCHOS JUDIOS

Con su fuerte brazo, el Señor
nos libró de Faraón, en Egipto.

(*La Agada*).

He ahí, hermanos de las colonias y de las ciudades, que la República celebra sus grandes fiestas, las fiestas pascuales de su liberación.

Claros son los días y dulces las noches en que se elevan los laúdes en memoria de los héroes; hacia el cielo —blanco y azul como la bandera— suben voces de júbilo. Anímanse de flores las praderas y de verdes siembras las campiñas.

¿Recordáis cuando tendíais, allá en Rusia, las mesas rituales para glorificar la Pascua? Pascua magna es ésta.

Abandonad vuestros arados y tended vuestras mesas. Cubridlas de blancos manteles, sacrificad los corderos más altos y poned el vino y la sal en augurio propicio. Es generoso el pabellón que ampara los antiguos dolores de la raza y cura las heridas como venda dispuesta por manos maternales.

Judíos errantes, desgarrados por viejas torturas, cautivos redimidos, arrodillémonos, y bajo sus plie-

gues enormes, junto con los coros enjoyados de luz, digamos el cántico de los cánticos, que comienza así:

Oíd mortales...

Buenos Aires, año del primer Centenario Argentino.

GENESIS

Bendito seas, Señor, Rey único de
todos los pueblos, por haber creado
los frutos que nos da la tierra
y nos dan los árboles.

(*Las bendiciones cotidianas*).

Los más fuertes y más grandes varones
de Judea trabajaban la tierra;
cuando el pueblo elegido cayó en cautividad
se dedicó a oficios viles y peligrosos,
perdiendo la gracia de Dios.

(RABUSSI, *Alegato*).

En la sórdida ciudad de Tulchín, perpetuamente cubierta de nieve, ciudad de rabinos gloriosos y de sinagogas seculares, las noticias de América llenaban de fantasía el alma de los judíos. Cuando algún rabino forastero predicaba en el templo, cuan-

do en los telegramas de algún diario de Odessa se hablaba de las tierras lejanas del Nuevo Mundo, los israelitas se congregaban en la casa del vecino más prestigioso para comentar con talmúdica gravedad los proyectos de emigración.

Jacobo se acordaba de esas asambleas. Era el tiempo en que las leyes excepcionales se multiplicaban en el santo imperio de las Rusias. Las picas de los cosacos demolían sinagogas antiguas y los viejos santuarios traídos de Alemania, santuarios historiados, solemnes y nobles, en cuyo remate resplandecía el bitriángulo salomónico, eran conducidos por las calles en los carros municipales. No lo olvidaba Jacobo. Evocaba las palabras de los rabinos, el llanto de las mujeres, cuando los cosacos quemaban los libros sagrados en la sinagoga mayor, donada a la ciudad por sus abuelos. Todo el pueblo se vistió de negro. Era vísperas de Schvúas. Las palmas para celebrar las fiestas de la primavera, fueron enlutadas, enlutadas las mujeres y los niños, y los ancianos ayunaron durante cuarenta días y cuarenta noches. Fue entonces cuando el Dain, rabí Jehuda Anakroi, hizo un viaje a París para convenir con los hombres del barón Hirsch la organización de las colonias hebreas en la Argentina. Al regresar se reunieron los judíos y el viejo Doctor les pudo anunciar la buena nueva:

—El señor barón Hirsch, a quien Dios bendiga, ha prometido salvarnos y rabí Zadock Kahn, mi compañero, lo guiará en sus propósitos.

Y el Dain, con su elocuencia ejercitada en las disputas sinagogales, describió un porvenir magnífico para el pueblo perseguido. Su voz emocionada vibraba como en el templo al hablar de la Tierra Prometida. Con su mano nudosa y seca de revolver los textos, mesaba su amplia barba blanca. Sus ojos pequeños y vivos se animaban de profética luz.

—¡Ya veréis, ya veréis! Es una tierra donde todos trabajan y donde el cristiano no nos odiará, porque allí el cielo es distinto, y en su alma habitan la piedad y la justicia.

Las palabras del rabí Jehuda Anakroi apaciguaron el espíritu de los tristes. Por las altas ventanas penetraba la claridad de la noche, que daba a los oyentes, flacos y míseros, aspecto fantástico. Los israelitas, sumidos en éxtasis, balbucearon:

—¡Amén!

Los sábados a la tarde se reunían en la casa de Jacobo los judíos más respetables de Tulchín. Se conversaba sobre asuntos de religión y el Dain aclaraba los detalles difíciles con argumentos recogidos en las controversias memorables. La sabiduría talmúdica, la ciencia popular de las Repeticiones, las leyes y los secretos más ocultos de la Cábala, le eran familiares. Así, sus disertaciones en aquel lugar íntimo resultaban prédicas que podrían figurar en los gruesos volúmenes, escritos en la lengua arcaica de los jasidim, que llenaban su biblioteca tallada en madera de Jerusalem.

Una vez el rabino de Tolno hizo el elogio de España. Exaltó la bondad de su clima y recordó, suspirando, la época en que el pueblo de Israel habitó el suelo español.

—España sería para nosotros, dijo, la tierra más codiciada si sobre ella no pesara la maldición de la Sinagoga.

El Dain hizo un gesto de indignación, exclamando en hebreo:

—¡Majschemóm, izijróm! ¡Que se hunda y que se pulverice! Yo jamás he podido recordar, continuó, el nombre de España sin que la ira me llene los ojos de sangre y el alma de odio. Quiera Dios, en sus justos castigos, convertirla en una hoguera sin fin, por haber torturado a nuestros hermanos y quemado a nuestros sacerdotes. Fue en España donde los judíos dejaron de cultivar la tierra y cuidar sus ganados. No olvide usted, mi querido rabí, lo que se dice en *Zeroim*, el primer libro del Talmud, al hablar de la vida del campo: Es la única saludable y digna de la gracia de Dios. Por eso,

cuando el rabí Zadock-Kahn me anunció la emigración a la Argentina, olvidé en mi regocijo la vuelta a Jerusalem, y vino a mi memoria el pasaje de Jehuda Alevi: Sion está allí donde reina la alegría y la paz. A la Argentina iremos todos y volveremos a trabajar la tierra, a cuidar nuestro ganado, que el Altísimo bendecirá. Recordad las palabras del buen libro: "Sólo los que viven de su ganado y de su siembra tienen el alma pura y merecen la eternidad del Paraíso". Si volvemos a esa vida retornaremos a nuestra existencia anterior, y ¡ojalá pueda en mi vejez besar esa tierra y bendecir bajo su cielo a los hijos de mis hijos!

Así habló rabí Jehuda Anakroi, el último representante de aquellos grandes rabinos que ilustraron con su sabiduría las comunidades de España y de Portugal. Al repetir aquí sus palabras, beso en su nombre la tierra que me da paz y alegría y, como los judíos que lo oyeron, digo:

—¡Amén!



EL SURCO

El viento agita los distantes cardales. Hace frío. La mañana duerme en la pereza y una niebla muy fina vela los rayos del sol. La campiña blanquea bajo la escarcha, que se agranda como una ilusión de nieve. Más allá trabajan los vecinos y, en los momentos en que el viento calla, se oye el ruido que hace la ruedecita única del arado.

Tenemos que marcar un nuevo trozo para labrarlo. Hemos enyugado los bueyes más dóciles. Colocamos a quinientos metros un palo con trapo rojo como señal, y así haremos dos surcos, uno de ida y otro de vuelta. Trazar los surcos iniciales constituye una tarea solemne. Lo comprenden todos.

La pareja de bueyes tiene por esto un aspecto más grave. Rumian con lentitud rítmica y, quietos, esperan el comienzo, enganchados en el arado. Mas quien lo sabe mejor es el perro *Barbos*. El acto es demasiado interesante para que la familia quede en casa. Ahí está, pues, la madre con el jarro lleno de café con leche y las muchachas. Vamos preparándolo todo.

—¿Estamos pronto?

—Pronto.

Yo dirijo los bueyes y mi hermano guía el arado. "¡Derecho!" "¡Izquierda!" Los bueyes comprenden su misión importante y caminan con paso digno y menudo. El palo con el trapo rojo da frente a la cadena sujeta en medio del yugo, un yugo sólido de quebracho, fabricado en la carpintería doméstica en los días en que la lluvia impide trabajar en el campo.

El arado cruje. Detrás va la madre y las mozas, atentas a la obra pausada. El gurí, con su honda y su inútil rebenque, salta y grita, menos serio que *Barbos*. Este precede a los bueyes, cuyo andar acentúa con un movimiento isócrono de cabeza mientras menea la cola. *Barbos* muestra un buen humor saludable y su inteligencia de agricultor experimentado percibe con facilidad la magnitud trascendental del acto. Así marcha, sin ocuparse de la frecuente perdiz ni de los saltos del gurí. Los bueyes tiran, resignados y dulces. Alargadas las cabezas por el esfuerzo, apenas sienten el yugo uncido a los cuernos enormes por las coyundas ignominiosas. De sus bocas cuelgan dos hilos de espuma. Y la tierra, enfriada por el invierno, se abre exhalando un olor de fuerte humedad que el grupo familiar aspira como un aroma. La rueda única del arado canta el salmo de las siembras fecundas y, a lo lejos, el trapo rojo se despliega con orgullo de bandera; el gurí acecha a una víbora que se despereza al sol...



LECHE FRESCA

No lejos del pozo familiar, junto al endeble palenque, la muchacha ordeñaba. La vaca, buena como un pedazo de pan, permanecía inmóvil y a un metro de distancia, el ternerito, pisando la cuerda que le colgaba del cuello, mordía las hierbas diminutas. Desaparecían en su boca, sobre el rojo paladar, las gotas de cristal del rocío. En el horizonte pintábanse franjas rosadas y la colonia toda amanecía. Abríanse los corrales, y los viejos de grandes barbas aparecían en las puertas de los ranchos, masticando la oración de la mañana. Con la aurora —la aurora de Dios alabada por el verbo

de los santos rabinos— brotaban los diálogos del amanecer.

—¿Rastreamos, Remigio

—No, don Efraím. Ha llovido demasiado; más vale arar.

—Bueno. Tome mate. Este —¡oiga, Remigio!— enyugue al Chico y al Feo.

El viento de la madrugada trae un grito de la casa vecina:

—¿Va a la estación, rabí Efraím?

—¡Sí! Va el peoncito.

—¡Que pregunte en el almacén si hay carta para mí!...

Y junto al palenque, torcido como una vaina de algarrobo, Raquel ordeña a la vaca inmóvil. Está de rodillas y sus dedos aprietan las ubres magníficas que se exprimen en chorros de espuma. La aurora otoñal envuelve en su roja palidez al grupo y la moza deja ver, por la bata entreabierta, los senos redondos y duros que el sol de los fuertes veranos ha dorado como frutas.

Cae la leche en el balde con una música suave que acorda con el resuello de la vaca y el respirar de Raquel.

El pelo desciende en olas oscuras sobre su espalda, y su cuerpo se dibuja, bajo el campesino percal, en la plenitud sabrosa que las caderas exaltan en el ritmo enérgico de sus líneas, en la forma de una ánfora de rudo barro. La claridad de la aurora ilumina su perfil por sobre el ancho lomo de la vaca. Sus ojos tienen el azul que tiembla en las pupilas de la Virgen y la nariz resume en el bronceado arremango, los signos rotundos de la raza.

Labriega, tú me recuerdas las mujeres augustas de la Escritura. Tú revives en la paz de los campos las heroínas bíblicas que custodiaban en las campiñas de Judea los dulces rebaños y durante las fiestas entonaban, en los atrios del Templo, los cánticos en alabanza de Jehová. Raquel, tú eres Ester, Rebeca, Débora o Judith. Repites sus tareas bajo el cielo benévolo y tus manos atan las rubias

gavillas cuando el sol incendia, en llamas de oro ondulante, las olas de trigo, sembrado por tus hermanos y bendecido por el ademán patriarcal de tu padre, que ya no es ni prestamista ni mártir, como en la Rusia del zar.

Tu presencia renueva, con la vaca mansa y la cabra discreta, la vida remota del Jordán. Sonríen los ranchos a la faena naciente y allá, en medio de la colonia, el arroyo canta a la mañana y ofrece, en pocillos de greda, agua fresca al buey y al caballo. Y como en los días lejanos de Jerusalem, tu padre, cubierta la frente por la cajita de cuero negro de las Filacterias, que contiene sentencias divinas, reza al Dios de Israel, Señor de los ejércitos, dueño del aire, de la luz y de la tierra, y en hebreo arcaico le saluda:

—*Baruj athá Adonái*. . .



LA LLUVIA

La tarde se extingue en la dulzura de una paz beatífica. El cielo se ha teñido de fulgores amarillos de sol. Los animales, conocedores de la hora, van aproximándose al corral. La colonia se recoge en el descanso. Tras de los ranchos, los arados levantan sus brazos en forma de lira y, cerca del arroyo, el cencerro de la yegua repica.

Los viejos murmuran entre dientes el rezo nocturno. El padre pregunta:

—¿Volvió Juan?

—No; ha ido a traer la montura que dejó el otro día en lo del carnicero.

—¿Y Rebeca?

—Se está lavando la cabeza...
—¿La Rosilla?
—Atada.
En efecto, la vaca Rosilla, atada junto al corral, mueve la cabeza melancólicamente.
De pronto cae una lluvia estrepitosa, inesperada, con aquel alegre sol que reluce desgranado en diamantes, en la transparencia luminosa de las gotas.
Alguien grita:
—¡El ternero!
Y, rápida, aparece Rebeca, consiguiendo agarrar al ternero antes de que se apodere de las ubres. Aparece, cubierta escasamente por la toalla, y la lluvia cae mojando sus pechos de moza labriega, fortalecida en el trabajo, triunfante como una diosa rústica, bajo la gloria de sus crenchas tenebrosas.



LA SIESTA

Sábado, día del santo reposo, día bendecido por los escritos rabínicos y saludado en las oraciones de Jehuda Aleví, el poeta. La colonia duerme en una tibia modorra. Blancas las paredes y amarillos los techos de paja, las casuchas lucen al sol, sol benigno de la primavera campestre. Del cielo, lavado por la lluvia de la víspera, desciende una paz religiosa, y de la tierra se elevan rumores apacibles. Floridos están los huertos y verdes los campos sin fin. En medio del potrero, el arroyuelo entona su melodía geórgica. Lenta y grave es la canción que dice el agua cubierta de círculos pequeños; y en el camino, uniformado por una densa colcha de

polvo, una víbora muerta semeja un garabato de barro.

En el potrero descansa el ganado. Los bueyes rumian y mueven sus cabezas pensativamente, y en sus cuernos la luz se quiebra en flechas azuladas. También para ellos el sábado es día bendito. Allá, en un ángulo, repica el cencerro de la yegua madrina y el potrillo de manchas claras brinca y se revuelca sobre el pasto.

La casa del matarife está en silencio. Rabí Abhamam duerme y duermen los muchachos, pues faltan todavía horas para los rezos de la tarde. El peoncito Jacobo, huérfano de la vecindad, trenza la cola del petizo amaestrado por él. Un poco de viento ondea sus bombachas y en el cinturón brillan el cabo de la daga y las diminutas boleadoras de plomo. La abuela, sentada en el umbral, tiene en las rodillas a la nieta. Es vieja la abuela. Un pañuelo blanco oculta su pelo blanco. Anchas arrugas señalan en esa cara bronceada sufrimientos antiguos y mientras la niña tararea un cantar, la anciana suspira.

—¡Jacobo, deja el petizo! Hoy es sábado...

—¿Acaso trabajo, doña Raquel?

—Trabajas, hijo mío. El sábado hay que descansar. ¿No te lo ha enseñado Abraham?

Entre dientes, la niña canta:

Llorad y gemid, hijas de Sión
Llorad y gemid con nosotros...

—Abuela, ¿sabes esta canción? Nunca te la he oído.

—Sí, la sé, hijita. ¿A ver? Tienes sucia la cabeza.

—Me la lavaron ayer.

—Pero está sucia.

Y lentamente, pacientemente, hurga con los dedos el pelo de la chica.

—Ves —le dice—, hay *uno*... —y de las uñas apretadas sale un ruido imperceptible—. *Dos, tres, cuatro*. ¡Hay muchos!...

—Abuela, cuéntame la historia aquella de Kischeneff.

En tanto, continúa tarareando la salmodia.

—¡Otro! No te han lavado bien, querida.

—¿Y el canto del pastor, abuela?

—Es muy lindo, corazón mío. ¿Ya lo aprendistes?

—Me lo enseñó Rebeca.

Mientras la vieja sigue torturando la cabeza rubia de la nieta, ésta canta en voz baja:

Una vez, en Canaán, había un pastorcillo...

—Abuela, cuéntame la historia de Kischeneff. ¿Te acuerdas?

—Sí, hija. Otro, ¿ves? Te digo que te lavaron mal; estás llena de bichitos; un bichito, dos, tres. Mira éste ¡qué grande! Te comerían si no te limpiara.

—¿No dice el libro que no se puede matar seres vivos?

—Sí, hija mía.

—¿Entonces?

—También las vacas son seres vivos y tu padre las sacrifica.

Don Zacarías, al pasar, se detiene:

—Buen sábado, doña Raquel.

—Buen sábado, buen año, rabí Zacarías. Aquí me tiene con mi nieta. Le han lavado mal la cabeza.

—Hay que cuidar a los niños, doña Raquel. ¿Qué harían si les faltásemos?

—Dios nos cuide, rabí Zacarías. Los hijos saben amar a sus padres cuando ya no los tienen.

—Así es. Ya lo ha dicho el sabio: los hijos extrañan a los padres cuando se han ido, como la flor cortada extraña la rama... Oye, Jacobo. ¿Olvidas que hoy es sábado?

—No estoy arando, rabí Zacarías; limpio mi caballo; le he dado de beber y le tengo pronto para juntar el ganado, al venir la noche.

—Es que tampoco se puede limpiarlo.

—Doña Raquel limpia la cabeza de Miryam.

—Déjelo a ese gaucho; no sabe más que contestar. ¡No ve, todo un gaucho! Bombachas, cinturón, cuchillo y hasta esas cositas de plomo para matar perdices; en cambio, en la sinagoga, permanece mudo y no sabe rezar. ¡Educado por mi hijo, el matarife, y no sabe rezar!

—Así son. ¿Ha oído usted la nueva?

—Diga usted.

—Pues, la muchacha de aquella casa...

Y con ademán despreciativo señaló la choza amarillenta de Ismael Rudmann.

—Ya me contó Abraham. Es una vergüenza. Pero, ¿será cierto?

—Lo es, por desgracia. Esta mañana, rabí Ismael faltó a la sinagoga; debía leer el capítulo. Luego supimos por mi hermano lo sucedido. Huyó con el peón. ¡Un gaucho!

Jacobo se mezcló en el diálogo:

—Remigio es un guapo mozo. Me enseñó a enlazar y a domar.

—¡No ve! —exclamó doña Raquel; para este renegado es lo mismo... como si se hubiera ido con un judío.

De lejos viene la voz del boyero; la tarde palidece.

En la puerta, aparece la figura venerable del matarife poniéndose la "túnica pequeña", cuyos cuatro flecos rituales rozan la cabeza de Raquel.

—Buen sábado, rabí Abraham.

—Buen sábado, buen año, rabí Zacarías. ¿Qué me dice de la novedad?

—Lo preveíamos. Hacía el samovar el sábado y comía gallinas muertas por el peón: ¡una perdida! ¿Ya habrá gente en la sinagoga?

Bajo el alero, donde se guardan las herramientas, Rebeca se sienta, revuelto el cabello por la siesta, y saluda con voz ronca. Jacobo, cansado del caballo, afila la daga en el alambre del corral, y al oír a Rebeca, comienza a cantar como Remigio:

Pensamiento mío...
Vidalitá...



LLEGADA DE INMIGRANTES

En aquella mañana se hallaban en la estación Domínguez unas doscientas personas. Debían llegar por el tren de las diez los inmigrantes para establecerse en un punto no lejano de San Gregorio, cerca del bosque, donde, según las leyendas del pago, se albergaban cuatreros y tigres.

La primavera estallaba; las margaritas cuajaban el verde jubiloso de la pradera.

El almacén estaba lleno y el gentío rumoreaba esperando a los que llegaban de Rusia, entre los cuales figuraba un rabino de Odessa, anciano y talmudista de la Ieschuva de Vilna, quien, a juzgar por nuestras noticias, estuvo en París, donde

lo recibió cortésmente el barón Hirsch, el "padre de la colonia".

En la estación, el jefe y el sargento, venido de Villaguay para asistir a la llegada, conversaban, mientras varios peones jugaban a la taba, rodeados de curiosos.

El matarife de nuestra colonia discutía con el de Rosch Pina, ansioso de confundirlo, en presencia de tanta gente, con su inagotable sabiduría. Se hablaba del rabino a quien se esperaba y el matarife de Rosch Pina informaba sobre su persona. Lo había conocido en Vilna, donde estudiaron juntos los libros sagrados. Era un hombre bueno y conocía el Talmud casi de memoria. Y fue quien formó parte de la expedición a Palestina para comprar tierras, antes de llevar a cabo su proyecto el barón Hirsch.

—Nunca —dijo— ejerció de rabino. Al concluir los estudios se dedicó al comercio en Odessa y escribía en el *Azphira,* periódico escrito en hebreo antiguo, dirigiéndose a varios colonos que lo escuchaban.

Debatióse después un punto complicado sobre leyes domésticas, y el matarife de Rajil citó un pensamiento del Romboam,[1] el divino, sobre el sacrificio de las reses.

La espera de aquella multitud evocaba en cada uno recuerdos borrosos. Cada uno veía la mañana en que abandonó el fosco imperio del zar y revivía la llegada a la tierra prometida, a la Jerusalem anunciada en las prédicas de la sinagoga y en hojas sueltas se proclamaba, en versos rusos, la excelencia del suelo:

A Palestina y Argentina,
iremos a sembrar,
iremos, amigos y hermanos,
a ser libres y a vivir...

[1] De esta manera se designa a Maimónides, siendo *Romboam* una contracción de "Rabenu Moisés ben Maimon", como efectivamente se llamaba.

—Don Abraham —dijo el sargento—, allí viene el tren.

Levantóse un rumor de ansiedad. Allá, tras la lomada, un hilo de humo ondulaba en el aire diáfano.

De los vagones descendían los inmigrantes, roídos por la miseria e iluminados los ojos de esperanza. El último en aparecer fue el rabino. Era un viejo de rostro jovial, ancho y alto, de barba blanca y espesa. Lo rodearon los colonos y empezaron a agobiarlo con saludos y bienvenidas.

Ya se hallaba a su lado el matarife de Rajil, don Abraham; los viajeros lamentables desfilaban, con sus bultos y sus criaturas, extasiados en el azul profundo de la mañana.

Llegaron al almacén y don Abraham, desde el tronco de un árbol cortado, los saludó sonoramente con citas hebráicas. El rabino contestó comenzando con un versículo de Isaías y dio noticias desoladoras de Rusia.

—Aquí —dijo— trabajaremos nuestra tierra, cuidaremos nuestro ganado y comeremos nuestro pan.

Henchido de entusiasmo, imponente y profético, al viento la barba como una bandera, saltó del tronco y abrazó al sargento besándole en la boca.

Y la densa caravana se puso en marcha en el esplendor ardiente del día.



LA TRILLA

Era de mañana todavía cuando los peones apartaron las últimas bolsas de nuestro trigo. La máquina paró y a la sombra de la parva cercana la gente se dispuso a tomar el café; un sol fuerte nos ahogaba y desparramaba su llamarada por la campiña segada, que parecía un inmenso cepillo de oro.

Lejos, en el potrero, en las quebradas, en torno de las pequeñas lagunas, los bueyes pacían, lentos y tristes, en medio de la cháchara de los teros.

El alcalde de la colonia, viejo elocuente y astuto, elegido por el vecindario en una asamblea de la sinagoga, comentaba los resultados de la cosecha y alababa la hermosura de nuestro trigo.

Era casi analfabeto y sólo conocía por referencias ciertos pasajes de la Escritura que citaba a menudo al intervenir en la entrega de una reja o en la compra de un rollo de alambre.

Y aquella mañana caliente, rodeado por los vecinos, a la sombra de la parva, peroraba sobre las ventajas de la vida rural.

—Bien sé yo —decía— que no estamos en Jerusalem; bien sé yo que esta tierra no es aquella de nuestros antepasados. Pero, sembramos y tenemos trigo y de noche, cuando regresamos de la era, detrás del arado, podemos bendecir al Altísimo porque nos ha conducido fuera de donde éramos odiados y vivíamos perseguidos y miserables.

El matarife replicó: —El trigo de Besarabia es más blanco que el de la Colonia—; y expresó pausadamente su descontento.

—En Rusia —dijo— se vive mal, pero se teme a Dios; y se vive de acuerdo con su Ley. Aquí los jóvenes se vuelven unos gauchos.

El agudo silbato de la máquina disolvió a los vecinos. Tocaba el turno a las parvas de Moisés Hintler, que permanecía silencioso junto a la casilla rodante del maquinista. Era bajito, flaco, y sus ojos redondos y diminutos traducían en su mirar de miope una alegría profunda. A su lado, la mujer, envejecida en la miseria del pueblo natal, contemplaba la faena y la hija, Débora, robusta y ágil, preparaba el almuerzo.

Comenzó el trabajo. Subimos a la parva de Moisés para alcanzar las gavillas; y los peones enaceitaban la máquina formidable.

—Moisés —exclamó el alcalde—. ¿Tenías también parvas en Vilna? Allí trabajabas de joyero y componías viejos relojes; ganabas un par de rublos al mes. ¡Aquí, Moisés, tienes campo, trigo y ganado!

Levantó una copa de caña y brindó:

—Moisés: como decíamos en Rusia, yo deseo

que tu tierra sea siempre fecunda y que, por abundante, no logres juntar su fruto.

Moisés permanecía callado junto a la máquina. En su cabeza se revolvían desvanecidos recuerdos de su vida lúgubre de Vilna, de su vida martirizada y amarga de judío.

La rueda mayor giró y el grano empezó a derramarse como lluvia dorada bajo la bíblica bendición del cielo inundado de luz. Interpuso lentamente la mano en la clara cascada de trigo, y así la tuvo mucho tiempo. A su lado, la mujer miraba con avidez y Débora miraba.

—¿Véis, hijos míos? Este trigo es nuestro...

Y por sus mejillas, aradas por una larga penuria, corrieron dos lágrimas, que cayeron, con el chorro de gordo grano en la primera bolsa de su cosecha...



LA HUERTA PERDIDA

Era un día caluroso y límpido. A ambos lados de la aldea, los sembrados verdeaban en las eras inmensas, onduladas levemente por un viento suave. En el vasto potrero que separaba las dos hileras de casas, los muchachos apartaban el ganado para conducirlo al pastoreo.

Nos hallábamos en un período de descanso antes de comenzar la remoción de la tierra para nuevas siembras. Y aquel día fuimos a la sinagoga, pues era aniversario de la muerte de un vecino y sus hijos tenían que decir las oraciones fúnebres prescritas por el rito.

Comentábase minuciosamente una reyerta ocurrida la víspera, y el alcalde negociaba una conciliación. El matarife adujo razonamientos salomónicos y citó, como conocedor de las leyes usuales, algunas sentencias edificantes. Después de un cambio de insultos, en que se historiaron con prolijidad diversos escándalos de las dos familias, se hizo la paz y los enemigos se reconciliaron.

Convinimos en ir a la estación esa tarde, y los reconciliados nos hicieron encargos.

—Me traerás las cartas.

—A mí, el arroz que compré el domingo.

Regresamos en grupo. El cielo, bien azul, parecía más bajo, y detrás de las casas, blancas y limpias algunas, otras con las paredes de paja, las huertas florecían al sol. Pocos árboles había en la colonia y sólo frente a nuestra casa, un paraíso agrandaba su copa en una mancha de sombra sobre el camino.

Al llegar, advertimos, lejos, muy lejos, en el horizonte todo encendido, una nube gris.

—Parece que lloverá.

—Parece —dijo el peoncito.

Como a mediodía la nube aumentó; se extendía, se ensanchaba.

—Pregunten a don Gabino —aconsejó el alcalde.

Pero don Gabino, el boyero de la colonia, se hallaba con el ganado en un campo distante. El viejo criollo, que fue, según contaba, soldado de Crispín Velázquez, era el astrónomo del lugar y sus predicciones no fallaban.

La hora del almuerzo no tardó en dispersar a los vecinos. Cada uno se retiró algo inquieto. Y la nube seguía creciendo en el azul tranquilo del horizonte. Se dilataba y parecía descender.

Acostumbrados al mal tiempo, aquella nube sin vientos y sin truenos, preocupaba a la gente. Apoyados en el alambrado, los chacareros observaban el fenómeno sin poderlo explicar. Ya nadie pensaba en ir a la estación y nadie hablaba del arreglo entre los vecinos en reyerta, efectuado por el ma-

tarife esa mañana, en la sinagoga, al terminar los huérfanos el último rezo en memoria del muerto.

Todos mirábamos aquella nube ya enorme que invadía el cielo. Se acercaba con lentitud; y una hora más tarde cayó sobre nosotros el vuelo pesado de la langosta.

—¡La plaga! —gritó el matarife.

—¡Las huertas! ¡Las huertas! —se acordaron todos; y comenzó la defensa. El sol quedó oscurecido por la invasión espantosa y el paraíso, los postes de los corrales y del potrero se cubrieron de langosta, cuyo olor llenó la anchurosa campiña.

Y las huertas eran manchas parduscas y movedizas.

Los hombres, las mujeres y los muchachos salieron a combatir, batiendo latas y agitando bolsas, la plaga terrible. Gritaba la gente para ahuyentarla, pero el esfuerzo resultaba inútil. La langosta segaba las legumbres, las flores, los ralos tablones de gramilla. Las mujeres lloraban y agitaban trapos rabiosamente.

—¡Raquel, tu planta! —gritó un niño.

Raquel, en medio de la huerta, arrojó la bolsa y se precipitó hacia el muchacho que le anunció el peligro. La langosta cubría su planta amada, su magnífico rosal.

—¡Una bolsa, pronto, una bolsa!

Nadie la oyó. No atinó en el apuro a sacar de la casa, que distaba unos pasos de allí, un paño cualquiera para proteger la planta invadida. Rápidamente arrancóse la bata y empezó a espantar la langosta. Tenía la camisa pegada a la espalda morena y sus pechos temblaban y chorreaban sudor. Envolvió después el rosal y con la trenza rubia, gruesa y blanda, se limpió la cara.

—¡Raquel! —llamó Moisés—. ¡Raquel, ven a ayudar!

Se incorporó dificultosamente y volvió a la huerta.

El combate fantástico duró horas entre gritos y

tamboreos. Las huertas quedaron desnudas; y la langosta ocupó los trigales.

Ya el sol desaparecía y la atmósfera era un poco más liviana. Regresamos tristes y huraños. El matarife mascullaba maldiciones mientras daba comienzo a los rezos de la tarde. Y cuando don Gabino volvió con el ganado, sólo se oía en la colonia el llanto entrecortado de las mujeres y el ladrido de los perros.



EL CANTAR DE LOS CANTARES

Porque tu amor es mejor que el
vino...

No lejos de la noria encontró el mozo a Ester apartando sandías, cuyas hojas y flores formaban tejido en el bosque de curvos troncos del maizal. Una luz fuerte avivaba el fuego de los girasoles, y de la tierra subía un olor de humedad. Ester se incorporó al divisar a Jaime. Separó con el pie las sandías cortadas y, lentamente, alargó la pollera encogida en la cintura para que no se le enredara en la tarea. Sintió que sus mejillas se coloreaban y apenas pudo decir con voz que le parecía ajena:

—¿Del trabajo ya?

Jaime no contestó. Erguido sobre el caballo, oyó sin entender la pregunta. Contemplaba con avidez el duro perfil de la muchacha desgreñada y jadeante. Al respirar, su pecho movía las hojas de maíz que le llegaban hasta la garganta. La inquietud dilataba sus pupilas, negras como tierra arada después de la lluvia.

No ignoraba ella el objeto de tan brusca aparición. Jaime la perseguía desde mucho tiempo atrás. Para ella eran las canciones entonadas en los intervalos de los bailes de la colonia, para ella las proezas en los rodeos. Y no le disgustaba aquel bravo mocetón, áspero como un tala y ágil como una ardilla.

Aquietada un poco, miró su rostro tostado.

Sin darse cuenta repitió la pregunta:

—¿Del trabajo, che?

Jaime exclamó:

—¡Fíjate, Ester!

El campesino, con gesto inseguro, ofrecióle algo que no pudo distinguir en el primer momento.

—¿Qué es eso?

—Es para ti.

Eran huevos de perdiz que había encontrado cerca de la loma próxima. Ester los aceptó, y para acomodarlos bien, el hombre se bajó del caballo.

—Así no; se van a romper.

Al envolverlos, hincados en el suelo, Ester le rozó la cara con el cabello; sintió el estremecimiento que ese roce le produjo.

—Ester . . .

Los dos se quedaron en silencio, un silencio angustioso y largo. Repuesta un tanto, intentó ella disimular su turbación. Pero nada se le ocurría.

—Es alto este maizal.

—Sí, es muy alto.

—En cambio, el de Isaac . . .

—Ester —volvió a decir el mozo—, tengo que hablarte.

Ester bajó la cabeza mientras desgarraba con las manos temblorosas hojas de maíz.

—Me han dicho —continuó— que te quieres casar con un vecino de San Miguel. ¿Sabes quién me lo dijo? Fue Miryam; no, Miryam no ha sido, es la cuñada del alcalde...

—¡Ella, sí! —respondió Ester— porque quiere que me case con su primo, el manco...

—Me han dicho también que el padre del novio les daría dos pares de bueyes y una vaca.

Ester trató de negarlo; Jaime insistía:

—¿Qué piensas tú?

—No sé todavía.

—Ester, yo vine a decirte que quiero casarme contigo.

La muchacha nada contestó al principio, y tan sólo después de haberle repetido varias veces la misma cosa, acertó a contestar:

—Habla con mi padre, yo no sé...

Un viento ligero silbó en el maizal; algunas hojitas de girasol cayeron sobre la oscura cabellera de la muchacha, y una se deslizó por la garganta dejando ver su puntita amarilla.

—Me voy a casa...

—Te acompaño...

Al ponerse de pie, sin habérselo propuesto, Jaime la atrajo y la inmovilizó en un abrazo rudo y con un beso fuerte, que resonó en el maizal y sofocó su sorpresa. Retiróse, y con los brazos caídos, la miraba espantado.

Nada más se dijeron. Jaime montó en su caballo y con paso lento se encaminaron a la colonia. Antes de llegar a la casa, Ester le dijo:

—¡Cómo me envidiarán!

—¡Y a mí! Mira, voy a domar para ti esa yegüita blanca que tengo...

En la casa ya, Jaime llamó afuera al padre e inició su proposición de este modo:

—Sabe usted, rabí Eliezer, como mi campo queda junto al suyo...



LAS LAMENTACIONES

Llorad y gemid, hijas de Sión.

En casa de don Moisés, vecino respetable de Rajil, las mujeres se reunieron para decir las lamentaciones rituales. Eran los días señalados para evocar la pérdida de Jerusalem. La colonia tenía aspecto lúgubre, y en la cara de los ancianos la dolorosa conmemoración había ahondado las arrugas.

Alineados en dos bancos de madera, los viejos permanecían en silencio. La luna iluminaba en aquella traslúcida noche entrerriana los rostros dolientes, las barbas blancas, las manos largas y nudosas. Parecían formar un friso místico de los Apóstoles. ¿Quién no ha visto esos perfiles quemados

y llenos de angustia en las estampas antiguas, en los cuadros de las iglesias?

Moisés, tu figura encorvada, tus pies desgarrados, tus ojos profundos y tristes, recuerdan a los santos pescadores que acompañaban a Jesús, Jesús, tu enemigo, Jesús, el discípulo de rabí Hillel, tu maestro. Y los amigos de Jesús supieron de tus amarguras y mojaban el pan en sus lágrimas, como tú, al pensar en las penas que sufren tus hermanos, azotados en todas las ciudades y pisoteados por todos los caminos del mundo. Viejo Moisés, tu cara pálida, labrada por el dolor como la tierra de tus hijos por el arado, es la misma cuyos ojos alumbró la Buena Nueva, allá, cuando en el templo incomparable, las vírgenes levantaban hacia el santuario los brazos desnudos, y del fondo de la Judea los hombres venían para la Pascua y traían al Señor la ofrenda del cordero y de la paloma.

Como en el día de la Cautividad en que el héroe moribundo bramó en la sinagoga las tremendas palabras, así tus gemidos llenarán con su música fúnebre el cielo amable y la extensa campiña en que ondulan el ritmo de las vidalitas, los suspiros de amor, los mugidos del ganado. Como entonces, nadie responderá a tu cántico, y si otra vez Jehuda Aleví entrara a Jerusalem, cubierta la cabeza con una bolsa de ceniza en señal de duelo y recitara su elegía, el sarraceno volvería a aplastarlo bajo su caballo...

—Recemos ya, madre.

—Es temprano todavía. Tienen que venir aún la mujer del matarife, su hermana y la partera.

—La partera. ¡Vaya! —exclamó una vieja—. Si ni sabe leer. Hay que decir antes las palabras y ella las repite.

—Y al oír como llora, se diría que es ella la que ha compuesto las oraciones.

—Muchos son así —respondió la mujer de Moisés—; no saben leer una letra en el *Majzor*, pero,

en cambio, saben sentir. ¡Ay, hermana! Se aprende a leer con el corazón.

Los hombres entraron.

—Recemos antes las oraciones nocturnas y después diremos los trenos —propuso Moisés.

—¿Hay diez hombres?

—Somos catorce.

—Empecemos.

Y Moisés, vuelto hacia Oriente, dio comienzo con las palabras clásicas:

—*Baruj Athá Adonai.*

Terminaron las oraciones; las mujeres se sentaron en el suelo, en el lado opuesto al de los hombres, y las lamentaciones comenzaron. Las bocas, torcidas por agria mueca, gimieron en la quietud de la noche impregnada de maleficio, las quejas seculares de la raza. Lágrimas, gruesas como gotas de lluvia, caían sobre los textos alumbrados por velas domésticas, mientras afuera, los perros unieron al llanto unánime sus ladridos, largos y hondos.

"Como la viuda que tiene la certidumbre de que su esposo no retornará...", masculló la voz del matarife. "Jerusalem, cual una mujer que ignora la suerte de su hombre, desgarra sus vestiduras, muerde la tierra y se mece los cabellos al viento; Jerusalem, así eres tú, tierra de promesa, desolada y hollada por los enemigos".

—Así eres tú, Jerusalem —repetían las mujeres ahogadas por el sollozo y sus gritos repercutían en la soledad tenebrosa.

En el patio, Rebeca conversaba con Jacobo.

Sus ojos azules, su cabellera pesada, su cuerpo flexible, estremecían al muchacho.

—Y tú, ¿por qué no rezas?

—Aún soy chica. Cuando me case voy a rezar como las demás.

—Mejor.

—¿Sí?

—Claro, así estoy contigo...

—Estás casi todo el día...

Iba a contestar Jacobo, pero otra vez el llanto de las mujeres estalló y los hombres renovaron las lamentaciones; evocaban en la opaca vociferación la gloria de Jerusalem —Ieruschulaim—, dosel de la Sabiduría, trono de la Justicia, reino de los Profetas. Las voces siguieron clamando la eterna penuria de Israel. Los perros ladraban con los hocicos hacia la luna.

—Rebeca, me han dicho que tienes novio.

—No es cierto; son inventos tuyos.

—Pero quisieras tenerlo.

Rebeca guardó silencio. Jacobo, penetrado por el olor de los huertos cercanos, hipnotizado por la dulzura del cielo —el cielo milagroso de Entre Ríos— se apoderó de una mano de Rebeca, y juntándola a su pecho, puso un beso infinito y tímido en sus ojos entrecerrados.

Del otro lado del potrero, un vecino que regresaba de la estación, cantó la endecha de los judíos:

Vaga un hombre por el mundo,
va de ciudad en ciudad...

Adentro, los viejos gemían:

—Jerusalem, desgarrada y lúgubre, las lágrimas de tus hijos corren como las aguas del mar...



EL EPISODIO DE MIRYAM

Rogelio Míguez y Miryam se entendían únicamente por medio del canto. Rogelio era el mozo más afortunado de aquel pago entrerriano. Eximio improvisador de vidalitas, sabía modularlas en los bailes campestres y arrancar, junto con los gemidos de su ilustre guitarra, lágrimas a las muchachas. Era extraordinario. Garrido en su rudeza rural, se distinguía entre todos y ninguno podía mostrar en su vida tantas aventuras de amor. Tampoco era lo que se llama un buen mozo. Tenía siempre la misma cara taciturna y raras veces reía.

Los peones de la colonia, envidiosos de sus triunfos, alegaban en contra suya su ninguna habilidad

en el juego de la taba. Tenía pocos amigos. Los israelitas del pueblecito lo estimaban por su buen carácter y por su laboriosidad. Así, no debía extrañarse que Jacobo Jalerman lo cuidara como un tesoro. Don Jacobo, viejo de rala barba, nariz curva y mejillas secas, antiguo alumno de la escuela hebrea de Vilna, cerealista en Besarabia y agricultor en Entre Ríos, solía explicar las excelencias de su peón incomparable. Recurría a comentarios agudos y a citas difíciles, y una tarde llegó hasta convencer a sus oyentes de que Rogelio aceptaría los preceptos mosaicos si sus luces escasas le permitieran comprender la verdad.

—¿Os acordáis de la sentencia de Rabenu Jehuda? —solía interrogar a propósito al maestro del colegio colonial—. Decía en sus interpretaciones que sólo un oscurecimiento maligno de los cerebros impide a los hombres seguir la ley de Jehová...

Miryam, su hija, profundizaba mucho menos. Para elogiar a Rogelio no necesitaba las máximas que ocultan los rabinos en los recovecos del Talmud. Tampoco entendía las conversaciones del peón. Hacía poco tiempo que habían venido de Rusia y el idioma le parecía más duro que una piedra. En cambio, comprendía sus canciones. Cuando Rogelio entonaba una vidalita, ella, inevitablemente, respondía con un canto judío, extraño a los oídos del criollo, que se embelesaba oyéndola. Y su rostro moreno se iluminaba al oír a la hermosa muchacha, rubia como la tarde y los trigales. Cuando don Jacobo y Rogelio salían al campo, Miryam les llevaba el desayuno. Junto al arado, fuera del surco, entreteníanse, cada uno en su lengua. El sol los bañaba en su luz matinal; don Jacobo hablaba de las vueltas hechas, de la resistencia de los bueyes bíblicos, enormes como montañas y mansos como criaturas. Los bueyes tenían nombres deprimentes para Rusia: *Zar, Moscú, Zarevich*...

—Alejandro III tiene una llaga en la nuca...

—Pierda cuidado, patrón —respondía Rogelio, y dirigiéndose a Miryam, afirmaba:

—Está bueno el café con leche, patroncita...

—¿Hoy trabajó mucho?

—Jugando no más...

En los descuidos de don Jacobo, Rogelio arrojaba a la muchacha pelotitas de hierba.

Esas relaciones comenzaron a comentarse en las tertulias de la colonia. La gente extrañaba la conducta demasiado liberal de Miryam, hija de un hombre tan religioso e instruido como don Jacobo. Los comentarios se convirtieron pronto en murmuraciones. El chico Isaac les había visto a los dos sentados en la costa del arroyo que divide el potrero común. Raquel, madre del matarife, sostenía haberlos encontrado en el mismo sitio y otra vez los divisó detrás de la casa.

Don Jacobo no ignoraba esos murmullos, y, claro está, no creía. A las indirectas de sus amigos de la sinagoga, contestaba con argucias y concluía siempre:

—Miryam no se casará con un cristiano; no tengan miedo. Además, Rogelio, por ejemplo, no roba ni mata. En su cuarto no se encontrarán rollos de alambre ni el cencerro de la yegua madrina.

Con eso aludía a proezas de la familia más devota de la colonia.

Sin embargo, don Jacobo, persona prudente, despidió al peón con un pretexto cualquiera. Así terminaron los cuentos. El matarife mismo declaró un sábado que don Jacobo era un hombre de honor y Miryam una digna muchacha, una muchacha hebrea al fin.

Pero el asunto concluyó de una manera inesperada.

Celebrábase la Pascua en la sinagoga, instalada en el rancho del matarife. Estaba lleno de colonos. Las mozas lucían vestidos de alegres colores y los mozos hablaban de sus caballos.

La tarde se anegaba en la pesadumbre del otoño naciente, y en el potrero bordeado de casuchas, el ganado descansaba.

Don Jacobo, con la túnica sagrada sobre los hombros, dilucidaba con su elocuencia habitual detalles complicados de la Biblia. De pronto, un niño gritó:

—¡Miren, miren allá!

Todos los colonos salieron de la sinagoga y pudieron presenciar algo horrible: Rogelio, en su portentoso alazán, venía a todo correr con Miryam en ancas. Pasaron como viento, erguido altivamente el criollo, y ella, suelta la cabellera, envolvió a la gente en una mirada de desafío, hechos una llama los ojos, y cuando los colonos volvieron de su asombro, la pareja fugitiva era un punto en la distancia. En el camino, una vasta polvareda levantaba franjas de oro.



EL BOYERO

Don Remigio Calamaco —así se llamaba el boyero de Rajil— era uno de los tipos más característicos de la colonia. Viejo, muy viejo, veíasele siempre a caballo, recorriendo el potrero o bien en los alrededores de las quintas, cerca de los sembrados, sus silbidos atravesaban el aire como flechas. Era alto y ancho, rugosa la cara, toda cubierta de cicatrices, larga la melena, larga la barba que el viento agitaba en el tranquilo galope de su pangaré.

Soldado de Crispín Velázquez, peleó en su mocedad con el caudillo de Villaguay. En las tardes de lluvia, cuando las hondonadas parecían ríos,

don Remigio refería antiguas proezas a los mozos judíos, reunidos en la carpa. Allí celebrábamos tertulia, mientras la china hospitalaria nos servía el amargo y el muchacho rasgueaba canciones del pago en la desmedrada guitarra, sobre cuyo lomo el viejo solía picar su tabaco. Eran los días preferidos de don Remigio.

El ganado permanecía en el potrero, los colonos no trabajaban. Don Remigio se sentaba junto al brasero familiar, donde un trozo de quebracho perpetuaba un fuego sin humo. Contaba hazañas heroicas. Extendía sobre la piel de carnero su pierna torcida en un trance de rodeo, liaba su gordo cigarrote de tabaco negro, que metía en la boca hasta el extremo opuesto, y hablaba. Su voz ronca cobraba sonoridades bruscas en los inacabables relatos. Jamás omitía en ellos el nombre de Velázquez y si notaba un gesto de duda en el auditorio, apelaba al testimonio del comisario, don Benito Palas, cuyo sargento fuera años atrás, cuando los matreros llenaban el pajonal de San Gregorio. Naturalmente, no sabía leer. Su ciencia se componía de aforismos camperos, anécdotas de olvidados combates y los dicharachos tejidos en el intervalo de las carreras de Las Moscas o los agudos retruécanos con que acribillaba al adversario —un maula, desde luego— en una partida de taba.

Claro está, paisano tan insigne no desconocía el arte de payar. Más de un criollo de Villaguay recordaba todavía los triunfos obtenidos por don Remigio Calamaco en los bailes de la comarca.

Y era temible su daga, cuyo cabo de plata brilló en duelos incontables al fulgor de la luna.

Anciano ya, en el mísero cobertizo donde entraba la lluvia y el viento, don Remigio aún solía evocar en un rasgueo los años de su juventud. Entonces, el episodio montonero cedía su sitio a un recuerdo más íntimo. Sus dedos esqueléticos se animaban, su rostro flaco y fiero tornábase dulce.

—¡Trai la guitarra, Juan! Entuavía sé algo.

Afinaba las cuerdas con lenta minuciosidad y tras prolijos ensayos comenzaba con su añejo repertorio.

Eran las conocidas décimas de todos los paisanos, coplas que destilan el alma pensativa y ruda de los gauchos en que se funde la valerosa barbarie con las ternuras de amor.

Y don Remigio terminaba cada décima con esta exclamación:

—Ansina se cantaba en mi tiempo.

Como todos los viejos, el boyero añoraba el tiempo transcurrido, las hazañas de su edad juvenil —cuando mandaba don Crispín— y su alma áspera y buena se llenaba de nostalgia. Paladín de huestes bravías, concluía su existencia repleta de hechos gloriosos, en las monótonas tareas de la colonia. Ni siquiera rodeos o yerras. Divididas en predios las enormes extensiones de tierra, alambrados por todas partes, su espíritu acostumbrado al comunismo de antes, se sentía oprimido en el nuevo régimen. Disperso el criollaje, muertos los camaradas de los días grandes y olvidados, miraba con oculta tristeza a los extranjeros, que araban el campo y llevaban la cuenta de los terneros y de las gallinas.

Su vejez, llena de lamentos como su guitarra, traducía la melancolía infinita de los vencidos. Así vivía vida simple en Rajil, domaba caballos para los judíos y ayudaba a manear vacas ariscas para ordeñarlas. Poco pudo comprender los ritos hebraicos. Estimaba a esa gente trabajadora y humilde cuya religión no penetraba. Sabía que el sábado no se hacía fuego y el viernes a la noche iba con frecuencia al rancho del matarife o del alcalde, para apagar o avivar la brasa del horno, donde se cocía para el día siguiente la carne del almuerzo y el pastel dorado en grasa de gallina.

Lo queríamos todos y el día que se supo su desgracia los colonos se afligieron profundamente. Es un episodio que terminó de un modo digno su vida de soldado y de domador. Pinta el tipo de esos criollos antiguos, cuya historia referida en romances, asombrará a las generaciones venideras. ¿Quién

no recuerda el suceso en la colonia? Los judíos lo comentaron muchos sábados en la sinagoga y las mujeres lo narran con espanto hasta hoy.

Fue un día domingo, cerca de la pulpería de La Capilla. Gallegos y judíos hacían sus compras en el pequeño almacén. Afuera, los peones proyectaban carreras, excitados por el sol que les fermentaba la sangre. No lejos, el arroyo de Los Lagartos se extendía como un hilo gris, interrumpido por el tajamar. Margaritas y tártagos florecían en la campiña, y los cardos diseminaban en el paisaje primaveral su mancha chillona.

Cruzáronse apuestas; don Remigio hacía sonar el pesado rebenque en la bota y provocaba a los mozos:

—Vos, Melitón, a ver si t' animás con tu bayo. ¡Sos flojo como un dotor!

Agitaba su poncho raído, descubriendo en el tirador constelado de platería, la daga memorable y las boleadoras.

Requintaba el agujereado chambergo de alta copa, y caminaba zapateando de un grupo a otro. Fallaba sobre una meta dudosa, reprochaba a alguien un detalle, hacía retruécanos y canturreaba entre dientes.

A veces, el sargento Rodríguez acallaba una disputa con un grito desde la puerta de la pulpería, pues el comisario se hallaba en la estación, donde el juego de taba exigía su presencia.

Don Remigio se encaró con un gaucho, afirmando que su pangaré corría más que cualquier caballo.

—¡Juan! —gritó a su hijo—. Mirá, che, enseñale cómo corre este animal.

Y la apuesta quedó convenida.

Juan montó el caballo de don Remigio, y Castro, peón de los Benítez, su alazán. El gauchaje se reunió junto al corral, que era la meta, para presenciar el espectáculo. Los caballos se tendieron en furiosa carrera, viéndose desde lejos cómo los

jinetes revoleaban los rebenques y sus gritos llegaban con el ruido de las pisadas. El pangaré llevaba un ventaja visible, que pregonaban las exclamaciones de los gauchos.

Ya cerca del corral, rodó el alazán, y Castro quedó parado en el suelo. Una agria discusión sucedió al accidente. Castro aseguraba que a no ser por la rodada habría ganado la apuesta, Juan protestó y a una dura palabra del otro se produjo la pelea. Los peones se apartaron, y don Remigio, sereno y grave, encendió un cigarrillo, diciendo:

—Portate bien, m'hijo.

El lance fue breve. Las dagas se entrechocaron en la quietud de la tarde. Los dos hombres se cambiaban ágiles golpes con su maestría nativa.

Castro arreció en el ataque, con mano firme. Dos o tres veces, el rostro de don Remigio se oscureció al retroceder su hijo en la brava pelea. El adversario lo dominaba, seguro de su superioridad. El viejo, con la izquierda en la barba y la diestra en la daga, los observaba ceñudamente. Volvió a ceder el hijo y de pronto, al aflojar ante un nuevo ataque, don Remigio le hendió con la daga la cabeza, en un movimiento rápido, gritando:

—¡No reculés, maula!

Se oyó un gemido y el gentío retrocedió sobrecogido de horror. Lentamente, don Remigio se encaminó a la pulpería, mientras algunos con brazos estremecidos de temblor trataban de levantar al herido.

Castro montó su alazán alejándose a galope; la peonaba hablaba de lo ocurrido en voz baja, con murmullos de admiración por el anciano criollo, último sobreviviente de aquella raza dura y leal que llenó de leyendas la comarca entrerriana, capaz de soportarlo todo, menos la falta de valor, el valor, que es el rasgo superlativo del gaucho, el valor, que es su nobleza y su poesía.

Así puso fin a su historia el glorioso boyero, y con este episodio cerró su existencia en una celda de la cárcel, agobiado de años, de recuerdos, de penas.



LA MUERTE DEL RABI ABRAHAM

El hecho sucedió en Rajil. Era un día de invierno, de palidez y de frío. Asomaba ya el sol sobre las lomas y roseaba la escarcha que cubría la campiña. Escarchados los postes, escarchados los techos de los ranchos, blanco el camino, aquel rincón entrerriano evocaba más bien un paisaje de país de nieve, una lámina rusa en la tierra armoniosa y bravía de los gauchos.

Era la hora de comenzar las tareas. Rabí Abraham iba y venía del corral a la casa, preparando la partida para la chacra. En la cocina, llena de humo de leña húmeda, los muchachos apuraban el mate y zapateaban para entrar en calor. Goyo, el peón,

se desperezaba, soñoliento aún; la vieja judía revisaba los nidales de las gallinas, y repetía la queja inevitable de todas las mañanas:

—Nunca ponen en el mismo sitio...

Y don Goyo contestaba, entre bostezos, sin cambiar jamás las palabras:

—Mal enseñaos, patrona...

De los charcos venía el grito de los teros y lejos, allá donde se perdía la línea gris del arroyo, la yegua estremecía con los relinchos la serena quietud de la mañana. Poco a poco, el sol se agrandaba y enrojecía las nubes, desleídas como manchas en la tersura metálica del cielo. Notábase movimiento en todas las casas de la colonia. Los chacareros y los peones enyugaban los bueyes, entumecidos por la noche. De cuando en cuando, el viento traía una exclamación que los muchachos contestaban entre risas.

—¡El yaguaré, no! —gritaron en la casa vecina.

Ruth apareció en la cocina, desgreñada, envuelta en una manta de lana que daba a su hermosura de moza fresca y rústica, un aspecto de salvaje arrogancia. Revolvió el fuego y empezó a participar del mate en la reunión matinal. Con un ademán desabrido respondió al requiebro del gaucho:

—¡No diga pavadas! Es demasiado temprano...

Cerca de la puerta, Rabí Abraham se puso a rezar. Envolvió despaciosamente el brazo izquierdo en las correas de las filacterias, fijó la otra en la frente, cubierta por la túnica que daba a su figura un aire oriental y sacerdotal. Gravemente pronunciaba las palabras invocando en el idioma que habló Jehová a los profetas, la alegría para los suyos, la bendición unánime sobre el universo.

Al terminar las plegarias, el sol ya estaba alto. Deshacíase la escarcha y los paraísos y los tártagos parecían renacer en el vibrador aliento de la mañana. Un soplo ligero movía las plantas ya desnudas en el enrarecido jardín; las ranas acompasaban con su crasa disonancia el canto de los pájaros.

Rabí Abraham apresuró al peón y a los muchachos. Unos se dirigieron a ensillar los caballos y el peón entró al corral.

Rabí Abraham le dijo:

—Enyugue al Manso y al Gordo.

Don Goyo se encogió de hombros, empezó a azuzar el ganado bajo cuyas patas crujía la boñiga endurecida por la helada. Se apoyó en el palenque y lió su cigarro. Después se entretuvo en enlazar a los bueyes a pesar de que su mansedumbre hacía inútil esa maniobra.

Era así don Goyo. Su laboriosidad se manifestaba tan sólo junto al asado y al mate. Sabiéndolo, el colono entró también al corral a fin de enyugar con más rapidez.

—Si no nos apuramos, no alcanzaremos a dar cuatro vueltas con el arado.

El peón no contestó. Pausadamente atrajo un buey al palenque y empezó a uncirlo al yugo.

—Éste no, don Goyo. Enyugue al Manso y al Gordo porque el Chico trabajó toda la semana y está algo enfermo.

—Vea, patrón; el Manso no me gusta porque se sale del surco a cada rato.

Con su escaso vocabulario, Rabí Abraham intentó convencerle; sonreía para atenuar la energía de su palabra.

Don Goyo prosiguió sin hacerle caso.

El colono, irritado ya, lo apartó atrayendo al Manso por los cuernos. Los ojos del peón relampaguearon, duros y feroces. Fue cosa de un instante. Rabí Abraham lo advirtió cuando el paisano ya tenía el facón desnudado, y al amenazarlo con el yugo, don Goyo lo apartó con la izquierda en un salto de tigre, hundiéndole la hoja en el pecho.

Don Goyo salió del corral, como si nada hubiese hecho y se perdió entre las quintas, y cuando vinieron los muchachos del potrero vieron al padre yacer entre los bueyes. A los gritos y llantos se reunió la vecindad azorada, y todas las mujeres estallaron en largos y dilatados lamentos.

Sacaron a Rabí Abraham del corral y lo dejaron tendido en el suelo, en el centro del rancho. Lo cubrieron con un lienzo blanco. Tenía la cara torcida y en un rictus doloroso, los ojos abiertos y hundidos, la barba rubia y densa temblaba levemente al paso de los que salían y entraban a la habitación. Rabí Abraham, con su cabellera, con su barba, con su túnica, parecía Nuestro Señor Jesucristo, velado por los ancianos y las santas mujeres de Jerusalem . . .



LA LECHUZA

Jacobo pasó en su petiso ante la casa de Reiner saludando en criollo. La vieja contestó en judío, y la chicuela le preguntó si había visto al regresar de la era a Moisés, que partiera a la mañana en busca del tordillo.

—¿Moisés? —interrogó el muchacho—. ¿Se fue en el caballo blanco?

—En el blanco.

—¿Enderezó por el camino de Las Moscas?

—No —respondió Perla—; tomó el camino de San Miguel.

—¿De San Miguel? No lo he visto.

La vieja se lamentó con voz que traducía su inquietud:

—Ya atardece y mi hijo partió tan sólo con unos mates; no llevó revólver...

—No hay cuidado, señora; se puede recorrer todos los alrededores sin encontrar a nadie.

—Dios te oiga —añadió doña Eva—; dicen que cerca de los campos de Ornstein merodean bandidos.

El diálogo terminó con una palabra tranquilizadora de Jacobo; espoleó el petiso, obligándolo a un corcovo para lucir su habilidad de jinete en presencia de Perla.

El sol declinaba y la tarde de otoño se adormecía en una vaguedad brumosa. En el cielo se extendían franjas rojizas. El tono amarillento de las huertas, el verde pálido del potrero, quebrado por el arroyo angosto y gris, daban al paisaje una melancolía dulce, como en los poemas hebraicos, en que las pastoras retornan con el rebaño sonámbulo bajo el firmamento de Canaán.

Sumíanse en oscuridad las casucas de la colonia y en los alambrados estallaban en reflejos vivaces los últimos rayos.

—Es tarde, hija mía, y Moisés no llega...

—No hay temor, madre; no es la primera vez. ¿Te acuerdas, el año pasado, en vísperas de Pascua, cuando fue con el carro al bosque de San Gregorio? Vino con la leña al día siguiente.

—Sí, recuerdo; pero llevaba revólver y, además, cerca de San Gregorio hay una colonia...

Un silencio penoso siguió a la conversación. Grillos y ranas turbaban con su chirriar y croar la paz del crepúsculo. En los charcos vociferaban los teros y de la arboleda próxima venían ruidos confusos. Una lechuza voló sobre el corral, graznó lúgubremente y se posó en un poste.

—Es feo este pajarraco —dijo la chicuela.

Graznó otra vez la lechuza, y miró a las mujeres, en cuyo espíritu sus ojos produjeron la misma sugestión agorera.

—Dicen que es de mal agüero.

—Dicen así, pero no creo. ¿Qué saben los campesinos?

—¿No decimos nosotros, los judíos, que el cuervo anuncia la muerte?

—¡Ah, es otra cosa!

La lechuza voló casi a ras de suelo hasta el alero, donde lanzó un graznido y tornó al poste, sin dejar de mirar a las mujeres.

En el extremo del camino lleno de sombra resonaron las pisadas de un caballo. La chica hundió los ojos, haciendo visera de las manos. Desengañó a la madre.

—No es blanco...

De la hilera opuesta de casas, el viento traía el eco de un canto, uno de esos cantos monótonos y lamentables en que los copleros añoran en jerga vulgar la pérdida de Jerusalem y exhortan a las hijas de Sión, "magnífica y única", a llorar en la noche para despertar con sus lágrimas la piedad del Señor. Maquinalmente, Perla repitió en voz baja:

Llorad y gemid, hijas de Sión...

Después, con voz más fuerte, cantó la copla de los judíos de España, que le enseñara en la escuela el maestro don David Ben-Azán:

Hemos perdido a Sión
Hemos perdido a Toledo.
No queda consolación...

Como la madre continuara inquietándose, la muchacha, para distraerla, reanudó la conversación anterior.

—¿Tú crees en los sueños? Hace unos días, doña Raquel contó algo que nos dio miedo.

La vieja contó a su vez una historia pavorosa.

Una prima suya, "hermosa como un astro", se comprometió con un vecino de la aldea. Era carretero, muy pobre, muy honrado y temeroso de Dios. Pero la moza no lo quería por ser contrahecho.

En la noche del compromiso, la mujer del rabino —una santa mujer— vio un cuervo.

El novio vendió un caballo y con el dinero compró un misal que regaló a la novia. Dos días antes del casamiento se anuló el compromiso y la moza se casó al año siguiente con un hombre muy rico del lugar.

El recuerdo del suceso causó honda impresión en el ánimo de doña Eva. Su cara se alargó en la sombra y en voz baja narró el milagroso acontecimiento. Casóse la muchacha y uno a uno fueron muriendo sus hijos para desdicha de aquel hogar. ¿Y el primer novio? El buen hombre había muerto. Entonces el rabino de la ciudad, consultado por la familia, intervino. Revisó los textos sagrados y halló en las viejas tradiciones un caso parecido. Aconsejó a la mujer que devolviera al difunto su lujoso misal. Así recuperaría la tranquilidad y la dicha.

—Llévalo —le dijo— bajo el brazo derecho, mañana a la noche, y devuélveselo.

Nada respondió la afligida. Al otro día, al salir la luna, misal bajo el brazo, salió. Una lluvia lenta le golpeaba el rostro y sus pies, débiles por el miedo, apenas si acertaban con el paso sobre la nieve endurecida. En los suburbios ya, fatigada y anonadada, se guareció junto a una pared; pensaba en los hijos muertos y en el primer novio cuyo recuerdo desapareciera de su memoria durante tanto tiempo. Lentamente hojeaba el misal, de iniciales frondosas y rojas, de estilo arcaico, que le gustaba contemplar, en las fiestas de la sinagoga, mientras recitaba en coro las oraciones.

De pronto sus ojos se oscurecieron, y al recobrarse vio en su presencia al carretero, con su cara resignada y huraña, su cuerpo maltrecho y su joroba...

—Es tuyo este misal y te lo devuelvo —le dijo.

El aparecido, que tenía tierra en los ojos, extendió una mano de hueso y recibió el libro.

Entonces la mujer, recordando el consejo del rabino, agregó:

—Que la paz sea contigo y ruega por mí; yo pediré a Dios por tu salvación.

Perla suspiró. La noche cerraba, apacible y transparente. En la lejanía, las luciérnagas se agitaban como chispas diminutas y llevaban al espíritu de la anciana y de la chica un vago terror de fantasmas. Y allí, sobre el palenque a cuyo rededor reposaba el ganado, la lechuza continuaba mirándolas con sus ojos de imán, lucientes y fijos...

Obsesionada por un pensamiento oculto, la niña continuó:

—Pero si el gaucho dice tales cosas del pájaro, bien pudiera ser...

Doña Eva miró el palenque y luego hundió su mirada en el fondo negro del camino y, con voz temblorosa, casi imperceptible, murmuró:

—Bien pudiera ser, hija mía...

Un frío agudo estremecióla y Perla, con la garganta oprimida por la misma angustia, se arrimó a la viejecita. En esto se oyó el eco de un galope. Las dos se agacharon para oír mejor, tratando de ver en la densa oscuridad. Su respiración era jadeante y los minutos se deslizaban sobre sus corazones con lentitud abrumadora. Aullaron los perros de la vecindad. El galope se oía cada vez más precipitado y nítido, y un instante después divisaron el caballo blanco que venía en enfurecida carrera. Se pararon madre e hija llenas de espanto, y de sus bocas salió un grito enorme como un alarido. El caballo, sudoroso, se detuvo en el portón, sin el jinete, con la silla ensangrentada...



LAS BODAS DE CAMACHO

Desde hacía dos semanas los vecinos de todas las colonias esperaban el día del casamiento de Pascual Liske, hijo del rico Liske, que vivía en Espíndola. Naturalmente, lo más respetable de cada colonia se preparaba para la fiesta, que prometía, a juzgar por las noticias, ser cosa excepcional. En Rajil se sabía que la familia del novio había comprado en Villaguay ocho damajunas de vino, un barril de cerveza y varias botellas de refrescos de color rosado. Nos lo contó la mujer de Kelner, que las vio conducir junto con el vino, al detenerse el peón de Liske en Balvanera para cambiar la

lanza del carro, rota en un percance, cerca del tajamar.

—Son de color rosado —dijo— y añadió, dirigiéndose a la mujer del matarife, cuyos ojos dilatados denunciaban su incredulidad—: Sí, refrescos de color rosado y con sellos de lacre en el gollete...

Por otra parte, la fortuna del viejo Liske justificaba semejante derroche. Además del campo y los bueyes que le diera la Administración, poseía vacas y caballos. La cosecha de lino del año anterior le había producido miles de pesos y, por lo tanto, bien podía casar a su hijo con esa pompa. Y la novia lo merecía. Raquel era sin duda una de las muchachas más hermosas del lugar. Alta, de cabellera rubia, tan densa y tan rubia que daba una sensación de humedad, y ojos tan azules que mareaban. Esbelto y fuerte era su cuerpo, cuyas enérgicas líneas diseñaba la corta pollera de zaraza. Sentábanle bien el aire un poco huraño y los gestos displicentes. Muchos intentaron aventura con ella, desde el escribiente de la Administración hasta los mozos de Villaguay, pero ninguno pudo vanagloriarse de una respuesta amable. Pascual Liske fue el más pertinaz, pero no el más afortunado durante los primeros tiempos, a pesar de su insistencia y de sus regalos. Raquel no lo quería. Sentíase triste a su lado, pues Pascual nunca le hablaba sino de la siembra, del ganado y de la cosecha. En cambio, era muy distinto aquel muchacho de San Gregorio, que solía visitarla y bailaba tan bien.

La familia obligóla a aceptar a Pascual, y la boda se convino.

Junto al tajamar, cerca de Espíndola, se congregaron las familias invitadas. Carros atestados de mujeres y hombres formaban hilera a lo largo del camino. Era de tarde, en primavera, y la campiña florecía, jubilosa de sol. Mozos jineteaban en torno de los carros, requebraban a las muchachas en

el descuido de las madres y trataban de llamar la atención haciendo corcovear audazmente a sus caballos, o bien proponiendo a gritos cortas carreras.

En tal cual parte, voces frescas coreaban canciones judías y rusas, y en medio del tumulto de la caravana. oíase mezclado a los idiomas de países lejanos, cantos de la tierra cuyas palabras no todos comprendían.

Entraron a la colonia. El desfile de carros cargados de gentío, arrastrados por pesadas yuntas de bueyes, tenía un aspecto procesional y primitivo.

En casas diversas se detuvieron los carros y, poco después, vestidos ya los invitados, se dirigieron a presenciar la ceremonia. Desde luego, las noticias sobre el lujo inusitado del casamiento no resultaron exageradas. Frente a la casa de Liske habíase levantado, sobre filas de palos, un toldo de lona, ancho y extenso. Faroles de papel adornábanlo con guías de ramas verdes y flores. Largas mesas se veían de trecho en trecho, sobre cuyos blancos manteles las moscas zumbaban en torno de las fuentes cubiertas. La gente hormigueaba. El viejo Liske, con su levita de lustrina, recuerdo de sus bueños años de Besarabia, ostentaba en el cuello un pañuelo de seda amarillo con rayas azules. Con las manos en los bolsillos, andaba de un punto para otro, esforzábase en ser amable con todo el mundo, mientras describía el boato, y en voz baja, como para quitar importancia al hecho, decía lo que le costaba ese festín y añadía para explicar tamaños excesos:

—Al fin y al cabo, es mi único hijo...

Bien lo expresa la palabra hebraica[1] "beniujid", y por esto, el gordo Pascual se veía objeto de tan extraordinarios agasajos. Le llamaban el "beniujid" en toda la colonia, donde su extrema rusticidad se citaba como ejemplo en refranes.

La madre vestía una bata vistosa y aluda y un pañuelo verde en la cabeza caído en ancho ángulo

[1] En hebreo significa hijo único.

sobre la espalda. Movediza en su redondez de tonel, iba y venía, atendía a la concurrencia que constituía el verdadero espectáculo de la fiesta. Instalado cerca del alero, hervía sobre un fuego vivaz un enorme caldero repleto de gallinas, y gansos asados colgaban en la sombra chorreando grasa. Más allá, enfriábase en innumerables bandejas el tradicional y venerable pescado relleno. Pero lo que admiraba el público, no eran ni el caldero de gallinas, ni los gansos asados, ni el pescado, ni los costillares de ternera que preparaban los peones. Eran las damajuanas de vino, el obeso barril de cerveza, y sobre todo, los refrescos en cuyo color rosado jugueteaban los rayos del sol. Sí; eran, efectivamente, como se anunciara en Rajil botellas de refrescos, color rosa, con lacre en el gollete.

Los músicos, acordeón y guitarra, atacaban trozos populares del repertorio judío, coreados por un murmullo de voces.

En la casa vecina la novia esperaba la ceremonia. La vestían las amigas, ennegrecida la corona de azahar a fuerza de arreglos continuos. Estaba triste Raquel. En vano hablábanle las muchachas de su suerte, pues casar con un hombre como Pascual no era cosa de todos los días. Muda como una piedra, contestaba con entrecortados suspiros. Su hurañía acostumbrada habíase tornado en honda tristeza, nublada la frente, nublados los ojos, aquellos ojos, tan dilatados, tan claros.

Alguien le dijo, al enumerar a los invitados, que había venido Gabriel, junto con otras familias de San Gregorio. Entristecióse todavía más la novia al oír ese nombre, y al ponerse el velo nupcial, dos gruesas lágrimas cayeron sobre su corpiño de raso.

Nadie ignoraba el motivo de su preocupación y de sus lágrimas. Sabíase que Raquel y Gabriel se entendían desde meses atrás, y Jacobo, conocedor de secretos íntimos, aseguraba haberles sorprendi-

do besándose en vísperas del día del Gran Perdón, a la sombra de un paraíso...

Llegó la madre de Pascual y, como es de costumbre, felicitó con besos ruidosos a la novia. Con vocecilla chillona anunció que debía comenzar la ceremonia.

Raquel no contestó. Incorporóse con lentitud de enferma, y el cortejo de amigas se formó sosteniendo con gravedad y mesura la cola del vestido, fruncido de blondas. Llegó el futuro suegro y el que debía bendecir el casamiento; y la comitiva partió.

En la casa de Liske el gentío hervía alrededor de las mesas. Adentro, Pascual, rodeado de sus camaradas y del padre de la novia, esperaba, vestido de negro. Sonaron palmadas afuera y la ceremonia empezó. Parejas de mozos y mozas sostenían los palos del bordado palio, bajo el cual el novio se paró, y en seguida los padrinos vinieron con la prometida. Comenzó Rabí Nisen las bendiciones, ofreció la copa ritual a los novios y dieron principio las siete vueltas de la nueva esposa en torno del novio, acompañada por los padrinos. Al terminar las vueltas, una vieja advirtió que no eran más que seis, y hubo que completarlas. El celebrante leyó el contrato conyugal, conforme las leyes sagradas de Israel, y luego cantó nuevamente las oraciones nupciales. Finalizó la ceremonia con la simbólica rotura de la copa. Un anciano lo dejó en el suelo y Pascual lo pisó con fuerza suficiente como para partir una roca.

La gente estalló en felicitaciones. Las amigas se precipitaron sobre la novia ahogándola en abrazos y Raquel, siempre silenciosa, se dejaba abrazar. Los invitados rodearon la mesa más larga y empezaron a brindar y a beber.

El viejo Liske propuso un poco de baile antes de la cena, iniciándolo él mismo con la característica danza judía —la "danza alegre"— que acompasaron acordeón y guitarra. Allá, en la cabecera de la mesa, los recién casados presenciaban la ba-

tahola sin cambiar palabra y, frente a ellos, erguíase la figura enhiesta y pálida de Gabriel.

El público pidió a gritos que bailasen los novios. Pascual hizo una mueca angustiosa. No sabía bailar.

Todos esperaban. De pronto Gabriel dio el brazo a la novia. Acordeón y guitarra molieron la polca usual en las colonias judías. Gabriel trató de esmerarse en su habilidad; dijo algo a Raquel, que lo miró con asombro y palideció aún más. Algunos se alejaron para hacer comentarios. Rabí Israel Kelner afirmó, dirigiéndose al matarife de Rosch Pina:

—Gabriel no debiera hacer eso; se sabe que está enamorado de Raquel y se sabe también que ella no puede ver al novio.

El matarife, mesándose la barba y sonriendo, repuso:

—No quiero ofender a nadie; soy amigo de Liske, que es hombre de religión, pero Pascual es una bestia. ¿Ha visto usted cómo se enredó al repetir el "hare-iad", durante la ceremonia? Créame, Rabí Israel: compadezco a la muchacha, que es linda y honesta...

Jacobo, el peoncito del matarife de Rajil, apartó a Rebeca para decirle en criollo, pues era el más criollo de la colonia, como lo demostraban sus bombachas de brín y sus boleadoras:

—Mirá, negrita: aquí va a suceder algo...

Rebeca indagó:

—¿Una pelea?

—Como te digo. Al dir yo esta mañana a San Gregorio, Gabriel me preguntó s'iva a dir al casamiento en el bayo; le dije que sí y me lo pidió pa después...

Rebeca preguntó:

—¿Una carrera? ¿Hiciste una apuesta con Gabriel? ¡Cómo son los hombres! Y decía que estaba desesperado.

—Como pa carreras anda el hombre.

La noche cayó. Encendieron los farolitos y mu-

chos se alejaron un poco para ver el efecto de iluminación —capricho de rico—, visto sólo cuando vino a la colonia el coronel Goldschmith, enviado por la Jewish...

Dispúsose el indescriptible banquete. Tomaron asiento hombres y mujeres; se sirvió a los novios el "caldo de oro", el plato consagratorio de los esponsales. Las fuentes de ave y pescado circulaban, corría el vino, y las alabanzas a la dueña de casa se elevaban en unánime coro.

—En mi vida he comido pescado relleno más sabroso.

—¿Dónde se ha visto ganso más bien asado? —preguntó el matarife...

Rabí Moisés Ornstein hizo su elogio, agregando:

—Es que nadie sabe cocinar como la mujer de Liske. Quien prueba su comida comprende que se trata de una persona de bien...

Vinieron después las croquetas de carne y arroz, envueltas en hojas de viña y la cerveza y el vino regocijaron los espíritus.

La novia se levantó "para ir a cambiar el vestido", y, acompañada por sus amigas y la suegra, desapareció.

Jacobo, al pasar la madre de Pascual a su lado, la detuvo:

—Señora, siéntese y oiga las alabanzas que hacemos de su comida. Nos enojamos si se va, pues queremos alegrarnos en compañía suya.

—Hijo mío, déjame ir; necesito ayudar a la novia.

—Le ayudará Rebeca; usted se sienta. Y gritó: ¡Rebeca, andá a ayudar a la novia!

La vieja se sentó, obligada por todos, y Jacobo le ofreció vino, deseoso de brindar con ella.

Dijo el matarife:

—Cuando se tiene un hijo como el suyo, hay que alegrarse, señora.

El chocar de las copas, la música y los cantos resonaron tumultuosamente en la noche, lleno de estrellas el cielo y de olor la atmósfera, saturada

de trébol y de heno. Mugía el ganado en el potrero y el aire mecía los farolitos...

Jacobo se levantó, excusándose:

—Voy a ver a mi bayo; me parece que me olvidé desensillarlo.

—Yo voy a dar agua al tordillo —dijo Gabriel, levantándose también.

Algo alejados del festín, Jacobo tomó del brazo a Gabriel:

—Mirá; el bayo está ensillao, junto a la tranquera que dejé abierta y la cuida el hijo del boyero. Cerca de la salida hay un sulky enganchado que cuida el rengo... Decime: ¿tenés revólver?

Se separaron: volvióse Gabriel hacia Jacobo:

—¿Y qué va a hacer Raquel con las muchachas que están adentro?

—No importa; fue Rebeca allá...

Regresaron las muchachas. La mujer de Liske preguntó por la novia.

—Ahora vuelve con Rebeca —contestaron, y regresó Rebeca dando otro pretexto. Jacobo se empeñó nuevamente en brindar con la vieja. Cada uno quería hacerlo y se oyó una vez más el chocar de las copas y el murmullo de las congratulaciones. Continuaron tocando los músicos y comiendo el público. A cada instante se traían más fuentes y se repartía vino. Pascual, redondo y solemne, no habría la boca; dirigía miradas inquietas hacia la silla desocupada de la novia. Repercutió el galope de un caballo primero y el ruido de un sulky que partía, un poco después...

Jacobo preguntó a Rebeca, hablándole al oído:

—¿Hace ya mucho?

—Cuando yo volví —repuso la muchacha.

La ausencia de la novia preocupó a la suegra, y sin decir nada entró a la casa y regresó inmediatamente.

—Rebeca, ¿no has visto a Raquel?

—Allí la dejé, señora. ¿No está?

—No está.

—Es raro...

Habló al viejo Liske y habló a Pascual.

Los invitados murmuraban. Sospechaban algo, presentían que algo raro ocurría. De pronto, enmudecieron acordeón y guitarra. Los comensales se pusieron de pie, sin que nadie reparara en los vasos que se volcaban en ese brusco movimiento. Algunos husmeaban alrededor de la casa.

—¿Dónde podrá estar la novia? —se preguntaba. El matarife de Rajil interrogó al de Karmel sobre el fallo ritual en caso de haberse fugado.

—¿Usted cree?

—Todo es posible.

—Opino —respondió— que procede el divorcio; la muchacha y el novio quedan libres. Es lo común.

La angustia crecía. Liske detuvo al hijo del boyero:

—¿No viste a "alguien" por el camino?

—Payá, camino de San Gregorio, vide un sulky que manejaba Gabriel y una muchacha a su lao.

—¡La robó! —gritó con voz desesperada la vieja Liske.

Una exclamación de sorpresa se dejó oír por todas partes, y Liske se encaró con el padre de Raquel, insultándolo. No tardaron en agredirse en medio del hervidero de la concurrencia. Derribaron fragorosamente la mesa, en el escándalo. Entonces, el matarife de Rajil, subido en una silla, arengó a la multitud agitada. Era una desgracia, un castigo de Dios, pero nada ayudarían peleas y gritos.

—¡Es una adúltera infame! —rugió Liske.

—No es adúltera —proclamó el matarife—. Lo sería —añadió— si hubiera abandonado al esposo "por lo menos un día después del casamiento", como lo dice muy bien la ley. Está de Dios, repito, y hay que divorciarlos. Pascual es un mozo serio y honrado, pero si ella no lo quiere no se puede obligarla a vivir bajo su techo.

El matarife lució su elocuencia y su sabiduría y citó casos análogos, previstos por los rabinos

más ilustres. En Jerusalén, sagrada capital, ocurrió semejante suceso y Rabí Hilel sentenció en favor de la muchacha.

Añadió: Pascual, en nombre de nuestras leyes, te invito a otorgar el divorcio a Raquel y declarar aquí mismo que lo aceptas.

Pascual se rascó la cabeza y con voz quebrantada aceptó la proposición del matarife.

Disminuyó el tumulto y los invitados, uno a uno, se retiraron a su hospedaje entre murmullos, y entre risas contenidas.

Como ves, "desocupado lector", en la colonia judía donde aprendí a amar el cielo argentino y mi alma se impregnó con el espíritu de la tierra, hay, junto al rabino de estampa arcaica, gauchos arrogantes y fieros, Camachos, Quiterias y Basilios. Esto prueba que la historia referida con más puntualidad que arte, es verídica, como lo es la de las bodas de Camacho el rico. Cáigame yo muerto aquí mismo si inventé un ápice en tan maravillosa relación. Bien me gustaría adornarla con coplas parecidas a las del libro divino, pero Dios negóme ingenio. Doyte yo la verdad escueta de lo contado y si quieres coplas, ponlas tú en modo gracioso, mas no olvides mi nombre, como no olvidó Nuestro Señor don Miguel de Cervantes Saavedra, el de Cide Hamete Benengeli. Si tan exacta narración te place, no me mandes maravedíes, pues no alcanzan para pan y agua. Envíame dracmas de oro, o si no, agradeceréte una calabaza de vino de Jerusalén, vino de aquellas viñas que plantaron mis antepasados cantando loanzas en gloria de Jehová. Él te dé fortuna y salud, dones que también le pido.



LA VISITA

La estancia de don Estanislao Benítez quedaba cerca de Rajil. Más allá del potrero, hacia la estación Las Moscas, su campo se extendía surcado de arroyos y manchado de cardales. En el punto más alto, la rala arboleda sombreaba un espacio en cuyo centro elevábase el caserón solariego del viejo criollo, de los más viejos del pago, amigo de Urquiza y compadre de Don Crispín.

Era don Estanislao una de las figuras más típicas de la colonia. Leyendas heroicas celebraban su arrojo, y si su lanza fue de las más bravas en los entreveros sangrientos de antaño, en su ancianidad continuaba siendo el más temerario en los

rodeos y en las domas. Como don Remigio Calamaco, el boyero ilustre de Rajil, don Estanislao era noble y valiente. Dos grandes recuerdos enorgullecían su fuerte vejez de ñandubay. En las tertulias de fogón, bajo el alero donde departía en familia con los hijos, refería siempre su vida de soldado de Urquiza:

—Cuando don Bartolo jué a verlo a Urquiza y nos riunimos en la cuchilla grande, le dijo don Justo José: "éste es de los que le hablé", y don Bartolo me dio la mano.

Lentamente erguía la mano como para mostrar en su rugosidad la huella todavía caliente de aquel apretón y sus ojos se nublaban bajo las cejas revueltas y largas. En seguida comenzaba a conversar de Juan Moreira, cuyas aventuras solía leerle la hija, educada en un colegio de Villaguay, para añadir:

—Mi compadre el doctor Míguez —que en paz descanse—, abogao en el Uruguay, ¿sabe?, me leyó un día en un diario de Buenos Aires, cómo murió Juan Moreira...

Estos dos hechos le daban una superioridad increíble ante los demás gauchos. Bueno como el pan, se lo respetaba y quería. Don Estanislao, amigo de los colonos judíos, iba casi diariamente a Rajil, donde presenciaba la matanza de reses. Echábase junto al corral, sobre el poncho, fumando su grueso cigarrillo y charlaba. Si resultaba difícil apartar o enlazar el novillo, el viejo montaba su zaino, desprendía el lazo y al minuto el animal estaba extendido en el suelo, dispuesto para la faena.

Don Estanislao invitó al matarife a su casa, y Rabí Abraham prometió visitarlo con la familia. Enganchó una yunta de bueyes mansos en el carro, y, con la mujer y las hijas, partieron hacia la estancia de La Lomada; seguíales Jacobo en su yegua blanca.

La noche había caído tibiamente. La campiña parecía respirar bajo el firmamento claro, suntuo-

samente estrellado. Quejábase tímidamente el arroyo del potrero; balidos soñolientos repercutían en el silencio, y los perros ladraban a la luna enorme y opaca, cuya luz espejábase en el cristal lechoso de las aguas.

En el camino, el carro del matarife avanzaba pausadamente. Los bueyes negros estiraban el testuz y andaban con ritmo tranquilo sobre la huella, sombreada por la silueta prolongada de Jacobo. A un lado corría el flaco *Dum,* moviendo regocijadamente la cola, y a veces partía como un chasquido en persecución de la perdiz espantada por el trote del muchacho o el sonoro latigazo del guiador. Atrás, el tajamar proyectaba su ancha sombra.

No cambiaban palabras los viajeros. Una emoción secreta dominaba sus espíritus. ¿Era la noche suave, el cielo azul, la alegría de vivir en plena naturaleza, abierto el corazón, como una puerta, a la sencillez? De lejos vino el eco de la campana, la campana diminuta y humilde de la capilla. Entonces, el matarife recordó que era día de fiesta cristiana. Otra vez resonó en la vaguedad de la distancia el son apenas perceptible y el alma del teólogo hebreo, llena de Talmud y de Jerusalén, se conmovió al sentir el lejano repique. Inundóle honda beatitud y sus nervios se aflojaron, su cuerpo todo desfalleció en una sensación de bienestar. Apretó contra su pecho a la mujer, rejuvenecida en la existencia sagrada del campo, y puso sobre sus mejillas un beso trémulo, murmurando con voz quebrantada de sentimiento:

—Loado sea Dios.

Y no pudo completar la idea que golpeaba en su cerebro.

Se detuvieron ante el portón, recibidos por una jauría de perros. Jacobo gritó al estilo comarcano, sin atribuir importancia a tales palabras en boca de un judío:

—¡Ave María!

El gurí de la estancia sosegó a los perros a cascotazos y a puntapiés.

Reconoció a su amigo Jacobo, y exclamó, dirigiéndose al viejo:

—Patrón, tiene visitas: ¡es don Abraham con su gente!

Apeáronse los viajeros. Don Estanislao lo saludó con exclamaciones, y las criollas rodearon jubilosamente a la familia del matarife. En seguida se ordenó a la china la preparación del mate, y bajo el alero, donde descansaba todo el que se sintiera fatigado por el camino, sin preguntársele quién era ni de dónde venía, hombres y mujeres se instalaron entre charlas y risas. Rabí Abraham, mesurado, solemne, cortés, se inclinaba a cada rato asintiendo sin comprender el sentido de la mayor parte de las frases de amistad y de agasajo. Quien hablaba era Jacobo. Contó, jugueteando con el pesado rebenque, una peripecia del viaje —la rotura de una rienda— y alabó el sabor del mate que servía Deolinda, la hija mayor de Benítez.

—Ni en el cielo se chupa uno así...

La señora de Benítez, con estirado coqueteo, repuso:

—Es favor, muchacho, es favor.

Don Estanislao hablaba con su abundancia de costumbre, gesticulando y atropellando las palabras. La luna bañaba en su luz dulce aquella huesosa figura, cuya pera de plata y rudo perfil se dibujaban como en una estampa en la tranquilidad de la noche. Gaucha parecía también la silueta del judío de grandes barbas, extensa melena, nariz gibosa y alta frente, vestido de bombachas como los nativos del suelo, y, como ellos, con ancho tirador en la cintura. Iba y venía Deolinda con el mate. Sobre la espalda descendían gruesas y magníficas, las trenzas oscuras, y al andar, la zaraza crujía. Sus grandes ojos tenían fulgor. El timbre nítido de su voz, diríase, cortaba el aire al hablar.

Rabí Abraham pensó un elogio de elegancia ar-

caica y erudita para la hija de su amigo; con esfuerzo visible pudo construir la frase:

—Don Estanislao, su nobleza se refleja en la hermosura de sus hijas, porque, los espíritus dignos, dice un maestro —de venerada memoria— sólo engendran belleza.

Don Estanislao contestó, sin penetrar muy bien el concepto:

—Ansina es no más.

Las mujeres anudaron una conversación sobre cosas domésticas. Doña Gertrudis enumeró las cualidades de su vaca —la *Gordinflona*—:

—Es mansita como una criatura; la ordeño dos veces al día; a la mañana y a la tardecita da un balde de leche; no esconde nunca.

La esposa del matarife se asombró; lamentó no poder expresarse en términos iguales de la suya, que era escondona y mañera.

Jacobo, que comprendía las angustias de su ama para explicarse, intervino a tiempo:

—Si no la maneamos y le sujetamos la cabeza al poste, no se le saca una gota y patea el tarro.

Comentóse la fecundidad de las gallinas, y misia Gertrudis se quejó del gato que tiene la costumbre de perseguir los pollitos.

—¡El gato! —exclamó Deolinda—. Ayer no más me mató un cardenal.

Poco a poco, la conversación iba languideciendo, enervada por la dulzura de la noche. Los árboles, cubiertos de flores, saturaban de aroma el ambiente; las margaritas, en denso plantío, blanqueaban los huecos de la arboleta, llena de luna.

Rabí Abraham dijo:

—En toda la tierra no se ve cielo como aquí.

Y explicó que había estado en Palestina, en Egipto y en Rusia, pero en región alguna es de un azul tan intenso como en Estre Ríos. Completando su pensamiento, añadió:

—El cielo entrerriano es protector y suave. Hallándose solo, por ejemplo, en medio del campo,

el espíritu no sufre sugestiones de miedo; su luz es benigna.

El viejo gaucho penetró la idea de rabí Abraham. Su alma, simple y clara, vibró como un cántico en la noche gloriosa, bajo el cielo incomparable, cuya bóveda sublime les cubría con su blandura. El boyero trinó en la jaula herrumbrada, y del corazón del anciano legendario salió un profundo suspiro, un suspiro que expresaba su amor al terruño, por el cual arriesgara tantas veces la vida en la guerra, paladín de lanza y trabuco, temido en selva y ciudad.

Descolgó la guitarra, y sus flacas manos rasguearon las cuerdas; con voz estremecida moduló la vieja copla del pago:

> Entre Ríos, tierra mía,
> ¿Dónde hay cielo como el tuyo?
> Tus lomadas y tus ríos. . .

En la quietud dilatada, un gallo agitó ruidosamente las alas y cantó en la noche.



LAS BRUJAS

—¿Si creo en las brujas? —preguntó rabí Abraham—. Hombre, es un asunto serio—. Y el matarife desarrolló un detenido razonamiento para fijar sus opiniones sobre el problema—. Dice el Talmud —añadió en tono doctoral, que dos fuerzas guían el alma de cada persona: el ángel bueno y la mala sombra, que en viejo hebreo se designa con el nombre de Satán. Ahora bien; no es posible negarlo. El Talmud lo dice con claridad. Si existen los ángeles, deben existir también demonios, y, en tal caso, éstos se valen de seres impuros para ejercer su comercio...

El tema se suscitó a causa de una noticia que

dejara pensativo a los vecinos reunidos aquel sábado en la sinagoga. Parece que rabí Ismael Rudman oyó a medianoche ruidos extraños en el techo. Al principio no atribuyó importancia a la cosa.

—Es el viento —pensó.

Pero momentos más tarde, el ruido se dejó oír de nuevo. Entreabrió la ventanita que daba a la quinta y pudo ver que no era el viento, pues la cortinilla de punteado percal, no se movía. Mientras tanto, sobre el techo de paja ocurría algo raro. Entonces, rabí Ismael resolvió averiguarlo con exactitud. Encima del alero le fue fácil dominar el techo. Desde allí se veía toda la colonia en la noche temblorosa de claridad, bajo el cielo límpido, iluminado por la luna llena. El ganado, en el potrero, descansaba disperso, y el arroyo era como un tajo blanco. El tajamar elevaba su masa compacta y negra. Nada había sobre el techo, pero el ruido se repitió algunas veces.

Gritó a su mujer:

—En el techo no hay nada...

Brane, muy alarmada, aconsejó al marido que descendiera en seguida.

—¡Quién sabe! —dijo—. Puede ser que se trate de algo impuro...

Y en voz baja mascullò la oración que ahuyenta los fantasmas. Estaba en camisa. Deshecho el pelo lacio, de un rubio como desteñido, caíale por la espalda y varios mechones sombreaban la frente desproporcionada y arrugada. Una racha débil entreabrió la camisa, y sus senos exhaustos cobraron tonos azulados a la luz de la luna. Un terror vago inundó su espíritu y sintió que un frío agudo estremecía su cuerpo.

—¡Ismael, bájate! —exclamó con acento que no parecía el suyo.

Ismael, hombre poco dado a los miedos nocturnos, algo descreído, experimentó al oír la súplica de Brane un sentimiento de súbito temor, y sin contestar, saltó del alero al suelo.

Ya no durmieron en toda la noche. Cerrada la

ventanilla y atrancada la puerta, pasaron las horas restantes meditando en el incomprensible suceso. Continuaron los ruidos. Rabí Ismael, a instancias de Brane, buscó el misal y leyó rezos distintos para alejar, con la invocación del nombre sagrado, las influencias malignas. Mas, la palabra divina no logró apartarlas. El ruido siguió, y sintieron que un vuelo oscuro rozó por afuera la pared izquierda, y el techo se onduló...

Un gallo cantó en el cortijo. La luna palideció y sobrevino quietud profunda. Se durmieron con la aurora y se despertaron muy tarde, de mañana ya.

—Vete a la sinagoga —le dijo la mujer.

—Iré.

Al vestirse, abrió la ventana. La claridad de un día magnífico llenó la habitación. Ismael, al mirar a Brane, vio algo que lo aterró; sus pies vacilaron y apenas pudo llegar hasta la silla, reponiéndose con el aire fresco que entraba. La mitad de la cabeza de su mujer había encanecido...

—¡Es extraordinario! —dijo el matarife.

—¡Es extraordinario! —replicó Kelner.

—Son brujas... —insinuó otro.

—Brujas han de ser no más —asintió un tercero.

Y con este motivo se inició una discusión.

Moisés Hintler consideró que eran cuentos de vieja. Había vivido siempre en los suburbios, en su ciudad natal, en Rusia, y nunca había oído siquiera referir una cosa semejante.

—Dormí una noche entera en medio de un bosque y nada vi —aseguró—. Nada; dormí lo más bien...

—No es una demostración —repuso Kelner—; yo no soy supersticioso, pero...

Y refirió un acontecimiento curioso. Por cierto, no lo presenció. Sin embargo, lo había oído de boca del rabino de Tulchín, y le merecía la mayor fe, pues un hombre tan austero no se entretendría en engañar al prójimo. ¡Por Dios, todo un rabino!...

—Un día, comenzó, cierta familia de Haisin emprendió viaje a un punto lejano. Hacíase en aquel

tiempo el viaje en diligencia y no había seguridad en el camino. Iban temerosos los viajeros, con el puño sobre la escopeta y el alma puesta en Dios. En aquellos años los bandidos asaltaban las granjas y a menudo invadían los pueblos llevándose bienes y doncellas.

De modo que la familia, cuando a escaso trayecto vio nublarse el cielo y en el fondo extenderse la selva como una inmensa mancha, sintió miedo y preguntó al auriga si amenazaba peligro.

El moscovita contestóle:

—Lo hay por todas partes aquí.

Los mozos, que eran tres, aprontaron las armas, el viejo cargó las pistolas y las mujeres empezaron a masticar oraciones. Las nubes no tardaron en tornarse diluvio y la noche cerró, densa y triste. A lo lejos brilló una luz; los viajeros avisaron al cochero y éste enderezó hacia el sitio.

—Debe ser una taberna —dijo.

—Taberna parece, repuso el anciano, tratando de dar a su voz entonación firme y tranquila.

Llegaron pronto; el tabernero no respondía.

—Hay luz y no contestan —opinó el auriga—. Yo no entro.

—Es que llueve y no oyen —contestó uno de los mozos.

Al fin de tanto llamar, alguien asomó por la ventana. —¡Eh! ¿Cuántos son?

—Ocho somos —dijo uno de ellos.

—Siete, porque yo no entro —gritó el auriga.

Y entraron. Casa sórdida era la tal taberna. Velones de sebo alumbraban las rajadas paredes, sucias de hollín, que terminaban bajo travesaños de vigas de las cuales colgaban gruesas cuerdas.

Al disminuir el estrépito de la lluvia, almas y cuerpos se helaron de miedo, pues pareció a los huéspedes oír un llanto que venía como de un sótano. Los hombres se miraron.

El menor de los muchachos interrogó al padre:

—¿Será tal vez la hostería de los Tártaros?

—Tal vez...

Siguió un gran silencio. Era aquélla una cueva famosa donde secuestraban viajeros y pedían después su rescate en la ciudad. Así lo supieron al darse cuenta de que las puertas y ventanas estaban protegidas, del lado de afuera, con anchas barras de hierro.

El anciano era prudente. Vio cerca la muerte, y pensó que nada ayudaría pelear y gemir.

—Recemos —dijo— las oraciones necesarias e invoquemos a nuestros antepasados.

Arreciaba la lluvia. El huracán hacía crujir las pesadas vigas del techo y el trueno parecía meterse dentro de la misma casa. Pasaron horas.

Una vez, al mirar una ventana redonda, vieron en ella la cara terrible del que les abriera la puerta, y luego oyeron el chirrido con que afilaban un cuchillo.

Todos rezaban en voz baja, golpeándose el pecho.

—Dios nos dará su ayuda —afirmó el viejo.

—Dios nos oiga —contestó la mujer—. Pondré velas finas por todo el año ante el santuario de la sinagoga.

En esto, resonó la aldaba del portón.

—Viene gente.

—Serán los bandidos . . .

—No digas agorerías, mujer, que son nuestros salvadores.

Los tártaros no quisieron abrir. Nuevos golpes de aldaba sonaron y nuevos truenos llenaron de terror la taberna.

Por último cedió el portón y entraron muchas personas.

—Por aquí —indicó con tono rudo el tabernero—; por aquí, que esta habitación está cerrada.

Los recién llegados sacaron la cadena de la puerta y, sin oír al guía, penetraron. Eran muchos, hombres y mujeres, que vestían trajes de fiesta, como señores.

El viejo se dirigió a ellos:

—Doy gracias a Dios que escuchó nuestras plegarias.

—No venís mojados y afuera llueve —observó una hija suya.

—No lo extrañes, hija mía —contestó aquél.

Uno de los viajeros era manco. Acercóse a la puerta y golpeó, llamando al dueño, que vino en seguida.

—Tráenos de beber y comer; que sea buena carne y buen vino.

—Están vacíos los sótanos —repuso el otro.

—Yo iré contigo.

Y se fue tras él. Pocos minutos después vino el manco con los cautivos. Todos se pusieron alegres y todos rieron y cantaron. Afuera amainó el huracán y apareció la luna.

Entonces salieron en el carro; partieron rumbo a la ciudad de Haisin; en luciente cortejo les seguían los salvadores; y cuando el alba iluminó el camino, los misteriosos viajeros se habían desvanecido en niebla y la taberna de los Tártaros ardía en llamas . . .

Y Kelner terminó:

—El rabino de Tulchín, hombre docto y verídico, me dijo una vez, refiriéndose al suceso:

—Eran los antepasados de aquella familia, invocados por las oraciones del viejo, quien vino después a preguntarme sobre la forma en que debía agradecer la salvación.

—¿Y la historia de la cruz de Las Moscas? —interrogó Jacobo.

Era ésta una antigua historia. Un día, cierto vecino de Karmel necesitó ver a don Estanislao Benítez. Al pasar por Rajil, preguntó al peón del alcalde las señas para llegar a casa del estanciero.

—Mire, don —le dijo el paisano—; usted va derechito y luego toma por la izquierda al doblar el tajamar; después sigue no más y verá una cruz; toma por la derecha, y media legua adelante vive don Estanislao.

El colono hizo el viaje según las señas del peón; vio la cruz y llegó.

Otro, en cambio, a quien éste le repitiera las indicaciones, se extravió. Volviendo, de noche ya, le dijo que no encontró cruz alguna.

Al día siguiente fueron los dos. Al llegar al punto, le mostró, señalando a medio kilómetro.

—¿No ve allí la cruz?

—No veo...

—Pero allí, hombre, entre los cardales...

Volvió a mirar, hasta que por fin pudo decir:

—Sí, allí está.

El hecho se repitió con muchos colonos.

Cuando lo supo don Estanislao fue a dicho sitio —era el más antiguo del pago— y comprobó que la cruz nunca había estado allí.

—No puede ser —afirmó el peón—. Hace diez años —agregó— que paso por allí.

Fue una vez más y declaró que "alguien la había sacado".

La mujer del boyero, informada del extraño acontecimiento lo comentó de este modo:

—¿La cruz del camino de Las Moscas? La ponen y la quitan las brujas. Yo misma la he visto...

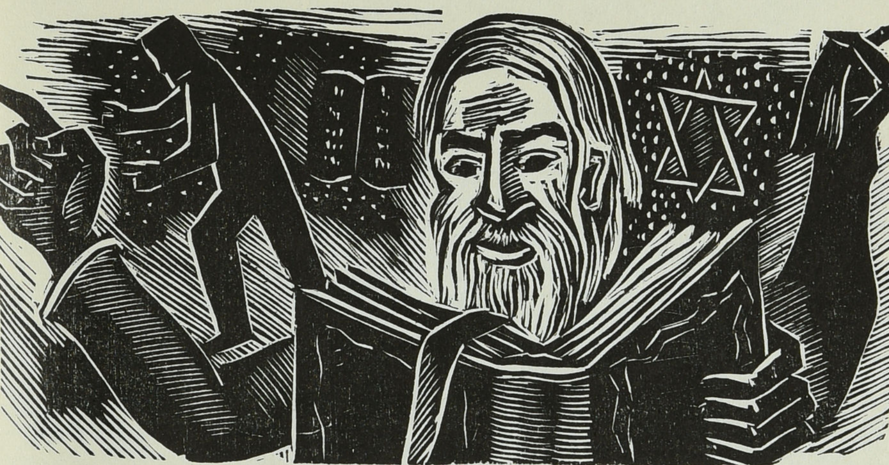
Desde aquel día muchos temían pasar por aquellas cercanías; y otros vieron a las brujas.

Ellas sustrajeron —claro está— la coyunda en casa del alcalde y unas ropas en casa de Hintler. La huella de los seres impuros se advertía a menudo y lo ocurrido con los Rudman lo demostraba.

Algunos se reían:

—Era lo único que nos falta para ser todo un pueblo. Hasta brujas tenemos que roban coyundas y ropa...

Pero el caso de Rudman era grave. Terminadas las oraciones, los judíos se dirigieron a su casa. Desde lejos examinaron el techo de la casuca mísera. Primero entró rabí Ismael con el matarife, y al acercarse al rincón en que estaba la cama, lanzaron un grito. Brane yacía muerta en el suelo, retorcida la boca en una mueca espantosa...



DIVORCIO

—Hable sobre el caso, rabí Jonás...

—Mejor rabí Abraham, que, como matarife, entiende de leyes y de justicia.

El matarife aconsejó:

—Bueno sería que digan antes su palabra los ancianos.

La escena ocurría en casa de Israel Kelner. Allí reuniéronse los vecinos más viejos para intervenir como jueces en un asunto de divorcio, que, por ser sin duda el primero, suscitaba la más viva curiosiidad en la colonia. Ninguna de las barbas venerables faltaba, y junto a la ventana, la figura angulosa del judío marroquí, don Moisés Urquijo de Abinoim, se imponía en medio de todos. Hallábase

en la aldehuela para visitar a su hijo, maestro en la escuela colonial, y con tal motivo se le invitó a tomar parte en las deliberaciones por ser varón docto en sagradas letras. Hablaba el hebreo clásico y una especie de lengua remota en que se expresaba pausadamente.

Rabí Israel le hizo una reverencia y dijo:

—Nuestro huésped debe emitir su opinión.

Y don Moisés Urquijo de Abinoim, mesando sus espesas barbas, pidió que se le informara sobre el hecho. Entonces, sentáronse en torno de la mesa de tablas resquebrajadas, cubiertas con el mantel del sábado, y la exposición comenzó, en tanto el peoncito ofrecía el mate y la dueña de casa recibía ditirámbicos elogios por su té y sus masas.

—He ahí los representantes de los esposos —dijo Kelner—. Son rabí Malaquías, en nombre del marido, y rabí Joel, en nombre de la mujer. Los esposos, casados hace tres años, viven cerca de San Antonio y son personas honradas.

Rabí Malaquías afirmó:

—Rabí Simón no pide el divorcio.

Rabí Joel intervino:

—Apuntemos las declaraciones que el matarife establecerá después, según la ley, y nosotros y los testigos firmaremos —y agregó—: la mujer insiste en divorciarse.

Don Moisés Urquijo de Abinoim, hombre atenido a las minucias de los santos libros, pidió permiso para interrogar a los representantes y, obtenido éste, después de una cortesía profunda, preguntó:

—Nos dirá, muy honesto rabí Malaquías, si en nombre de rabí Simón acusáis ante los jueces a su mujer.

—No la acuso —respondió.

—Y vos, rabí Joel, ¿acusáis en nombre de ella al esposo?

—Tampoco.

Don Moisés se levantó y pronunció este discurso:

—Vemos, muy respetados señores (y por ello bien haríamos en dar gracias a Dios), que el pecado no es causa de este proceso. Alabemos al Altísimo por su gran bondad al no llevar a la perdición a sus buenos hijos, que somos los hebreos. Es, muy prudentes varones, un caso que pide meditación. Yo espero que rabí Abraham nos ilustre al respecto y relate lo que dice la ley. Los que se divorcian son honrados. Luego, no es por adulterio, que los textos condenan. Es por lo que Hillel (venerada sea su memoria) llama en sus justas sentencias "pequeñeces de todos los días". Y yo digo que no debemos separarlos.

Rabí Israel Kelner afirmó:

—Yo no doy mi voto.

—No firmaré las declaraciones —añadió el matarife.

—No otorgaremos la separación —exclamaron algunos.

Entonces, don Moisés, asumiendo una actitud solemne, invitó a los representantes a manifestar su pensamiento. Rabí Joel, hombre versado en teología, se arrellanó en su silla, y después del inevitable trago de agua, se expresó con lentitud:

—La mujer es virtuosa. Sabe respetar al marido y atender la casa y los quehaceres. Mas, no gusta del marido. Casóse, como se dice, por obligación de los padres, y ya los libros prevén el caso, cuando declaran que es grave y que hace difícil la vida en el matrimonio. No gustar del marido es vivir condenada a hondas penas sin disfrutar placer alguno. Recordad, por lo tanto, los preceptos del libro aquel del Talmud, el tratado del matrimonio, cuyos consejos admiran los más sabios rabinos. Dice el Talmud en el libro *Nuschim*: "Si la mujer, por causa cualquiera dejara de amar a su esposo, debe separarse de él y no recibir sus caricias, pues el hijo que de ellos naciese sufrirá las consecuencias de la unión sin amor". Yo, señores jueces que me oís, en

nombre de la Santa Ley, pido que otorguéis el divorcio.

—Rabí Joel —dijo don Moisés—, hémosle oído con satisfacción. Sois elocuente, mas dejemos que hable rabí Malaquías.

—Nada tengo que decir —dijo éste—. Rabí Simón ama a su esposa y la tiene por dechado. Sin embargo, está dispuesto a consentir el divorcio, pues el triste sabe que ella no lo soporta. No desea afligirla y, además, su vida es quebrantada por desazones sin fin. ¿Cómo vivir con una mujer bajo el mismo techo cuando esa mujer no le estima? Comprendiéndolo, pido con rabí Joel el divorcio. Haced justicia.

El matarife pidió que se delibere al respecto. Mientras los ancianos discutían cláusulas talmúdicas, gravemente, solemnemente, constituidos en Sanhedrín, en la campiña entrerriana, el peoncito iba y venía con el mate, más preferido que el té. Ignorantes de la ley argentina, aplicaban las leyes del reino de Israel, y de este modo, la sabiduría y la jurisprudencia de Hillel, de Gamaliel y de Ghedalia, revivía en las colonias patriarcales del barón Hirsch. Tampoco faltaba en la reunión un descendiente de los talmudistas del siglo de oro español. Estaba allí, señorial y ceremonioso, don Moisés Urquijo de Albinoim, con su hablar levantado y sus reflexiones sesudas de cabeza madurada en el trabajo alabado del espíritu. Pomposo y sutil, renovaba, entre paredes de la casucha de barro, las disquisiciones medievales de Toledo y de Córdoba, conduciendo al auditorio el pensamiento florido y profundo de los judíos que continuaron bajo los reyes de Castilla, la tradición de los doctores de Jerusalem.

Sobre el pergamino traído por el matarife, los caracteres hebraicos se alineaban relucientes y densos. Kelner invitó a don Moisés a manifestar su juicio.

—La ley —dijo— obliga a los jueces a trabajar

por la reconciliación de los esposos, devolver la paz al hogar. Insisto, pues, en lo que dije, muy prudentes jueces y muy claros representantes.

Volvieron rabí Joel y rabí Malaquías, a exponer sus argumentos. El Talmud y la Jurisprudencia, la Biblia y los dictámenes más conocidos y los comentarios más autorizados fueron traídos en apoyo de su doctrina. Por fin, el matarife aconsejó otorgar el divorcio y se suscribió el acto.

—Tal es la voluntad de Dios —afirmó don Moisés—. Nosotros, por mandato de la ley, hemos negado el divorcio primero; mas, viendo que los representantes discuten con agudas razones en favor de la separación; viendo que los esposos no pueden vivir juntos por no haber amor entre ellos, declaramos que es por fuerza de la misma ley por lo que damos el divorcio, a fin de que no haya un hogar hebreo donde reine la discordia, y por devolver a cada uno la paz del corazón. Así lo juramos y firmamos, concediendo derecho de nuevo matrimonio a los divorciados, que son honestos y dignos de nuestro respeto.

Y en el pergamino, cada uno de los jueces puso su firma en hebreo, usando, a la manera sinagogal, los nombres paternos sin los apellidos profanos. Al poner su firma, don Moisés Urquijo de Abinoim se felicitó de que los judíos puedan siempre hallar justicia en sus viejos códigos, en los cuales la dicha de los hombres está asegurada por la libertad. Y terminó, conmovido por su importancia de alto juez, con la fórmula augural:

—Celebremos con vino la sentencia en que brilla vuestra discreción y vuestra sabiduría y alabemos al Señor por habernos inspirado en los deberes de su justicia.

—Alabemos al Señor —exclamaron los ancianos.

Se trajo vino y chocaron las copas. Afuera, el cielo palidecía y las estrellas se asomaban en el firmamento todavía claro.

—Es hora de rezar y estamos en número de sinogoga —afirmó rabí Malaquías.

—Ocupe el *umed*[1] nuestro ilustre huésped —dijo el matarife.

—Es un honor muy grande y lo agradezco.

—Recemos, entonces.

Y don Moisés Urquijo de Abinoim extendió sus brazos hacia Oriente y empezó con las palabras en alabanzas de Dios, pronunciadas a la usanza de España:

—*Barúj Athá Adonái . . .*

[1] *Umed*: estrado frente al santuario de la sinagoga y que cualquier mesa puede substituir donde los judíos se encuentran en número para rezar, cuyo mínimum es de diez personas.



HISTORIA DE UN CABALLO ROBADO

"Hurtado me ha la espada D. Nuño
de Guevara et decid que lo fizo D. Moisés
de Sandobal, que judio es et contra
servicio de Dios et derecho
vive que non es pecado non decir verdad
que el señor Confesor juzga
en grande virtud et beneficio por culpar perros
de juderia et non fijodalgos cristianos".

(D. Guillermo Raimundo de Moncada,
conde de Marmila, señor de Aitota;
carta al caballero D. Felipe de Montreal).

A varios kilómetros al norte de Karmel, habitaba su reducida estanzuela don Brígido Cruz. Holgadamente su ganado cabía en el corral, poste con poste, unido a la antigua manera en círculo estrecho, en cuyo centro el torcido palenque ostentaba

en los ásperos nudos mechones de pelo dejados allí en el rascar furioso de los animales.

Y sucedió que a don Brígido Cruz le robaron un caballo, magro jamelgo de sucias crines y pesado andar. Jamás lo ensillaba el criollo —conocido en los contornos por "El Ladeao"— y allá, después de la trilla, lo alquilaba para el pisoteo en los ladrillales. Se lo robaron, pues.

Un día, "El Ladeao" apareció en su busca por la colonia, camino de la carnicería. Tropezó con Jacobo, y de este modo lo abordó:

—Decime, che, gringuito, ¿no has visto mi troteador?

No lo había visto Jacobo, pero indagó las señas y prometió ayudarle en la pesquisa:

—¡Por algo somos vecinos, compañero!

Preocupóse, en efecto, durante la misma tarde, al ir a Balvanera; mas ninguno supo darle informaciones.

A la semana siguiente, don Brígido apareció de nuevo. Constábale —aseguró— que el caballo había sido robado por judíos. Así lo manifestó al matarife.

Rabí Abraham escuchó en silencio la queja del gaucho, cuya voz le venía en fuertes vahos del alcohol. El matarife meditó mucho, como era su costumbre de viejo discurridor, y luego contestó en tono persuasivo y cortés, supliendo con gestos tal cual rebelde vocablo:

—Don Brígido, usted debe buscar el caballo y el señor comisario castigará al ladrón. Pero, ¿está usted seguro que fue robado por vecinos de Rajil?

"El Ladeao" miró a rabí Abraham; dejó las riendas sobre el borrén de la silla, y lentamente lió un rulo de tabaco en un trozo de papel. Volvió a mirarlo con aquellos sus ojos pequeñitos e inquietos, y por fin, repuso:

—Vea, che, gringo, le digo que lo han robao...

—Sin duda es así —respondió el matarife—; el caballo es viejo y no se ha de escapar de la que-

rencia, y luego, si ha desaparecido, es porque alguien lo robó.

—¡Y es claro! —exclamó Cruz.

La oportuna llegada de don Estanislao Benítez cortó el diálogo. Ante el prestigioso paisano, "El Ladeao" se contuvo y narróle brevemente el suceso. Benítez lo tranquilizó, asegurándole que conocía a los colonos y, a su juicio, no eran personas capaces de tal acción. Debía haberlo arreado algún matrero y estaría cerca del pajonal de San Gregorio, donde sorprendiera cierta vez dos matungos suyos, de pisoteo también, en poder de un bandido.

Don Brígido, convencido, al parecer, se despidió.

Y mientras el criollo se alejaba tambaleándose, don Estanislao se dirigió a su amigo:

—Es testarudo ese bagual...

Una mañana, el matarife fue llamado a Villaguay, donde el jefe político —"amigo del ministro"— le informó de una grave denuncia. Don Brígido lo acusaba de haberle robado el famoso caballo.

Sin sorprenderse, rabí Abraham reflexionó. De todas maneras, el caso resultaba poco extraño. El gaucho —pensó— no es el campesino de Rusia, pero él es, en cambio, el mismo judío y, por lo tanto, la situación no variaba. ¿Se pierde un caballo? El judío es el ladrón. Y en su escepticismo de israelita, acostumbrado a sufrir delitos no cometidos y pagar culpas ajenas, reconoció en aquel principio de proceso el cumplimiento de la tradición secular. Sonrió ante el jefe, y después de aspirar el ápice de rapé, interrogó:

—¿Conoce usted, señor jefe, un código que no está escrito y que yo llamaría el código de los hombres de bien?

El jefe repuso, con el aire de autoridad que le correspondía en su doble carácter de funcionario y amigo electoral del ministro, empleando voz recia y dura:

—¡No lo conozco!

—Bueno, señor jefe —contestó el otro sin inmutarse—. Anteayer, el capataz del tajamar vino a

decirme que mi peón —Facundo— le había robado una pala. Facundo no necesita pala y, además, es mozo honesto. Entonces yo eché al italiano. Usted debió hacer lo mismo con don Brígido.

El sargento, mutilada la cara por costurones insignes y la huella de la viruela, cebaba el mate inevitable; el empleado redactó el acta del interrogatorio. Al oír el acusado el precio en que Cruz evaluaba el caballo, se le ocurrió un recurso.

—Don Brígido pide quince pesos . . .

—Así es, don Abraham.

—Vea, señor jefe —continuó el matarife—; yo soy hombre ocupado. Dice usted que debo volver el martes y estamos en el trabajo de la cosecha. Yo le doy los quince pesos y usted se los manda a don Brígido, y así se acaba el asunto . . .

Y así se acabó. Al saberlo don Estanislao, lo comentó jovialmente, calificando a rabí Abraham de "pícaro", pues le parecía la solución más rápida. Pero desde aquel día, el jefe político solía decir:

—Son ladrones estos judíos; por lo menos, lo confiesan en seguida.

Rabí Abraham ha presentido, quizá sin prever sus consecuencias lejanas, el comienzo de un período nuevo, que trasplanta al suelo argentino el juicio eterno sobre los hebreos. Su filosofía salomónica encerraba un sentido dolorosamente profético. Es el judío quien roba el objeto desaparecido en la vecindad y es el autor de todos los crímenes imaginables, porque peina barba extensa, no tutea al peón, come con el peón en la mesa familiar y no lo manda a la cocina, con el perro y los gatos . . .

Yo quiero creer, sin embargo, que no siempre ha de ser así, y los hijos de mis hijos podrán oír en el segundo centenario de la República, el elogio de próceres hebreos, hecho después del católico *Tedeum*, bajo las bóvedas santas de la catedral . . .

Esperadlo, buenos judíos de la colonia, ya que la paciencia es, como el sufrimiento engrandecedor, don y tesoro de la raza lamentable de Job . . .



EL POETA

Favel Duglach era considerado como uno de los colonos menos laboriosos. En su predio el trigo crecía ralo y endeble y en la quinta, el precario maizal apenas se levantaba a un palmo del suelo. Muy pocas gallinas picoteaban en el patio, donde una rastra vieja y un yugo partido yacían junto a la zanja estrecha y curva, en cuyo borde los patos revolvíanse en los charquitos pequeños, entre el ruido pesado de sus alas y sus gritos afónicos. Los alambres rotos del corral denunciaban la escasa preocupación de su dueño. Así era rabí Favel Duglach.

Pero a pesar de tales defectos, gozaba de unáni-

me estima. Era prudente, bueno y sabio. Conocedor de las Escrituras, pasábase el tiempo conversando con los ancianos en la sinagoga. Duglach explicaba minuciosamente los pasajes de cada oración. Conocía las leyendas en que están envueltas las plegarias antiguas, y las explicaba a sus amigos con abundantes detalles. Agrandaba los relatos con adornos caprichosos, en un lenguaje rudo, y su estilo áspero tenía a veces el arrebato de los inspirados.

Hablaba a las mujeres en ditirambos y tenía expresiones de égloga para celebrar el surco bien labrado y las parvas —que se alineaban como casas en el punto destinado a la trilla— levantadas con rigurosa simetría.

En otros términos, rabí Favel Duglach tenía alma de poeta.

En su espíritu se habían fundido las tradiciones hebreas y gauchas. Aquel judío, flaco y amarillo como una llama, sentía la poesía criolla del valor en la misma forma que se exaltaba al relatar, ante el auditorio acostumbrado, algún episodio de la Biblia. Entonces animaba sus ojos una luz extraña, y todo su ser marchito y triste volvíase tenso y vibrante.

Era una figura original. Su garfiuda nariz se extendía por todo el rostro. Larga melena y largas barbas le daban prestancia fantástica; las bombachas y el requintado chambergo exageraban aún más su absurda silueta. Rabí Favel solía decir:

—Soy un gaucho judío...

Y lo era, en efecto. En su idioma duro y pedregoso glorificaba la vida nómada del paisano. Conocía las fábulas de la comarca, que narraba los sábados a los colonos, sublimando con su emoción el heroísmo de los criollos del pago entrerriano y el coraje guerrero de los israelitas de otra edad, cuando Jefté comandaba sus briosos ejércitos y las insignias del rey David llevaban a los pueblos de Oriente el esplendor de su fe y de su fuerza. Cierta vez le preguntaron el significado de una de las

oraciones más solemnes, y rabí Favel Duglach detalló su origen en esta forma:

—Nuestra gente —dijo— yacía cautiva en Babilonia.

En las riberas del Éufrates levantábanse sus tiendas, que custodiaban los soldados enemigos, armados de clavas y ballestas. Cerca de la muralla, el pequeño templo ostentaba el doble triángulo de la estrella. Y mientras las cortesanas desnudas danzaban ante el templo de los idólatras, en presencia de sus príncipes y de sus sacerdotes, los judíos confiaban en la justicia de Jehová y le dirigían sus preces. Una mañana de sábado, un joven, robusto y hermoso, se arrodilló ante el santuario y después anunció a los hebreos la hora de la liberación. "Dios —exclamó— nos sacó con su fuerte brazo de Egipto y nos librará también ahora del yugo enemigo."

Los jóvenes de Israel lo rodearon y partieron a combatir. Durante toda la noche la ciudad maldita oyó detrás de sus gigantescas muralls el choque de los escudos y el ruido de las catapultas. Los himnos de guerra se elevaban bajo el cielo enfurecido de nubes, a la vez que los ancianos oraban en el templo. Y ocurrió que las huestes babilónicas derrotaron a los vengadores de Israel.

El héroe y nueve de sus compañeros cayeron en poder del enemigo y sufrieron el martirio. Con peines de bronce desgarraron la piel del guerrero, le destrozaron los brazos y las piernas y lo condujeron a la sinagoga, en el momento en que se debía comenzar la oración más alta.

El vencido hizo un signo con los ojos y habló. Bajo el techo santo, la voz del moribundo resonó como un clarín formidable, y exhortó a sus hermanos a luchar por su redención.

Su última palabra salió de su boca con el último suspiro, y las almas piadosas vieron en el aire erguirse en aquel momento la sombra majestuosa de un águila.

Al terminar, rabí Abraham afirmó:

—Habla usted como un predicador, rabí Flavel, y sin embargo, usted no ha estudiado en la Ieschúva.

—Es cierto —dijo—; jamás pude congeniar con los maestros. Me fatigaban con las interpretaciones teológicas y me obligaban a saber de memoria las Escrituras. Pero, mi padre me enseñaba en mi casa la sabiduría de los judíos, y gracias a sus lecciones aprendí a amar con amor tan ardiente la naturaleza y la vida. Tal vez por eso el matarife de Rosch Pina me acusa de herejía, pues admiro tanto a los gauchos como a los hebreos de la antigüedad. Como éstos, son patriarcales y nobles.

Rabí Favel no faltaba a ningún rodeo de las cercanías. Lo entusiasmaban las escenas criollas. El pial bien echado, el corcovo peligroso, el enlazamiento realizado con maestría le arrancaban exclamaciones de júbilo. A menudo veíase al enteco judío mezclarse en las tareas del gauchaje y pialar y enlazar al par de ellos a los novillos chúcaros. El caballo más bravo le obedecía como mansa criatura y cedía a la firmeza de sus tercas espuelas. Y en las tarde de lluvia, Favel Duglach metíase en la carpa de don Remigio Calamaco, a quien admiraba por sus hazañas y respetaba por su vejez.

Allí, en torno del brasero encendido, oía los relatos del paisano y, como éste, sabía rasguear la deshecha guitarra. La lluvia cubría el campo con diminutas lagunas y en la hondonada del potrero bullía el agua murmurante. En aquellas tardes apagadas, la carpa de don Remigio Calamaco constituía el refugio de la mocedad. Cantos del pago alternaban con narraciones, y fue allí donde rabí Favel refirió la pelea de un gaucho con un tigre. Recuerdo aún los ojos de don Remigio al oír el famoso suceso. Sus pupilas, semicubiertas por las cejas enredadas, se dilataban de salvaje emoción. De la palabra del judío emergía, como en tosca piedra, la figura brutal y admirable del protagonista, cuyo valor nos produjo el asombro que manifestamos en coro con rudas interjecciones.

Se llamaba Pedro Núñez, peón en aquella época en la estancia de Galarce, lindada en el fondo de los campos por un bosque cerrado a toda huella.

Tigres y gatos monteses abundaban en la selva densa y húmeda. Pedro Núñez solía apostarse allí y con su poncho y con su daga esperaba el asalto de la fiera. Ni un músculo se movía en su rostro cetrino y torvo. Echábase hacia atrás, el poncho en la izquierda y su temible daga en la diestra, atisbando la espesura de donde al cabo surgía el animal.

Un día Núñez quiso ofrecer a los hijos del estanciero el espectáculo de tan emocionante cacería. Aprestaron los muchachos armas y cabalgaduras y partieron al bosque. Hacía tiempo que un tigre rondaba por los alrededores, y tigre cebado, según las noticias traídas por los peones. Precedido por los perros, la caravana se dirigió bordeando el arroyo. Al llegar a la selva, el husmo de los perros advirtió la presencia cercana de la fiera.

—Gran perro el "Blanco" —dijo Pedro.

Como dos ascuas, los ojos del tigre asomaron a través del follaje. Los muchachos aprontaron los fusiles, y se vio algo cuyo recuerdo conmovía a rabí Favel Duglach.

—Imagínese —dijo— que nadie estaba realmente en peligro. Cuatro fusiles apuntaban con seguridad. Pero el tigre, en el primer salto, se abalanzó sobre el "Blanco". Entonces Pedro Núñez olvidó a los cuatro tiradores, y lanzando un grito que resonó en los huecos del bosque, manoteó el pellón de la silla y, daga en mano, atropelló a la fiera. Fue una lucha de un instante. Los demás, mudos e inertes sobre sus caballos, miraban. El tigre levantó su enorme cabeza, dobló apenas las patas, mientras Pedro, imitándole los movimientos, se encorvó, retiró hacia atrás la daga y extendió la otra mano envuelta en la piel de carnero. Pegó un salto la fiera y al mismo tiempo un rugido largo atronó el espacio; el tigre cayó a los piez del cazador. El certero dagazo le había partido el corazón. Pedro extrajo

dificultosamente el arma hundida hasta la mitad, y con acento tranquilo, como si nada hubiera hecho, dijo, encarándose con los silenciosos espectadores:

—Era cebao...

Y la emoción del episodio llenaba de júbilo a Duglach. El valor del gaucho, el gaucho de la vieja tradición, daba fuerza a su simple palabra. Por eso lo estimaban los colonos, porque sabía conmover su espíritu con sus relatos hebreos y criollos. Descuidaba su labrantío y su quinta, pero sabía revivir la grandeza del reino extinguido y embellecer las fábulas de la comarca.



LA REVOLUCION

El cargo de alcalde era codiciado en esos tiempos por los vecinos más respetables de la colonia. Daba a los que lo desempeñaban cierto prestigio de autoridad, que solía exteriorizarse en los actos oficiales, en un apretón de manos por parte del administrador o el enviado extraordinario de la Jewish. Presenciaban los colonos la sencilla ceremonia de la visita de tales personajes, y un vago respeto los invadía al ver a su representante departir con ellos en tono familiar. Se lo designaba pomposamente con el título de alcalde, pero en realidad sus funciones eran reducidas y mediocres. Consistían en gestionar ante la Administración los pequeños plei-

tos de los vecinos, el cambio de un yugo, de una vaca que resultara en extremo indomable, o bien el caballo, mancado en un accidente cualquiera. Sin embargo, suscitaba las luchas y las pasiones que suscitan los cargos públicos en las sociedades bien organizadas.

Se elegía el alcalde, según los cánones democráticos, en asambleas preliminares y reuniones tumultuosas, en las cuales los judíos más apacibles se exaltaban en la oratoria jacobina de las controversias.

En la época a que me refiero terminaba su período rabí Isaac Stein. Veintiocho colonos formaban el sólido grupo de la oposición y varios permanecían adictos al alcalde. La situación era grave, y el comentario de la sinagoga enunciaba una inquietud angustiosa, cuyo estallido se temía.

Un sábado a la mañana, en el patio del rústico templo, la gente conversaba sobre tales asuntos, y empleaba las palabras más duras para calificar al humilde funcionario.

Rabí Israel Kelner construía frases agresivas; rabí Abraham, sobrio y mesurado, asentía alisándose lentamente la hermosa barba; Jacobo, el peoncito, siempre bien informado, intentó referir un hecho que, a su juicio, era una vergüenza para Stein.

—Una vez —dijo— estaba yo en la herrería de la Administración...

Rabí Israel, solemne en su túnica ritual, hizo un gesto paternal, y afirmó:

—Los niños no deben ocuparse de política; rabí Isaac es, ante todo, un anciano respetable...

Jacobo lo miró con fijeza, arreglóse el chambergo, y después de subir un tanto el tirador, donde brillaba el mango de un cuchillo y las boleadoras de plomo, contestó con esforzado reposo:

—Tiene razón, rabí Israel; pero si los niños no deben ocuparse de esas cosas, no debía pedirme que vote por usted...

Rabí Abraham tosió discretamente y Kelner trató de sonreír. Viejos y jóvenes, sumidos en mo-

lesta expectativa, aguardaban en silencio. Por fin, Kelner se aventuró:

—Eres siempre el mismo muchacho; a nadie respetas... Entonces... decías que estabas en la herrería...

—En la herrería de la Administración —contestó Jacobo—. Había ido a buscar una reja. Estaba allí rabí Isaac, que todavía no era alcalde. Al irse éste, el herrero notó que un rollo de alambre disminuía a medida que se alejaba. Comprendió el prodigio en seguida, anudó la otra punta del rollo a un poste, y nos llamó a todos. Isaac Stein iba a trote lento, por el sendero de la loma, sobre su pingo azulejo. De pronto el alambre se estiró en el aire como una cuerda, y resonó una larga vibración. Rabí Isaac describió por encima de la cabeza del animal un corto círculo, y cayó con la pesadez de un fardo. Se levantó con dificultad, desanudó el alambre de la argolla de la cincha, miró hacia nosotros, y montando de nuevo, prosiguió el camino.

A la noche, hablándome del suceso, me dijo:

—¿Has visto, Jacobo, lo que ocurrió? ¡No sé quién me habrá enganchado el alambre!...

Otros contaron cosas no menos interesantes, y se llegó a la conclusión de que el alcalde humillaba a la colonia.

—Yo le pedí que me haga cambiar un yugo —exclamó uno—; pues ya han pasado tres meses y todavía no lo he conseguido.

—¿Y la Rosilla? Aún no me ha dado otra vaca. La mía es chúcara, y no se puede ordeñarla, ni maneada, ni atada.

Las quejas contra rabí Isaac continuaron. Cada uno expuso de modo iracundo, reconvenciones de la misma índole, mientras adentro, voces roncas rezaban en coro.

—Ahí viene el alcalde —anunció Jacobo.

En el camino polvoroso, la silueta de rabí Isaac se divisaba en toda su anchura. Acercóse con una

sonrisa llena de amparo, saludando en tono muy afable:

—¡Buen sábado, hebreos!...

—¡Buen sábado, buen año! —le respondieron.

El alcalde notó en la sobriedad excesiva de la respuesta, que el ambiente no le era muy favorable, y decidió conquistar la simpatía de sus enemigos. Dijo:

—¡Hermoso día hoy!... Es un placer que sea sábado, pues así podemos descansar de la semana, gozar del aire excelente, y los jóvenes pueden divertirse a gusto.

Israel Kelner, que se preciaba de ser un hombre ecuánime, respondió:

—Es verdad.

Esto alentó al alcalde. Su palabra fácil se desató en una charla contemporizadora y amable, con un elogio para cada uno. Al pasar, la tarde anterior vio el trigo en la era de Guintler.

—¡Magnífico trigo! —exclamó con gesto expresivo, describiendo el panorama de la extensión cubierta por aquel oleaje denso y verde—. ¿Y la huerta de Kelner?

Agregó:

—¿En qué colonia, rabí Israel, dan los ojos con cosa igual? Regocija verla.

Kelner repuso:

—También, he trabajado.

El alcalde ni siquiera olvidó ser agradable a Jacobo, a quien palmeó un hombro, preguntando:

—¿Y tu petizo? Tienes un petizo que envidiaría un príncipe: vale todos los dineros! ¿Sabes?... Te lo cambio por mi mejor caballo.

—Hará un mal negocio —contestó Jacobo—; el petizo es un poco arisco, y hay que saber montarlo...

Stein, que esperaba una respuesta más cortés, advirtió que debía decir las oraciones. Púsose la túnica y entró.

Las elecciones se anunciaban para un mes después. Kelner prometió a la oposición ocuparse de asuntos serios, y gestionar la construcción de una escuela y de la sinagoga.

Hizo la promesa en un discurso, en casa de Guintler, y reprochó a Stein su indiferencia y su ingratitud. Y fue elegido.

Sus amigos de antes no tardaron en hallarle defectos. Como Stein, tardaba en proporcionar a los vecinos nuevas herramientas y, además, mostrábase orgulloso y despreciativo. Una vez, en la oficina de la Administración, el matarife le pidió que le tramitara el cambio de un arado, que se destrozó casi por completo al espantarse la yunta de bueyes. Era época de remoción y, por lo tanto, el pedido urgía. Kelner tuvo la audacia de contestar:

—¡Déjeme, estoy ocupado ahora!...

El hecho se comentó con disgusto, y la ofensa inferida a un hombre tan prestigioso como el matarife, llenó de indignación a las mujeres.

—¿Quién lo hubiera creído? —decían.

—¡Esto merece un castigo!

La actuación del alcalde dio lugar a un movimiento de importancia, encabezado por rabí Isaac Stein, según una costumbre venerable por lo antigua, que colocaba al alcalde anterior, frente a los vecinos descontentos, que formaban generalmente la mayoría de la colonia. Asambleas agitadas celebráronse con frecuencia, y en una de éstas se trató la manera más oportuna para destituir a Kelner.

Graves controversias y discusiones ardientes conmovieron a Rajil. Un día, el alcalde extremó su irregularidad hasta echar de su casa a Stein. La población estalló, y se decidió una reunión para aquella misma noche. Fuéronse a los predios los jóvenes, y los viejos se congregaron en la sinagoga, para meditar sobre los acontecimientos.

—¿Qué les parece si fuéramos a ver al alcalde? —preguntó rabí Abraham.

Discutieron el arriesgado propósito, y concluidos los rezos cotidianos, se encaminaron hacia la casa de Kelner, en el extremo de la minúscula aldea.

Eran ocho vecinos. Avanzaban por el camino con paso lento, en filas de dos, y el viento movía sus grandes barbas.

Al pasar delante de la primera vivienda, las mujeres, entregadas a las faenas domésticas con escobas y rastrillos, indagaron el motivo de la inesperada procesión. Uno de ellos explicó, haciendo un airado ademán:

—¡A ver al alcalde!

Se agregaron a la resuelta columna, y de las casas que quedaban en el camino salieron mujeres para engrosar la masa imponente.

—¡Le pediremos los libros!— gritó una mujer.

—¡Los libros! —gritaron todos.

Tales libros consistían en un cuaderno facilitado por la Administración, en que el alcalde anotaba el pedido de los vecinos; era el símbolo más visible de su autoridad.

Kelner, alarmado, apareció en la puerta, y al aproximarse la gente, interrogó con voz poco segura:

—¿Qué quieren ustedes?

—¡Queremos los libros!

—¡Los libros! —repitieron todos.

El alcalde trató de convencer a los exaltados, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Era posible disuadir a los hombres, mas no así a las mujeres, cuya ira aumentaba el acento suave de Kelner.

Este exclamó, por último:

—¡Son cosas que no deben tratarse con mujeres!

—¿Qué ha dicho ese monstruo? —exclamó una.

Y otra por toda respuesta arrojó la escoba a la cara del alcalde. Fue la señal de la revuelta. Las mujeres asaltaron la casa, destruyeron lo que hallaron, y por fin dieron con el precioso cuaderno.

La esposa de Stein se mostró en la angosta ventana exhibiendo triunfalmente el cuaderno, y la columna tumultuosa se puso en marcha, bajo el ondear victorioso de escobas y rastrillos.

Tal es la historia de la revolución de Rajil, que se parece a todas las revoluciones de que nos habla la historia.



LA TRISTE DEL LUGAR

Los que alguna vez atravesaron Rajil, ya en el carro pesado de las faenas agrícolas, ya en el rápido sulky, vieron a Jeved. No era posible confundirla con las muchachas de la colonia. Aquella moza de carne torneada en firmes relieves, alta, ruda, de duro mirar, detenía a los forasteros. Tras la bata ligera, los senos se pronunciaban en su turgencia pujante y, andando, sus movimientos acompasábanse con lentitud cadenciosa y triunfal. Revivía a las hembras gloriosas de la Biblia. Mujeres como Jeved empujaron al combate a las huestes de Jefté, y en la santa ciudad asistían, serenas e inmóviles, a los sacrificios y a los castigos. Y

al modo de esas mujeres que decoran en apagados colores las páginas de los viejos misales, Jeved ostentaba un casco de crenchas bronceadas, que volvían más densa la negrura de sus pupilas, a la sombra de cuyas pestañas, el alma del rey Salomón habría entonado sus cánticos de paz y de molicie.

Era sencilla y su corazón dado a la melancolía del campo. Por la senda húmeda dejaba breves huellas su pie y, cuenco al hombro, evocaba su figura en el atardecer de los prados láminas de antigua poesía. Allá, junto al charco del pozo doméstico, solían los mozos beber de su ancho jarro mientras, delante, la yunta arrastraba, precedida por el perro, el arado o la rastra. Luego volvía con el agua fresca, a paso menudo, hundidos los ojos en la distancia gris del camino.

Había algo de hierático en sus maneras. Contestaba los saludos con tono despacioso y grave, esa gravedad propia de los espíritus místicos; las palabras salían de sus labios apretados y pequeños como si fueran sentencias sacramentales. Cuando un vecino, herramienta bajo el brazo, le daba los buenos días, Jeved respondía:

—Buenos días le envíe Dios.

Y esa respuesta, habitual en ella, semejaba un rezo. Gracias a ella, los colonos rústicos sentían la emoción de la naturaleza. Con el curvo palo, al entreverarse el ganado para apartar la vaca del ordeño, aparecía como una imagen de arte ingenuo y pastoril. Tal era Jeved. La amaban los más apuestos muchachos; soñaban con el descanso en su pecho y oían al dormirse el eco de su voz.

Sobre la diminuta lomada erguíase la casa paterna. Enfrente, el corral y el portón encuadraban el patio chacarero, donde las aves y los perros llenábanlo de ruidos y ladridos. Allí, la angosta zanja por cuyo hueco escurríase la lluvia, allí el flaco paraíso como palmera en su páramo; y en

los torcidos gajos, calandrias y vientos, pródigos en música a la hora cálida de la siesta.

Y cuando el sol trasponía la mitad del cielo, más rojo y más blando, bajo el fresco alero, sentábase con su labor. A veces, movía los brazos desnudos, suavemente, rítmicamente, pespunteando en la tela afirmada en la rodilla; a veces llegaba la noche sin que sus ojos se hubieran apartado del punto lejano, del punto invisible perdido en el azul del firmamento. Entonces, sus pupilas parecían dilatarse en su misma negrura fascinadora y lúgubre. Si cualquiera se le aproximaba, su cuerpo se estremecía en una brusca sacudida y reanudaba la costura.

Aquel arrobamiento de tardes enteras inquietaba a la abuela, casi centenaria, que presumía maleficios, y la madre, entre suspiros apenas contenidos, confesaba a la comadre de la aldea:

—Tengo mis miedos; así pasa largo tiempo; no habla, no oye ni ve, y se diría enferma de enfermedad muy extraña.

La comadre decía:

—Si tuviéramos rabino tan sabio como el de Varsovia.

La abuela suspendía el tejido para rectificar con su voz ronca y gastada:

—No el de Varsovia: el de Vilna, rabí Eleazar, a quien no turben mis palabras en su tumba; era de mano milagrosa. Ejemplo de santidad, que implore por nosotros a la diestra del Altísimo. Yo le he visto librar corazones del tormento y devolverles el reposo.

Volvía a manejar las agujas, mascullaba entre cuchicheos la adecuada plegaria, que moría en su boca desdentada y silbante.

La comadre consolaba con casos ocurridos:

—Nada temible, mujeres que sois. La muchacha es de callado natural y poco amiga de algazaras. No digo que no le falte alguna enfermedad. Tal vez agua en el vientre, tal vez mal de amores, porque es linda; —¡ay!—, bien quisiera yo

hijas de su hermosura. Ni las rosas de verano, ni el pan de las fiestas sale así y ojalá no le dañe mi envidia...

Dos grandes lágrimas humedecían de gratitud las mejillas grietosas de la madre:

—¡Bendígala Dios! Ni las palomas la ganan en bondad. ¡Lo que no diera por besar sus hijos para consuelo de mi vejez! ¿Y mi marido? Se mira en sus ojos y le dice:

—Joyita, oro mío, el más fino, me tienes penando... Y ella se cuelga de su cuello y apaga sus zozobras con una caricia.

Así conversaban las viejas hasta que Jeved aparecía con el cuenco para buscar el agua o el palo para apartar la vaca.

Acompañábanla quedos murmullos en la placidez del crepúsculo:

—Alondra de mi nido...

—Regocijo de mis días...

—Se la conserve el Señor.

—Es de besar sus huellas...

El perro, que perseguía en el potrero sombras de pájaros, acudía a su llamado:

—¡*Emperador*, vamos por agua!...

Rumbo al pozo, dejaba oír, lúgubre y débil, refranes de la canción simbólica y popular:

Te daré en premio, almendras y uvas,
Duerme, duerme, Israel...

—Jeved —solían decir en la colonia— no es triste, sino muy orgullosa.

Y lo decían aquellos que se vieron rechazados por ella, pues no se le conocía inclinación hacia ninguno. Ni los más gallardos y atrevidos lograron la menor sonrisa, ni el hijo de Liske, el rico, tuvo suerte, a pesar de su infatigable insistencia.

Sin embargo, no era orgullosa. Humilde y hacendosa, ayudaba a los vecinos en los quehaceres urgentes, departía con todos y no se cuidaba de

habladurías. Eso sí, nadie dudaba de su honradez, aunque se detenía a conversar con los mozos; y una mañana, al volver Jeved del campo, adonde llevara el desayuno al padre, que rastreaba para el trigo, respondió con un recio golpe a un peón del tajamar por el pellizco con que acompañó su requiebro.

En los bailes y en las fiestas rodeábanla sus festejantes, y a cada uno respondía siempre con la misma negativa. Al establecer en la colonia un antiguo estudiante de Odessa, intentó cortejarla como los demás, y con idéntico resultado. Los sábados a la tarde aparecía en su casa, recibido con amable cortesía por la familia. Tenía en su ventaja el haber frecuentado la Universidad, y ese ascendiente valía a Jeved la envidia de las muchachas. Pero Jeved escuchaba sus disertaciones, le hacía preguntas, se mezclaba a las conversaciones que sostenía con su padre, sin mostrarse por esto más interesada en el nuevo enamorado.

Las mujeres decían:

—Un gran hombre, un sabio...

—Estudió en la Universidad...

—Todavía usa el gorro con galones y Jeved no lo quiere...

Sentada en el umbral, apoyada la cabeza en ambas manos, semicubiertas por los cabellos, parecía hallarse muy lejos, extraviados sus ojos grandes y tristes.

En los días de trabajo íbase a la quinta, se extendía sobre la hierba y permanecía quieta mirando la caída del sol. En aquel retiro cotidiano su espíritu se diluía en la vaguedad del ocaso. Poco a poco retornaban a su memoria los recuerdos infantiles y se veía, como en la pintoresca ciudad del Mar Negro, pequeña y alegre, corriendo con los chicuelos por la playa dorada. Allí no era Jeved la agreste labradora de Rajil. Sus quince años florecían en el desahogo y en la comodidad y soñaba con los héroes de las novelas que su padre solía leer en las veladas de viento y nieve.

Aquellos años, cuya pompa agrandaba el pasado, revivían en sus remembranzas, bajo la fastuosa agonía del sol. Y recordaba en un dejo de salobre tristeza al primer novio que fue su héroe imaginario, en los crepúsculos brumosos, en el jardín, a través de cuyos árboles veía hincharse el mar. Así vivía la aldeana, rememorando horas ya muertas. Desvanecidos los sueños, el derrumbamiento de las cosas brillantes la llenaba de melancolía y la existencia tosca de la campaña la envolvía en una especie de muelle pereza.

Ni el hijo de Liske, con su dote de bueyes, ni el estudiante locuaz, sustituían la incierta figura del colegial aquel que abrió a su imaginación, cuando todavía usaba trenzas y corta pollera, el sabor de las cosas no venidas. Eran distintos esos hombres endurecidos en la labranza. Y mientras Liske, el estudiante o el hermano del matarife, se le insinuaban en lenguaje campesino, los comparaba en su interior con el novio desvanecido. ¿Qué haría ahora el novio?

Se espesaban las sombras, y cobraban los cardales un aspecto de selva fantástica; el mugido de las vacas oíase agravado en la nitidez de la atmósfera. Croaban las ranas su romanza lóbrega en los charcos diseminados por los predios y, lejos, muy lejos, los gritos del boyero anunciaban la hora llegada del descanso.

La muchacha continuaba su cavilación. ¿Qué haría ahora el novio? E imaginábalo hermoso y triunfante, buscado por las mujeres de la ciudad. Sin duda, eran envidiables aquellas mujeres de la ciudad, con sus vestidos, sus perfumes, blancas y suaves. Ellas eran las amigas de su primer hombre.

Una vez, al divagar de ese modo, no pudo recordar su nombre. Balbuceó varios en voz baja, moviendo negativamente la cabeza. Por fin acertó con el verdadero y al pronunciarlo, el eco de sus cortas sílabas la despertó de su ensimismamiento...

Andando en tales circunstancias por el serpeante camino oyó tras de sí a Lázaro, que tocaba su flauta de barro. Nunca le parecieron tan tristes los quejidos que emitía el rudimentario instrumento. Volvióse y le habló:

—Lázaro, tocas como un músico...

El muchachote paróse encogiendo su pierna renga y respondió con una sonrisa sin apartar la flauta de los labios. Y siguió tocando.

Iban juntos. Franjas rojas cubrían el horizonte y el campo se llenaba de silencio, turbado por el chirrido de los grillos y el ladrido de los perros. Sobre sus cabezas, una luna angosta y opaca se elevaba y las estrellas, todavía pálidas, surgían entre las nubes.

—¿Por qué no tocas, Lázaro? —interrogó Jeved.

—Creía que no te gustaba.

—Al contrario, y más aún esta tarde...

El colono entonó una melodía de su repertorio, formado por canciones rusas, motivos judíos, vidalitas y *estilos.* La música del rengo, extendida por el valle confuso, fue envolviéndola hasta apagar las visiones de antes y conduciendo su espíritu a una tranquilidad resignada. Largo rato pasearon por los alrededores sin decirse palabra y, ya casi de noche, Javed se despidió.

—Me esperarán en casa, me voy; vente mañana...

Algo quiso decir Lázaro. Su cara enrojeció, sus ojos se clavaron en los de la moza, mas un nudo se le hizo en la garganta y ahogó su voz. Temiendo que ella se diese cuenta de su cortedad, trató de apaciguarse y, al fin, salió del paso:

—No te olvides de saludar a rabí Jonás.

Y se separaron.

Después de la cena, rabí Jonás leyó una novela de Schummer, cuyo argumento —la persecución de los judíos en España— la conmovía siempre.

Jeved pensó en el héroe, en aquel don Pedro de Parera, que el autor vestía de terciopelo y lo hacía alternar con príncipes y princesas en la corte

de los Felipes. Cubrióse de nieblas su frente al meditar en lo distintos que son los hombres en la vida y en los libros. ¿Cómo habría sido don Pedro de Parera en la realidad? ¿Cómo sería el mismo Schummer? ¿Cómo sería el novio de sus quince años?... Y al hacerse mentalmente la pregunta, sintió que su imagen, persistente en otro tiempo, se esfumaba en su memoria.

Se durmió; y en sueños, las melodías temblorosas de Lázaro, moduladas en la flauta de barro, en la lentitud de las tardes aldeanas, mecieron su alma angustiada.

Al día siguiente, en su retiro de la quinta, sintióse menos agitada. ¿Vendría Lázaro? Lo cierto es que jamás había puesto atención en ese muchacho tan silencioso y huraño. ¡Vaya una manera de tocar! El espectro de Lázaro, con su pierna renga, fue pintándose en el paisaje que lo rodeaba, en el cielo azul, en los arbustos próximos, en la tierra negra de surcos que limitaba la distancia. Recordó cómo cierta vez no pudo alcanzar al ternero desatado, y afligida de verlo correr arrastrando el pie cojo, se echó tras el animal. Tampoco olvidaba la emoción del mozo cuando le llevó el ternero, emoción que le impidió agradecer el favor. Una piedad inmensa inundó su corazón.

Lo comparó con los demás jóvenes que la cortejaban, el ordinario Liske, el estudiante, tan hablador, tan presuntuoso. Ninguno de ellos valía lo que valía Lázaro en su sencillez total. Nunca le había dicho una palabra, pero en todas partes lo encontraba con la mirada fija, dolorosa y muda...

¿Vendría? Al interrogarse advirtió que la duda la exasperaba y descubrió su impaciencia.

Y ya no pensó en otra cosa. Cuando se dejaron oír los gritos del boyero que juntaba el ganado, y el son de la flauta penetró en sus oídos, sin darse cuenta, se levantó de un salto y, moviendo los brazos, clamó jubilosamente:

—¡Lázaro, Lázaro!...



EL VIEJO COLONO

Sean tenudo en grant et fuerte servicio
el anciano que bajo aquesa piedra aqueda
la resurrección con Mesías.
Bellido de luengos años, Dios (non decid
el suo nome se non sodes puros
de pecado) le fizo morada en el Paraíso.

(*Inscripción en aljamiado*)

Llamémosle por su nombre bíblico, rabí Guedalí. No nos acordemos de su apellido, compuesto sin duda en alguna ciudad alemana, en el siglo XVII, por señores que gustaban burlarse de los traperos judíos, habitadores del fosco gheto de Frankfort o de Munich. Guedalí, o bien, según el modo tradicional, rabí Guedalí ben Schlomo. Bien merecía ser designado de tal manera, pues

más que al terruño colonial, cuadraba su erguido tipo a las épocas castizas en que los hebreos formaban, en las villas españolas, doctas corporaciones de sabios y poetas. Tan sólo se le parecen aquellos judíos que cita en sus libros rabí Menasche ben Israel. Tenía su apostura noble y su ademán señoril, el rostro palidecido por la meditación y la boca sonriente a fuerza de haber conocido el padecimiento.

Fue mi maestro y fue quien me enseñó, bajo el techo angular de la choza campestre, el uso de los símbolos rituales y el sentido de las oraciones. Con justicia lo venerábamos, porque era venerable.

Yo lo conocí muy anciano, yendo todas las mañanas y todas las tardes a la sinagoga, apoyado en el curvo palo, como patriarca en su báculo, pensativo y lento: y diré también que era sabio y dulce, como deben serlo los varones que han vivido tanto y han visto tanto bajo el cielo infinito. No trabajaba ya y empleaba sus horas en conducir al espíritu de los niños el principio de la sabiduría divina, en enseñarles a agradecer al Señor los beneficios de la existencia, y consolar, en los instantes supremos, el corazón de los moribundos. Por esto cito en su memoria el epitafio que un poeta anónimo compuso en aljamiado, en honor del Raschi, y que se encuentra en los viejos devocionarios impresos en Constantinopla. Repetiré lo que suele decir mi madre cuando cuenta, en las largas sobremesas de Pascua, algún episodio de su vida ejemplar:

—¡Que mis palabras no turben la paz de su sepulcro!

Era de continente magistral. La vejez había espiritualizado su silueta, en otros años sólida y recia, y el andar mesurado dábale prestancia sacerdotal. Parecía bendecir cuando levantaba la mano huesuda y trémula y cuando oraba, la frente elevada hacia Dios, el rostro iluminado por la unción, la barba temblante y extensa, hacía pensar en los ancianos de los cuadros clásicos.

Un día, al atardecer, lo vimos acercarse a nuestra casa y, como de costumbre, entró saludando al estilo hebraico:

—Quiera Dios que venga yo a esta casa en buena hora.

En seguida, no bien cobrara aliento, aspiró su narigada de rapé que extrajo de una cajita desusada, en cuya tapa se reconocía, muy borrada ya, una escena del Antiguo Testamento. Después del elogio correspondiente del trigal que brillaba a lo lejos y de la vaca que pacía al borde del camino, rabí Guedalí anunció que lo traía un asunto muy serio.

—Señora —dijo, su hijo es huérfano y hay que enseñarle la doctrina, pues los huérfanos se confirman al cumplir doce años. Será un consuelo para mí instruirlo en las letras, a fin de que sepa rezar por los suyos y dar gracias a Dios.

Y desde aquel día, después de arrear el ganado al pastoreo cercano, iba yo a casa de rabí Guedali. En su boca, el idioma de los profetas y de los rabinos revivía en su primitiva belleza, y concluidas las oraciones, me explicaba la significación de los salmos y el valor de los conocimientos talmúdicos. Al modo de los hebraístas españoles y árabes —así Jnv Ghebirol-ben-Jehuda —recurría a los diálogos de los maestros que sutilizaban en los siglos extinguidos sobre teología y moral y a los suaves apólogos de los fabulistas. Los conocía en su confusa profundidad y la Guemara y la Cábala carecían de secretos para su inteligencia ejercitada en el estudio de los textos. Me dijo cierta vez rabí Guedali:

—El hombre que no une la bondad del alma a la ciencia del consejo, es como si tuviera un ojo en un solo lado del rostro y no pudiera ver sino en una dirección. Te contaré, hijo mío, un caso que motivó sapientes deliberaciones, allá en el tiempo en que nuestros hermanos vivían tranquilos al amparo de los reyes de Castilla. Preguntó rabí Akiva a sus discípulos qué necesita el hom-

bre para disfrutar de la dicha. Uno repuso: necesita un amigo fiel en la cercanía de su vivienda para gozar de su útil experiencia. Otro afirmó que la salud, el tercero la inteligencia y el cuarto la sabiduría. Pero como rabí Akiva permaneciera meditando, el discípulo que hasta entonces se mantuviera en silencio, respondió que era necesario reunir todos los beneficios juntos, que resumen, como el rayo de luz los colores del iris, la bondad y el saber, y así se verá defendido en el más solitario rincón del mundo. ¿Me comprendes, hijo mío? Digamos ahora las plegarias para que la hora de la comida no nos sorprenda sin haberla merecido ante Dios...

Cuando sus hijos y sus nietos debían trazar los surcos iniciales de las amelgas, rabí Guedali guiaba el arado. Era éste un acto augural y solemne, y el anciano le daba el sentido religioso que este sencillo procedimiento tiene en el tratado agrícola del Talmud. Arropábase en su grueso gabán de pieles, y puesta la bandera en el término del predio, sostenía los manubrios de hierro del arado, cuyo crujido, al abrir la dura tierra, acompasaba el tranco tardo de los bueyes. Realizada la breve tarea, sentábase sobre una piedra y miraba el trabajo de los mozos, animándoles con su palabra y sus gestos:

—Acuérdate, Abraham, hijo mío; acuérdate, Jacobo, bien mío, que es difícil sacar el pan de la tierra, pero sólo de la tierra lo sacan los hombres honrados. ¡Ojalá no hubieran tocado mis manos sino el misal y el arado, y estaría yo destinado a velar por vosotros en el Paraíso!

Retornaba a la choza de paja y decía a su mujer, que calentaba su viejo cuerpo junto al brasero:

—En la amelga dejé a los niños que saben honrarnos con su sudor. ¡Dios nos dé buen año y lo tendrán también los que son más pobres que nosotros! ¿Has rezado ya y comido?

El día en que yo me confirmé, los vecinos se reunieron en mi casa para las congratulaciones, y como es de costumbre, comieron pan dulce y bebieron el vino de la ofrenda. Fue entonces cuando yo oí a rabí Guedali relatar su vida.

Aquel viejo, lleno de religión y de preceptos, fue en Rusia fundador de una ciudad. Encontróse muy joven dueño de una considerable fortuna y era todavía la época en que los propietarios de tierras tenían sobre sus aldeanos el derecho de servidumbre. Era en los años en que los soldados del emperador perseguían en las provincias polacas a los príncipes lugareños, que ahorcaban en las plazas y vendían después, según refieren las tradiciones, sus vestidos y sus joyas a los traficantes austríacos. Fue cuando rabí Guedalí adquirió grandes extensiones y el beneficio de cuya labranza otorgaba generosamente a los aldeanos, por lo cual se lo delató a los encomenderos del imperio como enemigo del Estado y de la tranquilidad. Mas, rabí Guedalí no se inmutó y partió a San Petesburgo para defenderse ante el zar, a quien llevó de regalo un Pentateuco antiguo y una larga sarta de perlas.

—He ahí un buen judío —dijo Nicolás I—, a quien hay que respetar. Y concedió a rabí Guedalí privilegios rurales.

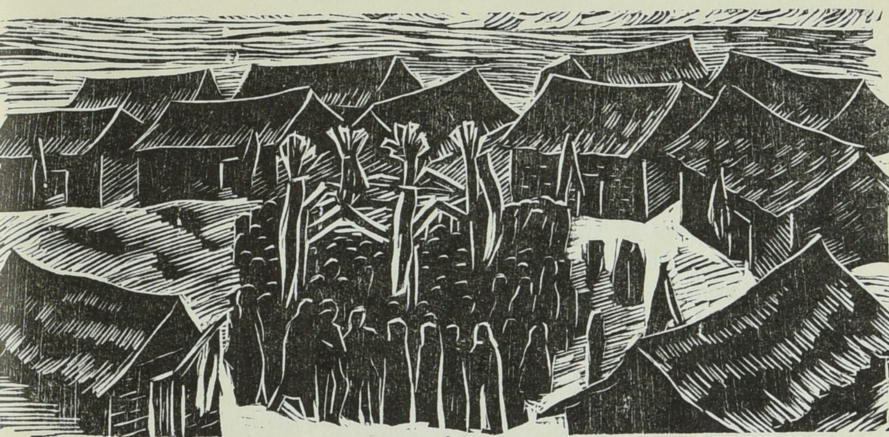
Pero cuando la servidumbre quedó abolida, fue despojado de sus tierras, y su fortuna sufrió todavía más hondos quebrantos con la guerra emprendida por Alejandro II. Rico aún, continuó viviendo en la ciudad que había fundado hasta oír noticias de América. Peregrinó a Jerusalem y regresó triste, pues declaró preferir una región cualquiera al cuadro que ofrece la capital sagrada de los judíos, con sus conventos, cruces y mezquitas. Y vino con las primeras inmigraciones a Entre Ríos. En Entre Ríos completó el ideal de su existencia, que fue siempre labrar la tierra y comer pan de su trigo y legumbres de su huerta.

Una madrugada vino a avisarnos un muchacho

que nos llamaba rabí Guedalí. Fuimos con el presentimiento de que su última hora había llegado, y cuando penetramos en el rancho, lleno de gente, lo hallamos sentado en medio del cuarto, vestido con el ropón blanco, imponente y sereno. Extinguíase como una luz su vida. Despidióse de cada uno con palabras de esperanza y de gratitud, y nos dijo, elevando sus ojos al cielo:

—Que vuestros cuerpos, como el mío, reposen en la tierra que labran vuestras manos y seréis bendecidos. . .

Su voz se apagó y sus ojos se cerraron en medio de los llantos. Así vivió y así murió mi maestro.



EL HIMNO

Era en los primeros tiempos de la colonia. Los judíos de Entre Ríos conocían poco el lugar, y sus ideas sobre las costumbres del país eran en extremo confusas. Admiraban al gaucho y lo temían, envolviendo su vida en una vaga leyenda de heroísmo y de barbarie. Lo creían peligroso e irascible. Las fábulas de sangre y de bravura, interpretadas mal por los nuevos campesinos, contribuyeron a fomentar el concepto que tenían sobre el paisano. Resultaba para el judío de Polonia o de Besarabia, el bandido romántico, feroz y caballeresco, como un héroe de Schummer, cuyas aventuras leían las muchachas obreras, al regresar del

taller, en Odessa, o al terminar las tareas en la colonia...

Así, en la sinagoga, que funcionaba en tal o cual rancho de Rajil, jóvenes y viejos discutían cosas relacionadas con la Argentina. El entusiasmo de vida libre, soñada en los días amargos de Rusia, aún no se había amenguado. Un amor fervoroso al suelo todavía desconocido rebosaba en todas las almas. Por los alrededores de Rajil, los arados abrían alegremente la tierra y la esperanza unánime no desfallecía en los corazones sencillos de los chacareros. Los sábados, hasta mediodía y al atardecer, recordaban frente a la puerta de la sinagoga y no lejos del corral, las penurias antiguas, los episodios del éxodo, como si la emigración del imperio moscovita fuera la bíblica huida historiada en las noches de Pascua.

Conversaban, discutían. José Haler, que había hecho en Rusia el servicio militar, sostenía que la Argentina no tenía ejército.

Rabí Isaac Herman, anciano todo encorvado, tembloroso y enfermo, que enseñaba a rezar a los chicos de la vecindad, se opuso con energía a las opiniones de José.

—Tú nada sabes: eres un soldadote —le dijo—. ¿Cómo quieres que la Argentina no tenga ejército?

—Cualquiera lo comprende, rabí Isaac. Aquí el zar es un presidente y no necesita soldados para defenderse.

—¿Y los que vemos en la estación Domínguez?

La pregunta del anciano turbó a José y no supo explicar de un modo satisfactorio la presencia en Domínguez del sargento, cuyo sable, de vaina herrumbrada, constituía el espanto de los niños.

Una tarde, un vecino llegado de Villaguay, trajo la noticia de fiestas próximas. Describió arcos y banderas en la calle de la municipalidad. La noticia se comentó y otro vecino propuso investigar el motivo de la fiesta.

No sabían los colonos una palabra de español. Los mozos copiaron pronto las costumbres gau-

chescas pero no lograban explicarse con los criollos más allá de las necesidades ordinarias. Resolvieron, sin embargo, interrogar al boyero, don Gabino, compañero de Crispín Velázquez y veterano del Paraguay. Don Gabino opinó que debía tratarse de una yerra o bien de elecciones. La versión pareció lógica al principio, mas se rechazó después. Por fin, el comisario de la colonia, Benito Palas, fue quien ilustró a los judíos sobre el objeto de los preparativos y en una forma elocuente y rudimentaria explicó al matarife lo que significaba el 25 de Mayo.

El hecho preocupó a los habitantes de Rajil, y en las tertulias nocturnas y en los descansos de las faenas, en las amelgas, los vecinos se reunían conversando sobre la fecha. Cada uno explicaba a su modo la importancia del suceso y, por último, nació la idea de celebrar el aniversario.

La iniciativa se debía a Israel Kelner, que había ido a Jerusalem para organizar la emigración patrocinada por el barón Rothschild. Hebraísta estimado públicamente por el matarife de Rajil y el de Karmel, gozaba de prestigio y pronunciaba discursos en las modestas solemnidades de la colonia. Hizo un viaje a Las Moscas, y don Estanislao Benítez le informó minuciosamente sobre el asunto.

La conmemoración del 25 de Mayo quedó decidida y se designó al alcalde y al matarife para organizar la fiesta. Jacobo, su peoncito, el más acriollado de todos los muchachos, vistió sus mejores bombachas, y sobre su gallardo petizo avisó de casa en casa la celebración de una asamblea en la sinagoga. En ella se discutieron los detalles del acto. Se resolvió, desde luego, no trabajar el día patrio, embanderar los portones de las casas y reunirse en el potrero común donde rabí Israel Kelner pronunciaría una arenga. Fueron invitados, además, a la conmemoración, el comisario y el administrador de las colonias., Herr Bergmann, alemán áspero y nada expansivo a quien poco conmovía el acontecimiento de Mayo.

Surgió una grave dificultad. Se ignoraba el color de la bandera argentina, y este detalle fue advertido muy tarde. A pesar de ello, los preparativos continuaron y el día grande llegó.

Rajil amaneció empavesada como un barco: llenos de colores los portones, todos los colores, y también los colores argentinos, sin que el vecindario lo supiera. Un sol blando iluminaba la campiña, bañaba los arbustos amarillentos y las blancas paredes de las chozas. El comisario mandó su pequeña banda, y en la colonia estalló la música del Himno. La música hinchó de júbilo los corazones y la fiesta de la patria, confusamente comprendida, puso alegría en el espíritu de la gente.

Reuniéronse en la sinagoga hombres y mujeres. Las túnicas hierosolimitanas lucieron al sol su blancura, y el rabino bendijo la República en la solemne oración del Mischa-beraj.

Después de la lectura del Libro Sagrado, el alcalde predicó. Era el menos instruido, pero sabía interesar a los que lo oían. Gesticulaba a la manera de los predicadores sinagogales y mesaba su barba castaña.

—Me acuerdo —dijo— que en la ciudad de Kischenef, después de la matanza de judíos, la sinagoga fue cerrada porque no quisimos bendecir al zar. Aquí nadie nos obliga a hacerlo; por eso bendecimos la República y bendecimos al Presidente.

No se sabía quién era el Presidente, pero eso importaba poco.

En seguida, la población se congregó en el potrero y las flores silvestres de la estación brillaban en la improvisada glorieta junto a la cual la banda repetía sin cesar los acordes del Himno. Los mozos lucían sus caballos y los peones del tajamar, reunidos, miraban en silencio y participaban del festín de golosinas y de pasteles. La damajuana de vino esperaba la llegada del comisario.

Al atardecer, don Benito Palas asomó con su escolta y una bandera desplegada. El acto memorable comenzó. El comisario bebió su copa de vino

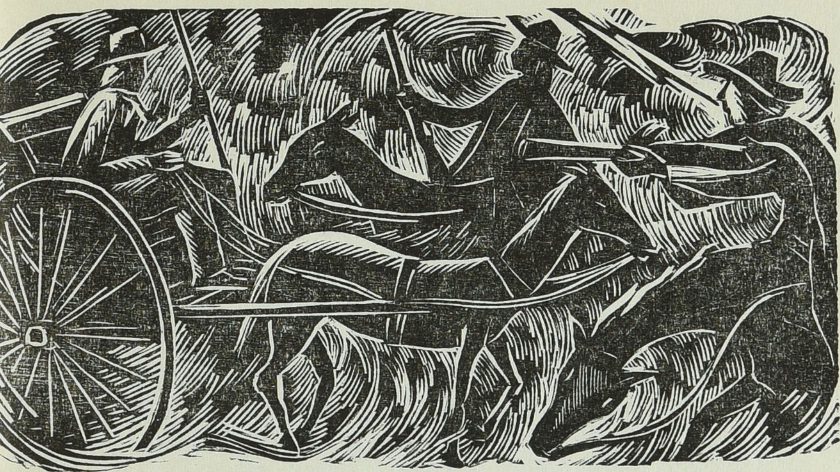
y rabí Israel Kelner ocupó la tribuna. En jerga vulgar saludó en nombre de la colonia al país, "donde no hay matanzas de judíos", y refirió la parábola de los dos pájaros que los vecinos le habían oído en diversas oportunidades.

La parábola, extraída de las tradiciones judías de España, simbolizaba para el orador la libertad de los pueblos.

—Había un pájaro prisionero en una jaula de hierro. Creía que todos los pájaros viven así hasta cierto día en que vio a otro pájaro revolotear en el espacio y posarse sobre los tejados y los árboles. Entonces el canto del prisionero se volvió triste. Tanto meditó en su esclavitud, hasta que concibió el pensamiento de roer las rejas con el pico.

Jacobo explicó a don Benito Palas, criollo poco entendido en disquisiciones difíciles, el sentido del discurso. Y por toda contestación, el comisario recitó las estrofas del Himno. No lo comprendían los israelitas; pero al llegar a la palabra libertad, el recuerdo de su antigua esclavitud, de la amargura y las persecuciones seculares sufridas por la raza, revolvió sus corazones y con el corazón y con la boca, todos exclamaron, como en la sinagoga:

—¡Amén!



EL MEDICO MILAGROSO

Las muchachas de Rajil, de Rosh Pinah, de Espíndola, de San Gregorio, y la viuda de ojos de avellana que vivía a la entrada del caserío de Carmel, se sentían un poco sobresaltadas con la noticia de que un nuevo médico se había establecido en las colonias.

—¿Se parecerá al doctor Richené? —preguntó la viuda, mientras se alisaba el pelo con una mano y con la otra se ajustaba el crujiente franjón de moaré, cuyo oficio consistía en atraer la mirada pública hacia su fina cintura.

Con esta pregunta se demostraba la tenacidad del recuerdo del doctor Richené en todas las mu-

jeres del lugar. Acostumbraban, cuando visitaba a un enfermo de los contornos, a asomarse a la puerta de los ranchos, vestidas como en días de fiesta, para verlo pasar en su alazán, ensillado a la inglesa, encerado el bigote, ladeado ligeramente su casco de explorador, ceñidos los pantalones de brin y relumbrantes las botas.

Sería difícil, sin duda, que se pareciera al doctor Richené, que tenía una novia por cada cinco chacras y dos en cada una de las tres estaciones de ferrocarril, sin contar la de Colón, que habitaba una casa con balcones de barandas de bronce. ¿Se parecería, por lo menos, al ayudante del hospital de Domínguez, aquel hombrón alto, de espaldas como una parva en año de buena cosecha, que ofrecía caramelos a las pacientes, auscultaba con brusquedad y a veces se equivocaba de sitio al palmearlas con persuasivo cariño?

Mi prima Jañtze dijo:

—Estoy segura de que es soltero.

—Ha de ser casado —contestó Eva, la de más allá del tajamar, condenada por triste destino a romper en el invierno el noviazgo laboriosamente contraído en el verano, en la época de la siega, cuando abundan los mozos foráneos alrededor de la trilladora.

—Me dijeron —afirmó la de Oxman— que su mujer vive en París.

—¿En París? —interrogó la viuda y suspiró profundamente, melancólicamente—. ¿En París? Se retratará a menudo.

Nahum Yarcho desilusionó a las muchachas y decepcionó a la viuda. En vez de casco, usaba chambergo, que se le caía con invariable regularidad no bien se hallaba sentado en el sulky, y en vez de botas de charol exhibía zapatos de lona con punteras de cuero amarillo y los llevaba con una especie de fruición escandalosa. Eso sí —médico al fin— gastaba anteojos, de aros de oro, natural-

mente, empañados siempre de bruma y siempre torcidos sobre el puente de su flaca nariz, flaca y curva, pues diré, con permisible anacronismo, que el doctor Yarcho no era lo que llamamos hoy un ario puro. Al contrario. A pesar de haber hecho sus estudios en Rusia, de haberlos perfeccionado en París y leer libros de Tolstoy, se veía su diminuta figura, los sábados a la mañana, en el umbral de la sinagoga, claro está que con el mismo chambergo y los mismos zapatos. No vayáis a creer que cumplía rigurosamente con los ritos o se privaba del cigarrillo en la santa jornada de Jehová. Nahum Yarcho era efectivamente algo epicúreo e infringía las reglas con sonriente distracción. ¿Qué hacía, entonces, en la sinagoga, en los instantes en que el viejo Rubinstein elevaba cadenciosamente su voz al modular las oraciones, o se leían, en medio de silencioso recogimiento, los capítulos del Pentateuco? Hacía lo que hizo en el transcurso de su existencia simple y memorable; contaba cuentos, oía contar cuentos. Era de esos hombres singulares que se encuentran en las novelas de brujos o en las historias de poetas. Se complacía en conversar con las viejecitas, bien encorvadas y bien arrugadas, llenas de "ay de mí" y de "Dios le ayude", en averiguarles los secretos sabrosos de la aldea, y más que nada, le gustaba platicar con los ancianos, que, aun en el caso inverosímil de no diferenciar los brazos clamantes y gloriosos del "Alef", del pórtico solemne del "Daled",[1] disertaban con argucia de talmudistas y vaciaban su sabiduría en la palabra curvilínea, lenta, grave, sazonada de malicia, esa malicia rápida como una guiñada, eficaz y picante como la narigada de rapé, apretada entre el índice y el pulgar, cárdenos de tiempo, de humo, de sobar y sobar las correas de las filacterias.

[1] "Alef", primera letra del alfabeto hebreo; "Daled", equivalente de la letra D.

Las primeras semanas de su actuación no fueron muy favorables para su prestigio. El ayudante del hospital no ocultaba su desconcierto. El doctor Yarcho no recetaba ni ungüentos ni jarabes, esos jarabes rojizos o verdosos, que huelen con olor igual y adquieren más importancia si el frasco es acanalado y no liso. No; decididamente, no recetaba, por más que en su mesa se amontonaban pesados volúmenes y recibía de Francia revistas de medicina.

La esposa del matarife volvió bastante contrariada de su viaje a Domínguez. Tratábase de una verdadera expedición, porque, como la volanta de la carnicería se quejaba de una rueda, optó en su impaciencia por hacer el trayecto en el carro, arrastrado trabajosamente en el jadeo de una yunta de bueyes, de suave mansedumbre, recomendables por su disciplina, dóciles al mando en idisch y particularmente sensibles a las interjecciones criollas, aunque de paso tan corto como tardo, y dispuestos, además, a no omitir sin probarla, ninguna de las matitas de pasto que bordeaban las tres leguas y media de camino de ida y de vuelta.

La recibió con alborozo.

—La estaba esperando, señora.

La esposa del matarife se conmovió. Evidentemente, se encontraba en presencia de un médico sabio, que esperaba a las enfermas sin que nadie se las anunciase. Desde luego, no se tomaría la molestia de adivinar la llegada de la mujer de Jaimovich —una cualquier cosa—, que se atrevía a cocinar el sábado, pellizcaba a los mocetones en los casamientos y se apretaba el corsé que era una vergüenza. La esperaba a ella, prima hermana del rabino de Rosch Pinah, cumplidora y virtuosa, y tan cumplidora que juntó el nacimiento de su último vástago con la celebración de sus bodas de plata.

—De modo que me esperaba —murmuró después de reponerse de su sorpresa y de cobrar aliento.

—La aguardaba —continuó el doctor—. Hasta mediodía aguardo a las muchachas. Como no tienen de qué ocuparse, vienen al consultorio antes de dar una vueltecita por el almacén para revisar los géneros, las puntillas y las cintas.

—Es verdad, doctor; las muchachas son unas cabezas de pájaro. Mire usted, como la mujer de Jaimovich...

—Y a la tarde —prosiguió Yarcho— espero a las señoras serias, que me vienen a ver, me cuentan sus enfermedades y pasan por el almacén a revisar los géneros, las puntillas y las cintas. Usted, en cambio, no; usted debe cuidarse.

—¡Dios mío! ¿Estoy tan mal, doctor?

—Tan mal no; debe cuidarse. ¿Quién no debe cuidarse?

—El doctor Richené me prohibió comer carne.

La condujo hacia la ventana. La inmensa llanura de rastrojo llameaba bajo el sol y la luz hervía en la atmósfera diáfana.

—Abra bien los ojos. ¿Ve las nubes que se alejan allá, como ovejitas rosadas? ¿Ha visto alguna vez nubes como éstas en su podrido pueblecito de Rusia?

—Yo no tengo la costumbre de mirar las nubes. Vivo tan ocupada...

—Señora, hay que mirar las nubes. Créame; hace muy bien a la salud.

—¿Y qué me aconseja, doctor?

—Le aconsejo comer un poco de carne, no afligirse demasiado y no tomar más remedios. Hay personas a quienes los remedios dañan. ¿Qué plato le gusta más? ¿Niños envueltos en hojas de viña o pescado relleno? ¿Tal vez pasteles de papas con chicharrones? Si ando por allí, no se olvide de convidarme. Ah, en cuanto a la pierna, no le haga caso.

—¿Cómo sabe que me duele la pierna?

—¿Para qué nos da piernas el buen Dios si no es para que nos duelan? ¿Quiere usted una prueba de lo que le digo? Don Isaac, el de San Mi-

guel, nunca se queja de las piernas y es porque nació sin ellas. ¿No es infinitamente mejor, le pregunto yo, que duelan como le ocurre a usted, por ejemplo, y no que no duelan, como le ocurre a don Isaac?

—Es increíble —comentaba con las vecinas—. Ni siquiera me dio un jarabe. ¿Será realmente médico? —Y agregó, como confesándose y casi con temor de pecado—: Lo curioso es que cuando habla, una se sonríe continuamente. Y el doctor también se sonríe. Sonríe, sonríe, sonríe.

La gente de Rajil, de Rosh Pinah, de Espíndola, de San Gregorio, vivía en dolorosa expectativa. No era por la sequía, no era por los rumores de revolución, debidos a que en el hotel de Villaguay se alojaba un coronel de Paraná, ni a los pronósticos de grandes mangas de langosta. Esa expectativa nacía de un acontecimiento dramático. Doño María la Jorobada esperaba familia. El año anterior hubo de sucederle eso y el doctor Richené se alarmó al examinarla.

—Su mujer no puede dar a luz —anunció al marido.

Por fortuna, el diagnóstico resultó prematuro. En efecto, doña María estaba tan lejos en esos días de tener familia como lo estaba cerca ahora, puesto que la gracia divina la favoreció y la población entera podía diagnosticarlo. Provocaba pesar su aspecto de pequeño monstruo, con su cara perfecta, sus pupilas luminosamente lúgubres, sus alargadas pestañas, su acento tímido, leve, que parecía implorar perdón por aparecer en el mundo que alegraban mujeres como la viuda de Carmel; suscitaba misericordia porque ese rostro de claridad se tambaleaba sobre un cuerpo contrahecho, menudo, mísero.

—¡Santo Dios! —gemía. Si mi hijo llegara a parecérseme...

—Si llegara a parecérsele —argumentó el doctor Yarcho—, tendrá sus ojos, tendrá su voz, y cantará como usted canta. Si me promete no contarlo, le haré una confidencia. Dios ha estudiado conmigo en la Universidad de París y le juro que Dios sabe lo que hace. Lo conozco mucho.

Y la jorobada se sonreía, sonreían sus ojos, sonreían sus manos, pálidas, traslúcidas, como si ya estuviesen temblando ávidamente en la cabecita del niño arrimado al pecho.

—Gritará mucho. ¿No es cierto, doctor?— inquirió la señora Mirner, que, a fuerza de sobrinos y de nietos, se graduó espontáneamente de partera y asistía a las parturientas.

—¿Y usted no se ha cansado de gritar? ¿Qué le importa? ¿Acaso no duerme entre grito y grito? Dígame, ¿qué ha oído del divorcio de Benjamín Riber?

—¿Quién no ha oído decirlo? Ni que fuera sorda. A mí no me agrada repetir lo que se charla por ahí, pero sé que Riber es muy desgraciado. Imagínese que en Pascua su mujer fue al templo con las mejillas pintadas.

Un domingo, al anochecer, se vio el sulky del médico en la casita de la jorobada, llamada así —conviene esclarecerlo— no por tener joroba, sino porque era lo único que le faltaba tener. Extendida en la cama, callada, absortos los ojos, empezó a sonreír al hombrecillo que le sonreía; disminuia su terror, disminuia su angustia.

—¡Qué lindo es su cuarto, María! Su cuarto canta como usted, mira como usted y va a tener un niño, como usted. . .

Por la ancha calle, sombreada de paraísos, paseaban cautelosamente los moradores emocionados de Rajil.

Los pájaros, turbados en su reposo, volaban de árbol en árbol. En el filo agudo del techo maulla-

ba el gato negro; el perro pegaba saltos bruscos y ladraba a la luna, una luna redonda, que seguía a los viandantes y asustaba a las muchachas que se besaban con los novios detrás de la máquina de segar. El doctor Yarcho salió a fumar un cigarrillo. Las matronas le apremiaron:

—¡Qué extraño, doctor! No grita...

—¿Cómo quiere que grite en una noche con tanta luna? Sería vergonzoso.

Jacobo, que en su quincena de años amasó notoriedad de truhán, fama de jinete invencible y gloria de domador, miró el disco y quiso conquistar la confianza de Yarcho con un interrogatorio de índole astronómica:

—¿De qué esta hecha la luna, doctor?

—De estearina y de huevo duro.

—¿Nunca se cayó la luna?

—Todas las madrugadas se cae al Paraná y antes de salir las estrellas, el Pescador que está arriba la pesca y la echa a rodar. Si deseas verlo te subes al eucalipto de Balvanera y te quedas encima hasta que amanezca.

Una lechuza lanzó en la tiniebla su opaco chistido. Voló un murciélago, el ladrido del perro hendió nuevamente el silencio y del cuarto vino un grito, ahogado al principio, abierto y largo en seguida.

Y no se vio más al doctor. Antes de que cerraran la puerta, unas enormes cucharas de metal brillaron al resplndor de la lámpara.

A partir de esa noche se nombraba al doctor Yarcho con religioso respeto. Se hablaba de sus curas milagrosas, se repetían sus maravillosas palabras. ¿En qué radicaba ese milagro, o esa maravilla? Nadie lo explicaba, nadie lo dudaba. De las humildes, de las neblinosas aldehuelas de los labradores judíos, hasta las ciudades tradicionales de la provincia, se extendía su ascendiente; lo lla-

maban de regiones lejanas y el médico de Villaguay, el médico de Gualeguay, solían trasladarse al hospital de Domínguez para consultarlo respecto de complicaciones tortuosas. El doctor Pita, de los Pita de Córdoba, lo amonestó en una ocasión:

—Colega, usted yerra quedándose en estos poblachos. Váyase a Buenos Aires; allí se hará famoso y rico.

—Más famoso que aquí, no es fácil. Todos me saludan, todos me ayudan a arreglar los tiros del sulky. Yo no sé de qué hacen los tiros en lo de Crespi. Se me rompen cada tres viajes. Y en cuanto a eso de rico, le diré que ya lo soy. Tengo veintitrés hectáreas de campo, dos pares de zapatos, y mi mujer se ha venido del Uruguay con sombrero nuevo.

—Déjese de bromas, doctor. Es una lástima que no se vaya a Buenos Aires. Por lo menos, váyase a Paraná. Al año lo hacen diputado.

—¿De veras? Le agradezco que me lo diga. Pensaba ir la semana próxima a la ciudad, pero con esa noticia no me animo. Y eso que el gobernador es amigo mío. Fíese de los políticos.

—Claro, vive bromeando.

—Vivo en serio, amigo mío. ¿Qué haré en Buenos Aires, qué haré en Paraná? En Buenos Aires y en Paraná los hombres sufren, se fatigan, se desesperan, padecen de dolores que se inventan y no se dan cuenta de los dolores que los están royendo, exactamente como sucede en Villaguay y en Domínguez, en Rajil y en Las Moscas. Aquí, en las mañanas, en mi jardín, con un libro en las rodillas, bajo el paraíso en que se posa la calandria —yo me tuteo con las calandrias— paso horas, si los enfermos lo permiten, que no conocen los profesores de la capital. ¿No le entretienen las abejas?

Pita reflexionó:

—Será por eso que Maciá dice que usted es un filósofo. Por eso y por lo de la copita.

La anécdota de la copita era célebre. Se presentó a su consultorio un hacendado de La Capilla para enterarlo, en reserva, que su hijo se iba aficionando a la bebida.

—Estoy muy apenado, doctor, muy apenado. No sé de quién lo hereda. Fíjese: yo doblé la cincuentena hace rato y jamás me dio por tomar una copa.

Yarcho se levantó de un brinco y rugió, dirigiéndose hacia el fondo de la casa:

—¡Guterman! ¡Trae la botella de Jerez! Y volviéndose al interlocutor—: De aquí no sale sin probar una copa.

Repuesto de su asombro, el hacendado musitó:

—¿Usted bebe?

—Bebo, como, duermo y ando en sulky.

—No lo habría creído.

—Por lo demás, el rito me lo impone. El rito que me prohíbe comer carne de chancho, me obliga a bendecir el vino. Como no sé las bendiciones de memoria cumplo con el rito bebiendo vino.

—Está bien; mas, si bebe en exceso.

—Yo no puedo beber en exceso, porque no dispongo de tiempo para tener sed. Por otra parte, es necesario cuidarnos de los excesos. ¿Se acuerda de lo que sucedió con Israel Fajman? Pobre hombre. ¡Tan piadoso, tan amable! Desde que se levantaba hasta que se acostaba, no hacía más que rezar. Estaba rezando y se le incendió el rancho. Y desde ese día no ha vuelto a rezar. ¿Qué le parece el Jerez? Es un regalo.

—¿Del gobernador?

—No; me lo mandó el cura de Concordia.

El intendente de Villaguay contribuyó al acrecentamiento de su personalidad de filósofo, en su empeño de difundir las aventuras del médico y de narrar, en un idioma rudimentario y pintoresco, los episodios del sulky encallado en los barriales del arroyo Vergara. No conseguía comprender las ideas que expuso el doctor Yarcho en una asamblea del

vecindario, convocado con el objeto de discutir trascendentales renovaciones urbanas.

—Es muy sencillo arreglar la plaza, la iglesia, la municipalidad. El martes venía yo de Domínguez con el caballito deshecho de cansancio y me detuve para que descansase. En esto descubro delante de mí, como a un par de kilómetros, una ciudad encendida y transparente, con torres doradas, cúpulas doradas, palacios dorados, árboles dorados. Apuesto —pensé— que el médico de esa ciudad tiene también un sulky dorado. Reanudé la marcha. ¿No se podría, digo yo, copiar esa ciudad que andaba perdida en el horizonte? Creo que es una tontería copiar las cosas feas que existen. Si a mí me eligieran intendente, tomaría la ciudad que he visto en las nubes y la pondría a los cuatro lados de la plaza de Villaguay.

Los gauchos no vacilaban en llamarlo a medianoche o al amanecer. El doctor Yarcho se arrastraba en su cascado sulky a docenas de leguas para salvar a una criatura de la difteria, para operar a un herido, para asistir a la china que desamparaban los médicos tiesos de la zona. Iba al pajonal de San Gregorio, en cuyos breñales se escondían ladrones de vacas y paisanos que se descuidaron con el facón en la pulpería de Vázquez. Y en esas cuevas de cañas y de latas, el doctor Yarcho abría su valija, sacaba los remedios, para evitar a los prófugos el viaje a la botica y el encuentro presumible con la policía.

Una vez, en la travesía a San Salvador, lo asaltaron merodeadores que acechaban una novillada de la estancia de Escriña. Llovía y tronaba, como llueve y truena en Entre Ríos cuando se abre el cielo. Un relámpago refulgió en la boca del trabuco que empuñaba el malhechor.

Yarcho, parado ya el sulky, preguntó al asaltante:

—¿Estás mejor del brazo, González?

González y los suyos reconocieron al inesperado viajero.

—Si es el doctor.

—Por favor, González, ya que estás ahí, arreglale el freno a mi parejero...

Así, los judíos de la sinagoga, los gauchos de los puestos, las mujeres de las colonias, celebraban su competencia insigne, su ingenio benévolo, sus cuentos, su sonrisa. Las mujeres lo admiraban enternecidamente y hasta la viuda de Carmel se había olvidado ya del incomparable doctor Richené.

—¡Dios mío, cómo sonríe! —exclamaba estremeciéndose, más con su corazón que con su piel.

—¡Y cómo habla! —completaba Aída, esa Aída que mereció el desdén de la opinión colectiva por aquel asunto del muchacho, el muchacho de la estanzuela de Benítez. Cuando ocurrió "eso", que ninguno mentaba y ninguno olvidaba, la madre fue a aconsejarse con Yarcho.

—Soy muy desgraciada, doctor; muy desgraciada. Mi hija... ¿Qué me dice?

—Su hija es la muchacha más bonita de por acá; una magnífica muchacha, señora.

—Sí, pero en vez de casarse... Soy muy desgraciada, muy desgraciada, doctor.

—¿Qué me quiere decir con eso de que no se casó? Se casó en Diamante. ¡Si yo fui testigo de su casamiento! Yo y Sandoval... ¿Lo conoce a Sandoval?

Partida ya la madre, Yarcho encargó a Guterman:

—No te olvides: Sandoval y yo fuimos testigos del casamiento. Afortunadamente el muchacho del diablo murió en Uruguay y no podrá desmentirnos. Y Sandoval tampoco, porque no sabemos quién es...

Años y años corridos, se evocaba su figura, se referían sus prodigios. El rabino sentenciaba:

—Era un santo. Nunca vi un judío más hondamente judío.

El comisario se rascaba su torva cicatriz y opinaba:

—Era un gran gaucho.

Las mujeres, las pobres mujeres, las hermosas mujeres, que entienden más de humanidad que el rabino y el comisario, susurraban:

—¡Cómo sonreía, cómo sonreía!

Y las mujeres, las pobres mujeres, las hermosas mujeres, sonreían, sonreían, sonreían...



EL CANDELABRO DE PLATA

El rancho estaba envuelto en profunda claridad, una claridad plácida que da el sol de las mañanas de otoño. Por la ventanita abierta en la gruesa pared de adobe, barrosa y agrietada, se veía prolongarse el campo, hacia muy lejos, hacia más allá de la loma, en que amarilleaban troncos de cardo y estiraba sus ramas nervudas el único paraíso. Un poco más cerca, la vaca, con un pedazo de soga en el pescuezo, lamía el anca del ternero.

Era sábado; la colonia se hallaba en silencio y de cuando en cuando llegaba la voz de una vecina que canturreaba. Al entrar la mujer, Guedali se había puesto ya la túnica blanca, y, abstraído

por las primeras oraciones, apenas notó su presencia. Le hizo señas, frunciendo la boca y moviendo la cabeza para atrás, a fin de que no le interrumpiera. En efecto, la mujer miró desde el umbral el interior del rancho y salió sin ruido. Guedali oyó maquinalmente lo que dijo a la hija, al otro lado de la puerta:

—No le pude preguntar porque ha comenzado las plegarias.

Guedali era muy religioso. No lo consideraban entre los más instruidos en la colonia, ni se distinguía en las reuniones de la sinagoga, en las disputas interesantes que siempre se entablaban sobre comentarios difíciles y sobre puntos oscuros de los textos. Era de humor apacible, de voz grave y triste; en sus ojos caudalosos, sombreados por cejas revueltas y cenicientas, ardía una mirada tímida y dulce como una llamita sin fuerza.

Vuelto con el rostro hacia el oriente, su cuerpo alto y flaco parecía alargado bajo la túnica, que caía en pliegues iguales, hasta rozar el suelo. De pronto, sintió que alguien rondaba junto a la ventana. Sin dejar de rezar, volvió la cabeza con lentitud para cerciorarse de lo que ocurría, pensando en el vecino que había hecho el servicio militar y solía burlarse de su devoción. No se trataba del vecino, sino de un desconocido, que metía la mano para alcanzar el candelabro, el candelabro de plata, la noble herencia de la familia y que en aquel rancho rústico de inmigrante atestiguaba la distinción de su origen: se erguía majestuoso y rutilante, con los siete brazos arqueados, en cuyas rosetas cándidas refulgía la luz como si ardieran los pabilos de los velones rituales. Guedali no interrumpió la oración: miró severamente al desconocido e intercaló entre las palabras sagradas esta advertencia...

—No... es sábado, es sábado...

Es lo que podía decir sin profanar su ocupación devota. El desconocido se llevó el candelabro y Guedali continuó rezando y moviendo el

busto al compás de las frases rítmicas de los versículos. Recitaba las bendiciones, murmuraba en tono mustio hasta concluir con el último rezo. Entonces respiró fuertemente. La claridad bañaba su cara escuálida, su frente rugosa, su barba larga y rala, que empezaba a emblanquecer.

Plegó minuciosamente la túnica y la guardó en el cajón de la cómoda. Cuando entró la mujer, Guedali anunció con tranquilidad:

—Nos han robado el candelabro...

Tomó un trozo de pan que había sobre la mesa y se puso a comer, como hacía invariablemente después de rezar. La mujer lanzó un grito de indignación:

—¿Y no estabas ahí, pedazo de...?

Reposadamente, como quien intenta persuadir de que ha cumplido con su deber, contestó:

—Yo le advertí que era sábado...

INDICE

ESTA EDICION DE **5000** EJEMPLARES, SE TERMINO DE IMPRIMIR EN ABRIL DE 1975 EN MACAGNO, LANDA Y CIA., S.R.L., ARAOZ 164, BUENOS AIRES.